

CLÁSICOS
A MEDIDA



Los tres mosqueteros

Alejandro Dumas

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Los tres mosqueteros

Alejandro Dumas

Adaptación de Miquel Pujadó
Ilustraciones de Maripaz Villar



OceanofPDF.com

Índice

Introducción

Los tres mosqueteros

Primera parte

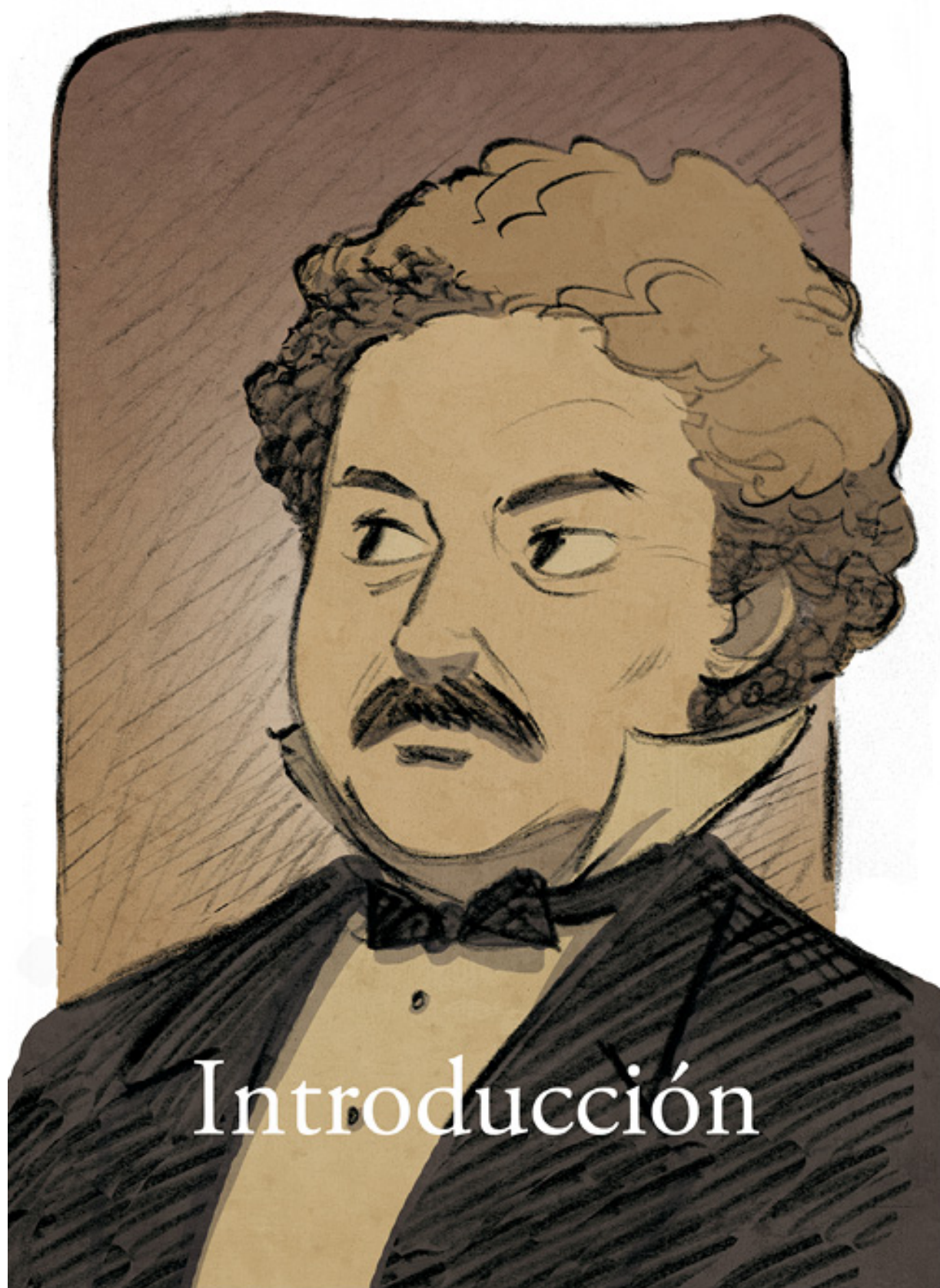
Segunda parte

Epílogo

Apéndice

Créditos

OceanofPDF.com



La novela de folletín en el siglo XIX

Empezaremos estas líneas con una aparente paradoja: comparativamente, los libros eran mucho más caros en el siglo XIX que en la actualidad, y mucha gente no tenía acceso a ellos. Las clases bajas, evidentemente, pero también una gran parte de la clase media. En cambio, la narrativa de ficción conoce durante ese siglo un éxito sin precedentes en Europa, y los lectores de novelas se cuentan por millones.

Hay que pensar que, por ejemplo, el inglés Charles Dickens, con la denuncia de las condiciones de vida infrahumanas en los barrios bajos de Londres que hallamos como telón de fondo en *Oliver Twist*, sensibilizó tanto a la opinión pública que el gobierno se vio obligado a realizar ciertas reformas que seguramente no se hubieran llevado a cabo si la citada novela no hubiera existido.

¿Cómo accedía, pues, un público mayoritario a la lectura de las novelas? Pues sencillamente a través de la prensa: las novelas eran publicadas por capítulos (o entregas) en diarios y revistas. Si tenían éxito, aparecían más tarde en forma de libro. Llamamos a este sistema «novela folletinesca» o «de folletín»; y aunque haya algunos que identifiquen «folletín» con novela popular y de baja calidad, debemos recordar que autores tan importantes como el citado Dickens, Balzac y, claro está, Alejandro Dumas, son autores representativos de este género, un género que, evidentemente, comportaba el establecimiento de relación muy especial entre el autor y sus lectores, y que se ha trasladado modernamente a las series de televisión (y a las sagas fílmicas), pasando por los seriales cinematográficos que se solían proyectar, como complemento de las películas largas, durante la primera mitad del siglo XX, o por las radionovelas, tan populares durante las décadas posteriores a la Guerra Civil.

De entrada, el autor de una novela de folletín tenía que lograr que el lector tuviese ganas de continuar leyendo la historia que le proponía. Por lo tanto, los capítulos solían acabar en un momento crucial, con los personajes en peligro o a punto de conocer una revelación terrible... Con «suspense», vamos, para que el lector deseara intensamente saber cómo continuaba la narración. ¿No les suena este recurso a los lectores o espectadores de sagas literarias o a los asiduos de las ficciones televisivas?

Por otra parte, como la publicación de las novelas se alargaba durante meses, el autor también podía estar atento a las reacciones de la calle y actuar en consecuencia. Se dice que Dumas había pensado en matar a Porthos durante la redacción de *Los tres mosqueteros*, pero decidió echarse atrás al darse cuenta de que se trataba de un personaje muy querido por el público. También es sabido que Arthur Conan Doyle, harto de su personaje Sherlock Holmes (es el protagonista de solamente cuatro novelas, pero las historias cortas del gran detective aparecían con regularidad en la revista *The Strand Magazine*), decidió acabar con él, haciéndolo caer a las cataratas de Reichenbach (Suiza) durante una lucha a muerte contra su acérrimo enemigo, el profesor Moriarty. Pues bien: a raíz de este hecho, Conan Doyle recibió tantas presiones (centenares de cartas con

súplicas, insultos e incluso amenazas de muerte, frecuentes manifestaciones ante su casa de personas con cintas negras de luto en el sombrero, etc.) que al final se vio obligado a «resucitar» a su personaje, inventándose una explicación verosímil para justificar su desaparición temporal. Actualmente, cuando un actor de una serie televisiva decide abandonar su papel, a menudo los guionistas «matan» al personaje. Pero si el personaje en cuestión era tan valorado por los telespectadores que la audiencia se resiente, los productores pueden obligar a los guionistas a hacer que el personaje reaparezca («Quedó solamente herido en aquel accidente, pero decidieron hacerlo pasar por muerto porque...»), y si el actor de antes no está disponible, no hay problema: se contrata a otro y se da una explicación lógica para el cambio: «Recibió unas heridas que hicieron necesaria una operación de cirugía estética». Siglo XIX, siglo XXI: los medios y los soportes han cambiado, hasta cierto punto, pero la narración folletinesca continúa viva y coleando.

Dumas y *Los tres mosqueteros*

Alejandro Dumas fue uno de los grandes autores de novelas de folletín, pero hay que decir que no trabajaba solo, existía toda una «fábrica Dumas de novelas». Es decir, contaba con una serie de colaboradores que escribían algunas partes de las novelas que él firmaba como único autor (después de revisarlo todo, evidentemente). Estos escritores anónimos, conocidos popularmente con el nombre, hoy sin duda políticamente incorrecto, de «negros», no son exclusivos del siglo XIX. Apuntamos un par de casos del mundo del cómic: Hergé, el creador de Tintín, trabajaba con otros dibujantes, pero el nombre de estos nunca constó en los álbumes. El famoso cohete rojo y blanco que lleva a los personajes a la Luna, por ejemplo, fue obra de Bob de Moor (que también intentó acabar *Tintín y el Arte-Alfa*, dejada en estado de bocetos a la muerte de Hergé, pero chocó con la negativa de su viuda). Y lo mismo pasaba con Peyo, el creador de los Pitufos (*Les Schtroumpfs*), que se vio desbordado por el éxito de sus personajes y se convirtió prácticamente en un administrador de sus negocios, dejando lápices y plumas en manos de jóvenes dibujantes que, mientras él vivió, jamás fueron acreditados como autores de las aventuras de los pequeños duendes azules.

Pero volvamos a nuestro tema: la novela *Los tres mosqueteros* fue publicada entre marzo y julio de 1844 en las páginas de la revista *Le Siècle*, antes de aparecer en forma de libro. En ella se cuenta la historia del joven gascón D'Artagnan, que llega a París con la esperanza de convertirse en mosquetero del rey. Antes de conseguir su propósito, se verá inmerso en conflictos de todo tipo, y se enfrentará a ellos con la ayuda de tres mosqueteros (el impertérrito Athos, el forzado y fanfarrón Porthos y el refinado Aramis), con los cuales está a punto de batirse en duelo nada más conocerlos, pero que acabarán convirtiéndose en sus amigos inseparables. Enfrentados a menudo a los designios del poderoso cardenal Richelieu —que, sin embargo, respeta su valor y desearía que formasen parte de su compañía de guardias—, salvan el honor de la reina Ana de Austria —que ha hecho un regalo comprometedor al duque de Buckingham, un enemigo que se prepara para invadir Francia y que está locamente enamorado de la esposa de Luis XIII—, y viven juntos, y en compañía de sus hábiles criados Planchet, Grimaud, Mosquetón y Bazin, muchos viajes y aventuras. La novela es rica en misterios (¿Qué secreto esconde el pasado de Athos? ¿Quién es el hombre con la cicatriz en la sien que roba en Meung la carta que el padre de

D'Artagnan da a su hijo para que la entregue al capitán de los mosqueteros? ¿Quién es el misterioso enmascarado de la capa roja?) y en personajes de gran fuerza, que han pasado a formar parte del imaginario colectivo, como la bellísima, cruel y peligrosa Milady de Winter, un modelo para todas las mujeres fatales que la literatura y el cine nos han servido posteriormente. *Los tres mosqueteros* consiguió un éxito inmediato y permanente, y esto comportó que Alejandro Dumas volviera a utilizar a sus personajes en dos novelas más.

La segunda y la tercera parte de *Los tres mosqueteros*

La historia de *Los tres mosqueteros* acaba cuando D'Artagnan es nombrado teniente de mosqueteros por el cardenal Richelieu, y sus amigos desaparecen de su vida (Athos recibe una herencia en el Rosellón, Porthos se casa con una viuda rica y Aramis entra en religión).

A partir de 1845, Dumas da continuidad a la primera novela con *Veinte años después*. La acción tiene lugar entre 1648 y 1649 (la época inicial de la Fronda, los movimientos de insurrección que tuvieron lugar durante la regencia de Ana de Austria y la minoría de edad del futuro Luis XIV). Los personajes han envejecido y se encuentran separados por sus ideas políticas: Athos y Aramis apoyan a los príncipes, y D'Artagnan convence a Porthos para que se ponga de parte del cardenal Mazarino. Los cuatro se unen de nuevo para ayudar a Carlos I de Inglaterra, que ha sido condenado a muerte, pero verán su misión obstaculizada por el hijo de Milady, que desea vengar la muerte de su madre. Sin renunciar a las aventuras, Dumas hace madurar psicológicamente a sus personajes, e introduce un profundo análisis del sistema político de la época. En esta novela, Dumas vuelve a ser un precursor: ¡En cuántas historias uno o varios héroes se han retirado aparentemente, pero acaban dejándose convencer para lanzarse a una nueva aventura!

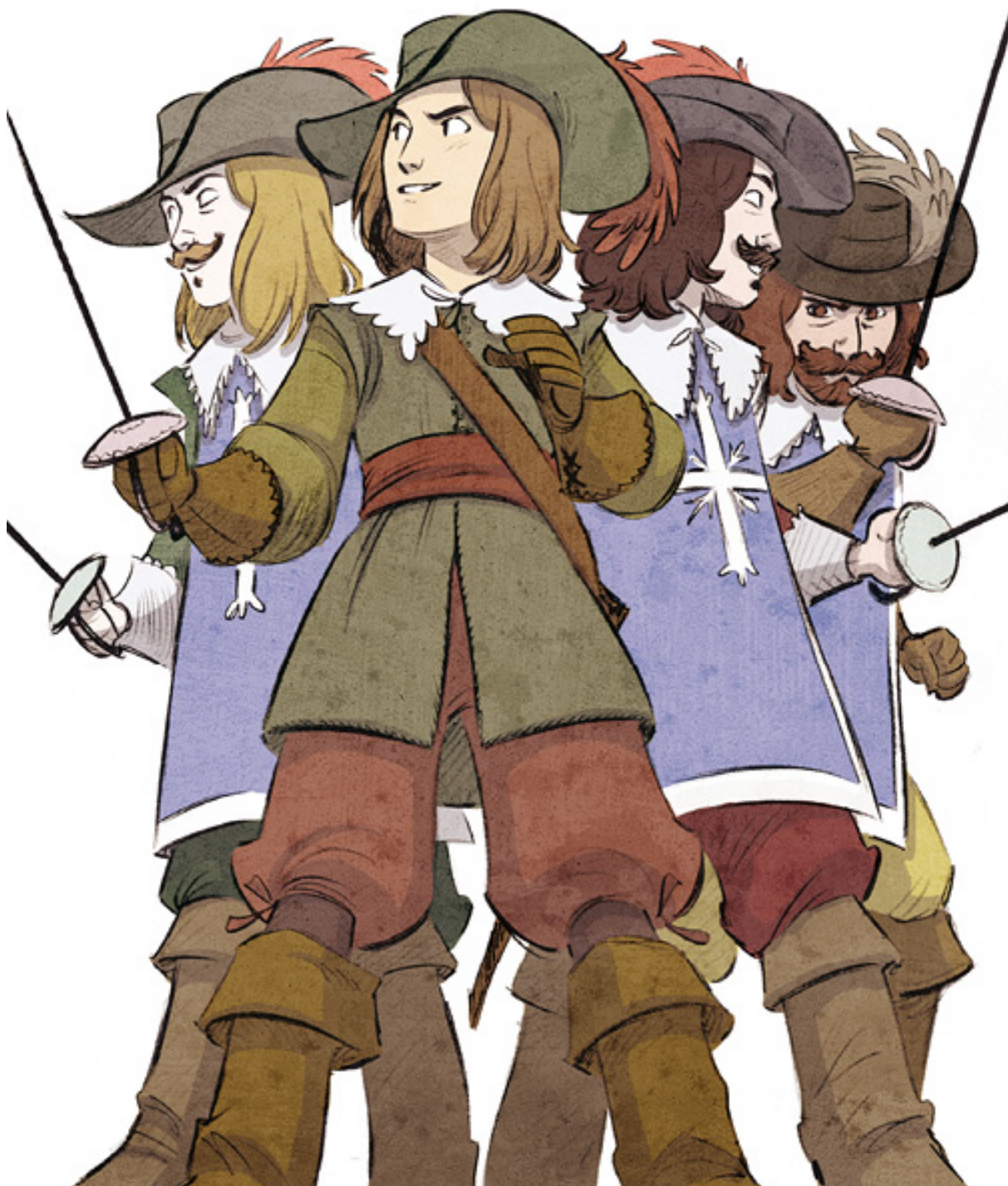
El universo de los mosqueteros se cierra con la novela *El vizconde de Bragelonne* (publicada como libro en 1848). La acción se sitúa en 1660, unos doce años después de los hechos narrados en *Veinte años después*, en la corte del joven rey Luis XIV, y propone una solución muy novelesca al misterio de «el hombre de la máscara de hierro», uno de los prisioneros más famosos de la historia de Francia. El vizconde que da título a la novela es Raoul de Bragelonne, hijo natural de Athos. El tono de la obra es más melancólico que el de las anteriores, y va unido a la vejez y al final inminente de unos personajes que habíamos conocido jóvenes e intrépidos. En el transcurso de la historia, mueren Porthos (aplastado por una piedra), su criado Mosquetón, Athos (al recibir la noticia de la muerte de su hijo Raoul)... y el mismísimo D'Artagnan, herido por un cañonazo mientras lucha, recién nombrado mariscal, en Holanda. Tal vez Dumas —como haría más adelante Agatha Christie con su famoso detective Hércules Poirot, muerto en la novela *Curtain (Telón)*— quería asegurarse de que ningún otro autor volviera a utilizar a sus personajes. Pero no lo consiguió. Los tres (o, mejor dicho, los cuatro) mosqueteros habían conseguido tener vida propia más allá de su autor y, aunque el gran realizador Bertrand Tavernier presentó a los personajes ya envejecidos en la tierna e irónica (y muy divertida) película *La hija de D'Artagnan*, es en su plenitud física, y viviendo una eterna juventud, que escritores, dibujantes de cómics y cineastas, con más o menos fidelidad al espíritu de Dumas, han utilizado, y continúan utilizando, las figuras ya míticas de D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, a veces de manera sorprendente: por ejemplo, en el cómic de la Marvel *Thor* (el personaje, un dios nórdico defensor de la Tierra, que ha dado lugar a dos películas

recientes y también aparece en las dos primeras partes de la saga *Los Vengadores*) tiene tres grandes amigos asgardianos, excelentes guerreros: el callado y sombrío, pero noble y fiel, Hogun; el voluminoso y fanfarrón Volstagg; y el siempre fino y elegante Fandral. Es fácil imaginar en quiénes están inspirados, ¿verdad?

Nuestra edición

El texto original de *Los tres mosqueteros* tiene unas mil páginas. Recordemos que la novela fue publicada por entregas: Dumas ganaba más dinero cuanto más hiciera durar la historia (siempre que mantuviera el interés de los lectores) y no se privaba de alargar las acciones y los diálogos, a veces de manera innecesaria. Para esta edición, pues, hemos reducido el texto a las dimensiones habituales de esta colección, sin prescindir sin embargo de ninguna parte esencial de la trama, y hemos eliminado la distribución de la obra en sesenta y siete capítulos, dividiéndola en cambio en dos partes y un breve epílogo (ya existente en la obra original de Dumas). Hemos adaptado al castellano los nombres propios que más se prestaban a ello, manteniendo los otros en su versión francesa original. También hemos intentado corregir algunas contradicciones (debidas tal vez a las diferentes manos —los famosos «negros» de Dumas, quien, curiosamente, sí tenía la piel negra— que trabajaron en el manuscrito). Por ejemplo, cuando D'Artagnan conoce a Constanza Bonacieux, esta es una joven morena. En cambio, cuando hacia el final de la novela Milady la ve a la cabecera de su cama, en el convento de las Carmelitas de Béthune, se ha vuelto rubia milagrosamente (y es poco probable que utilizara tinte para los cabellos). Por último, hemos buscado hacer lo más inteligible posible el vocabulario de la época, reduciendo por lo tanto las notas explicativas al mínimo indispensable.

Los tres mosqueteros



PERSONAJES PRINCIPALES

D'ARTAGNAN: joven gascón, muy hábil con la espada, que anhela ser mosquetero.

ATHOS: mosquetero taciturno de pasado misterioso.

PORTHOS: mosquetero forzado y fanfarrón.

ARAMIS: mosquetero elegante y delicado.

CARDENAL RICHELIEU: primer ministro de Luis XIII.

LUIS XIII: rey de Francia.

ANA DE AUSTRIA: reina de Francia.

DUQUE DE BUCKINGHAM: primer ministro del rey inglés Carlos I.

SEÑOR DE TRÉVILLE: capitán de los mosqueteros del rey.

PLANCHET: criado de D'Artagnan.

GRIMAUD: criado de Athos.

MOSQUETÓN: criado de Porthos.

BAZIN: criado de Aramis

MILADY: mujer bellísima, pero cruel y muy peligrosa.

KETTY: criada joven de Milady.

SEÑOR BONACIEUX: propietario del apartamento donde vive D'Artagnan.

CONSTANZA BONACIEUX: esposa del anterior, modista y confidente de la reina.

ROCHEFORT: fiel secuaz del cardenal Richelieu.

PRIMERA PARTE

Un gascón en París

El primer lunes de abril de 1625, llegaba al pueblo de Meung un joven gascón llamado D'Artagnan. Llevaba una espada muy larga colgada a un costado, pero se hacía notar especialmente por ir montado en un caballo de un estridente color amarillo. El caballo le había sido regalado por su padre, junto con quince escudos y una carta para el señor de Tréville, el capitán de los mosqueteros del rey, antes de que el joven partiera hacia París para hacer fortuna.

—Hijo mío —le había dicho—, al llegar iréis a ver al señor de Tréville con esta carta que os doy. A pesar de la prohibición de los duelos¹, se ha batido en incontables ocasiones y ha llegado a ser capitán de los mosqueteros, una legión que el rey respeta y que el cardenal teme, él que no teme casi a nada.

Dicho esto, el padre de D'Artagnan ciñó a su hijo su propia espada, su madre le dio la receta de un bálsamo que, según ella, curaba casi todas las heridas, y el joven emprendió el camino.



En Meung, al dejar el caballo en la puerta del hostel del Franco Molinero, vio por una ventana que daba a la planta baja a un gentilhombre² que conversaba con dos personas que reían con ganas. ¡Estaban hablando de su caballo! El individuo tenía unos cuarenta años, ojos negros y penetrantes, y un bigote también negro y bien recortado. D'Artagnan, sintiéndose insultado, avanzó con una mano en la espada.

—¡Vos, señor! —gritó—. Decidme de qué reís y así iremos juntos.

El desconocido se retiró de la ventana, salió del hostel y se acercó al gascón.

—Este caballo tiene un color muy conocido en botánica, pero muy poco común en el mundo animal —dijo en tono burlón. Y, dando media vuelta, se preparó para volver a entrar al establecimiento.

Entonces D'Artagnan sacó la espada de la vaina y empezó a perseguirlo mientras gritaba:

—¡Daos la vuelta, que no quiero heriros por detrás!

Pero en ese momento, los dos compañeros del hombre y el dueño del hostel cayeron sobre D'Artagnan armados con palos y garrotes. Un garrotazo le partió la espada. Otro le hizo caer casi sin sentido. Como mucha gente acudía al lugar de los hechos, el hostelero y sus mozos, temiendo un escándalo, llevaron al herido a la cocina, donde intentaron curarlo. Mientras tanto, el hombre había vuelto a la ventana y parecía impaciente.

—¿Cómo se encuentra aquel perro rabioso? —preguntó al hostelero.

—Se ha desmayado. Lo hemos registrado y solamente lleva consigo una camisa, algunos escudos y una carta para un tal señor de Tréville.

—¿Para Tréville, decís? ¿Dónde lo tenéis ahora?

—Lo están vendando en la habitación de mi mujer.

—¿Tiene consigo el peripunte³ y su bolsa?

—No, todo ello está en la cocina.

—Preparadme la cuenta y avisad a mi criado.

El hostelero salió, y el desconocido se dirigió a la cocina. Poco después, D'Artagnan volvió en sí y, con la cabeza vendada, comenzó a bajar las escaleras, pero al llegar a la cocina vio a su provocador, que hablaba tranquilamente con alguien, subido al estribo⁴ de una carroza tirada por dos

caballos. Su interlocutora era una mujer de unos veintidós años, muy bella, rubia y pálida, con unos grandes ojos azules, labios rosados y manos de alabastro. El desconocido le estaba diciendo:

—Milady, Su Eminencia os ordena que volváis ahora mismo a Inglaterra, y que le aviséis si el duque se va de Londres. Las otras instrucciones las hallaréis en esta carta.

D'Artagnan, que lo había oído todo, avanzó.

—¡Espero que no oséis huir delante de una mujer!

—Pensad —dijo Milady al desconocido— que el más mínimo retraso puede resultar fatal.

—Tenéis razón. Id por vuestro lado, que yo iré por el mío.

Y partió al galope, seguido de su criado, mientras el cochero de la carroza fustigaba a sus caballos. D'Artagnan estaba demasiado débil para seguirlo, y pasó la noche y parte del día siguiente en el albergue. Al atardecer se encontraba ya mucho mejor, gracias al ungüento de su madre, pero, al disponerse a pagar su estancia, encontró la bolsa en su bolsillo, pero no así la carta dirigida al señor de Tréville.

—¿Dónde está mi carta? —gritó D'Artagnan al hostelero.

—Os la cogió el gentilhomme de ayer. Cuando le dije que llevabais con vos una carta para el señor de Tréville, bajó inmediatamente a la cocina, donde estaba vuestro peripunte.

D'Artagnan montó en su caballo amarillo y llegó sin más tropiezos a la entrada de París, donde lo vendió por tres escudos. Entró a pie en la gran ciudad y alquiló una especie de buhardilla situada en la calle de los Sepultureros, cerca del jardín del Luxemburgo.

Después de instalarse, fue al Louvre⁵ y preguntó dónde vivía el señor de Tréville. Por suerte, residía en la calle del Viejo Palomar, no muy lejos de la habitación que acababa de alquilar.

El señor de Tréville había empezado, como D'Artagnan, con los bolsillos vacíos, pero había acabado como capitán de los mosqueteros. El cardenal, al ver la formidable élite con la que el rey se rodeaba, había querido poseer también su propia guardia. El rey y el cardenal, aunque clamaban en voz alta contra los duelos, los alentaban a escondidas, y la

victoria o la derrota de sus hombres les alegraba o les entristecía muchísimo.

Los mosqueteros del rey eran un grupo que nadie sino Tréville podía disciplinar. Su residencia siempre estaba frecuentada por ellos. El día en que D'Artagnan llegó a ella, se encontró a muchos mosqueteros que se interpelaban y jugaban. El joven avanzó como pudo entre ellos, emocionado. En la escalera, se cruzó con cuatro que se ejercitaban espada en mano. En el rellano, ya no había peleas: se explicaban historias sobre mujeres. Y en la antecámara del capitán, historias cortesanas. No se atrevía a unirse a las conversaciones, y al ser nuevo en el lugar, por fin un criado le preguntó qué deseaba. Mientras esperaba a ser recibido, observó a un mosquetero de gran talla que no iba vestido con la casaca de uniforme sino con un jubón azul celeste y que, encima del jubón, llevaba un magnífico tahalí⁶ bordado en oro. Una capa de terciopelo le caía con elegancia sobre los hombros. El mosquetero se quejaba de un resfriado y, mientras se retorció el bigote, dejaba que todos admirasen su banda.



—¡Caramba, Porthos! —le dijo un mosquetero—. Seguro que te la ha regalado la dama con quien te vi el otro día.

—No, ¡por mi honor os digo que la he comprado con mi dinero! —respondió aquel a quien acababan de llamar Porthos—. Pagué por ella doce pistolas⁷. ¿No es verdad, Aramis? —dijo, girándose hacia otro compañero, un joven de unos veintitrés años de edad, de suave figura, ojos negros, mejillas aterciopeladas, bigote fino y manos casi transparentes, que asintió con la cabeza. Esto pareció que disipaba las dudas, y la conversación se desplazó a otro tema: la vocación religiosa de Aramis.

—¡Qué delicioso cura hubierais sido! —dijo Porthos, medio en broma.

—¡Oh, es un retraso momentáneo! —respondió Aramis.

—El señor de Tréville espera al señor D'Artagnan —interrumpió el criado, abriendo la puerta del despacho.

Al oír esto, todos callaron, y el joven gascón cruzó la antecámara y penetró en el despacho del capitán de los mosqueteros. El señor de Tréville saludó educadamente al joven, pero le hizo un gesto con la mano, pidiéndole paciencia, y, acercándose a la antecámara, gritó:

—¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!

Dos de los mosqueteros avanzaron hacia el despacho. El señor de Tréville no parecía en absoluto contento.

—El cardenal le explicaba ayer al rey que unos cuantos mosqueteros montaban escándalo de madrugada en una taberna, y que una ronda de sus guardias se había visto obligada a arrestarlos. Y vosotros estabais allí, ¿no lo neguéis! No quiero que seáis el hazmerreir de los guardias del cardenal, que preferirían morir antes que dar un paso atrás. ¡Ya veo que huir es propio de los mosqueteros del rey!

—La verdad —dijo Porthos— es que éramos seis contra seis, pero nos cogieron a traición, y antes de que pudiéramos desenvainar, dos de los nuestros habían muerto y Athos había sido malherido. Se nos llevaron a la fuerza, pero logramos escapar.

—Y yo maté a uno con su propia espada —dijo Aramis—, porque la mía se había roto durante el ataque.

—Todo esto yo no lo sabía —dijo Tréville.

En aquel momento, se abrió la puerta y un hombre de bella figura, pero mortalmente pálido, hizo su aparición.

—¡Athos! —exclamaron los dos mosqueteros y Tréville.

—¡Me habéis llamado —dijo Athos con voz débil—, y aquí me tenéis!

—Les estaba diciendo a estos señores —dijo Tréville precipitándose hacia él— que prohíbo a mis hombres que se pongan en peligro innecesariamente. Y estrechó la mano de Athos, sin darse cuenta del gesto de dolor del mosquetero. Entonces, este cayó al suelo, como muerto.

—¡Un médico! —gritó el señor de Tréville—. ¡El mejor!

El médico acudió. Un rato después llegó la noticia de que el herido había vuelto en sí, y todos se retiraron, excepto D'Artagnan. Tréville se dirigió a él.

—Perdón, querido compatriota, me había olvidado de vos. Siempre he sentido un gran afecto por vuestro padre. ¿Qué puedo hacer por su hijo?

—Deseaba ser mosquetero, pero después de lo que he visto mucho me temo no merecer tal honor.

—Tal vez lo merezcáis, pero Su Majestad ha decidido que nadie puede ser mosquetero sin haber demostrado su valor en algunas gestas excepcionales, o bien después de dos años de servicio en otro regimiento. ¿No tenéis mucho dinero para vivir, verdad? Yo mismo llegué a París con cuatro monedas en el bolsillo y me habría batido a muerte con cualquiera que hubiera puesto en duda que era capaz de comprar el Louvre —dijo Tréville al ver que D'Artagnan adoptaba un aire ofendido—. Debéis conservar el dinero que tenéis, pero también realizar los ejercicios propios de un gentilhombre. Escribiré una carta para el director de la Academia Real. Aprenderéis a montar a caballo y esgrima, y de vez en cuando vendréis a verme para explicarme vuestros progresos.

D'Artagnan fue consciente de la frialdad de tal acogida.

—¡Cómo echo a faltar la carta que me dio mi padre para vos y que me fue robada en Meung! —se lamentó.

—El hombre que os la robó, ¿no tendría una cicatriz en la sien?

—Sí, como el araño de una bala.

—¿Esperaba a una mujer?

—Partió después de hablar con ella. La llamó Milady. Le entregó una carta con instrucciones y le dijo que no la abriera hasta Londres.

—¡Es él! —murmuró Tréville—. No lo busquéis: os destrozaría. Bien, os había prometido una carta...

Tréville comenzó a redactarla, pero cuando D'Artagnan se disponía a cogerla, miró por la ventana, enrojeció de cólera y salió hecho una furia del despacho, gritando:

—¡Esta vez no se me escapará!

Bajaba por la escalera cuando golpeó involuntariamente en el hombro a un mosquetero, que lanzó un grito de dolor. Era Athos.

—¡Perdonadme —dijo D'Artagnan—, pero tengo prisa!

—Señor, no sois nada educado. Me encontraréis más tarde sin necesidad de correr.

—¿Dónde?

—Hacia mediodía, cerca del monasterio de los carmelitas descalzos.

—Muy bien, allí estaré.

D'Artagnan volvió a apresurarse. En la puerta de la calle estaba Porthos, que estaba charlando con un soldado de guardia, y el gascón intentó pasar entre ellos. Pero el viento hizo revolotear la gran capa del mosquetero, y D'Artagnan se enredó en ella, intentó salir como pudo y se encontró de narices entre los hombros de Porthos, directamente sobre su magnífico tahalí. Y vio que este era de oro por delante, pero no por detrás. Porthos no podía permitirse todo un tahalí de oro; así pues, había comprado la mitad, y de aquí la necesidad de aparentar estar resfriado y de abrigarse con la capa.

—¡Os haré pedazos, señor!

—¡Más tarde! —le gritó D'Artagnan mientras se alejaba corriendo.

—A la una pues, detrás del Luxemburgo.

—Muy bien, a la una —respondió D'Artagnan doblando la esquina.

Pero la calle estaba desierta. Entonces comenzó a pensar en los acontecimientos de la jornada: había ofendido al señor de Tréville yéndose de una manera tan precipitada, y había aceptado retos de dos de aquellos mosqueteros que tanto admiraba. Mientras caminaba, llegó a cuatro pasos del palacio de Aiguillon, ante el cual Aramis hablaba con dos gentilhombres de la guardia del rey. D'Artagnan se fijó en que Aramis había dejado caer un pañuelo y en que, por descuido, le había puesto encima el pie. Se agachó y tiró del pañuelo hacia él, aunque el mosquetero no parecía querer levantar su bota, y se lo devolvió diciendo:

—Me parece que se os ha caído este pañuelo, señor.

Se trataba de un pañuelo ricamente bordado. Aramis se ruborizó y, más que tomarlo, lo arrancó de las manos del gascón.

—¡Ah! —exclamó uno de los guardias—. ¿Todavía nos dirás, Aramis, que no mantienes buenas relaciones con la señora de Bois-Tracy, cuando esta tiene la amabilidad de prestarte uno de sus pañuelos?

Aramis lanzó a D'Artagnan una mirada asesina. Después dijo:

—Os equivocáis, señores. Este pañuelo no me pertenece, e ignoro por qué este hombre me lo ha querido entregar. La prueba es que tengo el mío en el bolsillo.

Y exhibió un pañuelo también fino y elegante. Poco después los guardias prosiguieron su camino.

—Espero que me sepáis perdonar, señor —dijo D'Artagnan a Aramis.

—Supongo, señor, que, aun siendo gascón, sabéis que un hombre no tiene el pie sobre un pañuelo de bolsillo sin un motivo. Yo soy mosquetero con carácter temporal y me repugna batirme, pero esta vez el asunto es grave, ya que el honor de una dama está en juego. A las dos os espero en el palacio del señor de Tréville, y allí decidiremos dónde lucharemos.

Aramis se alejó. Entonces, D'Artagnan se apresuró en dirección al monasterio de los carmelitas descalzos. Cuando llegó, Athos ya le esperaba.

—Señor —le dijo—, he hecho avisar a dos amigos míos que harán de testigos, pero aún no han aparecido.

—Yo no traigo testigos —respondió D'Artagnan—. Llegué ayer a París y no conozco sino al señor de Tréville. Por cierto, me hacéis el honor de enfrentaros a mí con una herida que os debe resultar muy incómoda.

—Lucharé con la izquierda. ¡Y esos dos que no llegan!

—Si tenéis prisa, y queréis acabar conmigo enseguida, ¡adelante!

—Me gustáis, y si no nos matamos el uno al otro me agradará disfrutar de vuestra compañía. Pero me parece que ya veo que se aproxima uno.

—¿Qué? —exclamó D'Artagnan—. ¿Vuestro primer testigo es Porthos?

—Sí, y aquí tenemos al segundo.

—¿Aramis?

—Siempre vamos los tres juntos. Somos inseparables.

Mientras tanto, Porthos había llegado hasta ellos.

—¿Qué significa esto?

—Tengo que batirme contra este señor —dijo Athos.

—¡Yo también! —dijo Porthos—. A la una.

—¡Y yo! —añadió Aramis—. A las dos.

—Y ahora, señores —dijo D'Artagnan—, permitidme que os presente mis excusas: tal vez no pueda pagar mi deuda a los tres, si el señor Athos me mata primero.

Y, diciendo esto, D'Artagnan desenvainó con elegancia. Athos lo imitó, y ambos cruzaron sus espadas. Pero en aquel momento un pelotón de guardias de Su Eminencia, dirigido por Jussac, uno de los causantes de la herida de Athos, apareció por la esquina del monasterio.

—¡Mosqueteros! —gritó Jussac—. ¡Envainad las espadas y seguidnos!

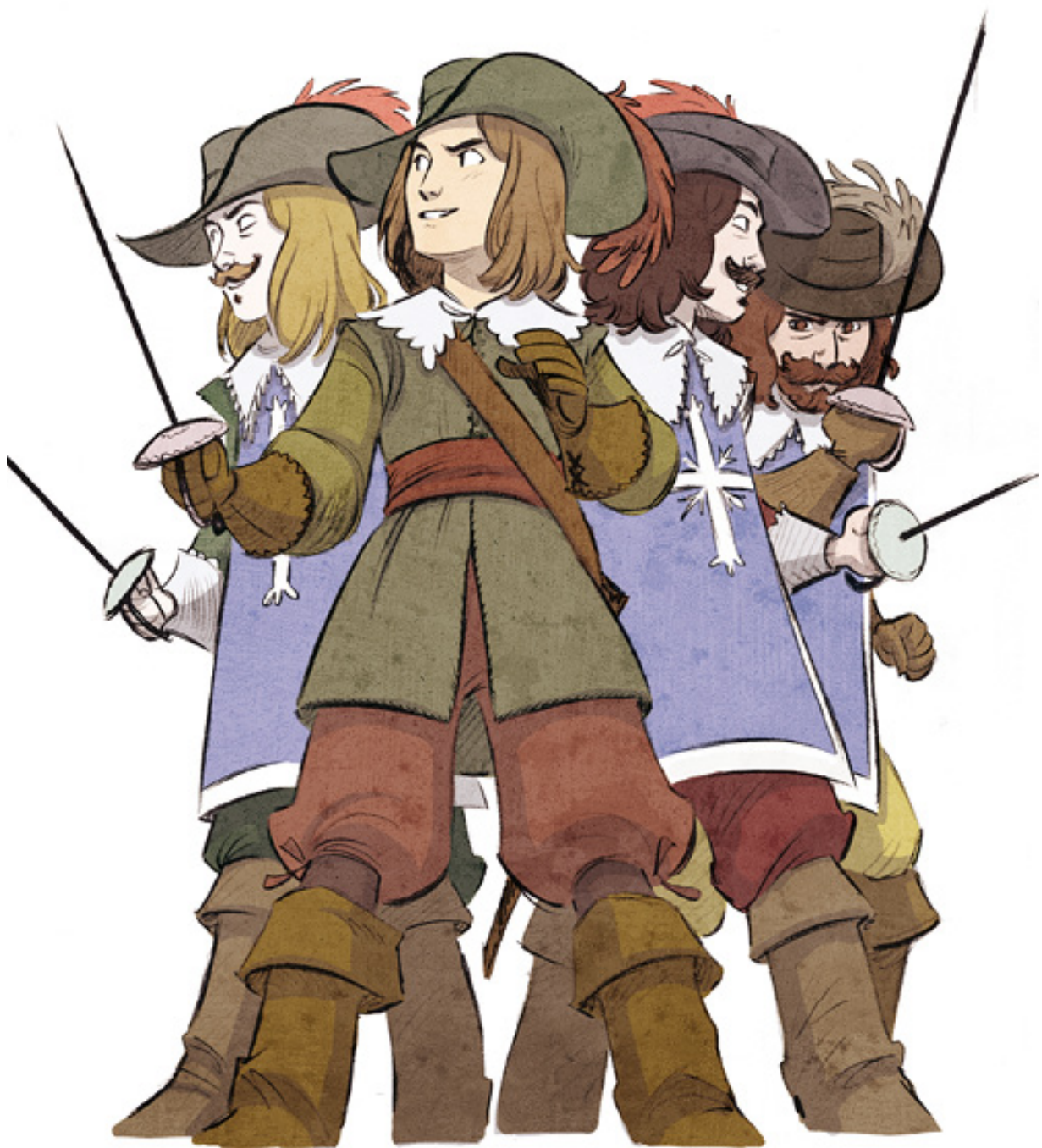
—Son cinco —dijo Athos a media voz—, y nosotros solamente tres.

—Señores —dijo D'Artagnan—, somos cuatro. No voy vestido como un mosquetero, pero de mosquetero es mi corazón.

—Sois un hombre muy digno —se admiró Athos—. ¿Cómo os llamáis?

—D'Artagnan, señor.

—Pues bien: Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan, ¡adelante!



Y los nueve combatientes se precipitaron los unos contra los otros. Athos eligió a Cahusac, favorito del cardenal; Porthos se enfrentó a Biscarat; y Aramis tomó dos adversarios. Por lo que se refiere a D'Artagnan, se lanzó contra Jussac. Luchaba como un tigre y Jussac acabó

perdiendo la paciencia y empezó a cometer errores, hasta que descuidó durante un instante su defensa y D'Artagnan le hirió y lo hizo caer. El gascón echó entonces un vistazo al campo de batalla. Aramis había ya matado a uno de sus adversarios; Porthos estaba herido en el brazo y Biscarat en el muslo, pero seguían luchando; Athos, nuevamente herido por Cahusac, palidecía pero se negaba a retroceder.

—¡A mí, señor guardia! —gritó el gascón.

Cahusac se dio la vuelta justo a tiempo: Athos, agotado, cayó de rodillas, y gritó a D'Artagnan:

—¡No lo matéis, joven! Tengo un asunto pendiente con él. Desarmadlo solamente. ¡Así! ¡Muy bien!

Efectivamente, la espada de Cahusac había salido disparada a veinte pasos de su dueño. Entonces Cahusac corrió hacia uno de los guardias muertos, tomó su espada y quiso atacar nuevamente a D'Artagnan, pero en su camino se interpuso Athos, que había recobrado el resuello, y pocos segundos más tarde Cahusac se desplomaba. En el mismo instante, Aramis obligaba a pedir clemencia a su adversario, y Jussac, que se había incorporado a medias, ordenó a Biscarat que se rindiera. Después, D'Artagnan, con la ayuda de Biscarat, llevó hasta el soportal del monasterio a Jussac, a Cahusac y al adversario herido de Aramis. Hicieron sonar la campanita y se encaminaron contentos y abrazados, seguidos por los otros mosqueteros que se iban encontrando, hacia la residencia del señor de Tréville, el cual reprendió a los mosqueteros en voz alta y los felicitó en voz baja. Luego se fue al Louvre para explicar al rey lo que había pasado. El rey estaba de un humor excelente.

—¿Decís que los mosqueteros no estaban solos, que había un jovencito con ellos?

—Sí, señor. Y uno de ellos estaba herido. Y no solamente se han enfrentado a cinco de los más terribles guardias del cardenal sino que han hecho caer a cuatro.

—¿Cómo se llama ese joven?

—D'Artagnan. Es a él a quien Jussac debe la terrible estocada que ha enfurecido tanto al cardenal

—¿Ha herido a Jussac, una de las mejores espadas del reino? ¡Deseo ver a ese joven, Tréville! ¡Mañana al mediodía! Y traedme también a los otros tres.

Aquella tarde, los mosqueteros y D'Artagnan supieron que habían sido citados por el rey, y el gascón vio en ello el inicio de su fortuna. Al día siguiente, a las ocho, fue en busca de Athos, ya que disponían de unas horas antes de la cita real, y este le invitó a jugar a pelota en un establecimiento donde se había citado con Porthos y Aramis. Como D'Artagnan no había practicado nunca aquel juego, y una pelota lanzada con la fuerza hercúlea de Porthos le pasó a un dedo de la cabeza, decidió que no quería perderse la audiencia por culpa de un accidente, y se mezcló con los espectadores. Entre ellos se encontraba un guardia del cardenal que comentó en voz alta a su vecino:

—No me extraña que este joven le tenga miedo a una pelota. Debe ser un aprendiz de mosquetero.

D'Artagnan se giró hacia él y lo desafió inmediatamente. El guardia se presentó como Bernajoux.

—Muy bien, señor Bernajoux, os espero en la puerta.

Una vez en la calle, como no quería llegar tarde a la audiencia real, D'Artagnan luchó tan ferozmente que muy pronto hirió al guardia en un hombro. Bernajoux le gritó que no era nada, se lanzó de nuevo contra él. D'Artagnan lo lastimó de nuevo y, cuando se disponía a darle el golpe definitivo, dos amigos del guardia, que habían oído la conversación previa al duelo, salieron a la calle y se precipitaron hacia el vencedor. Pero en seguida aparecieron también Athos, Porthos y Aramis, y los obligaron a darse la vuelta y a luchar contra ellos. Los guardias, en inferioridad numérica, pidieron ayuda a sus colegas. Otros mosqueteros llegaron también, y la refriega fue general, pero los mosqueteros y sus partidarios pronto obligaron a los guardias a retirarse en desorden. Entonces sonaron once campanadas, y los amigos corrieron hacia su audiencia.

Al llegar al Louvre, Tréville quedó sorprendido al saber que a última hora el rey había decidido ir a cazar.

—¿Y ha hablado con el cardenal? —preguntó Tréville al criado que le informaba.

—Seguramente, porque esta mañana he visto la carroza de Su Eminencia, y me han dicho que iba a Saint-Germain⁸.

—Señores —dijo Tréville a los mosqueteros—, estamos avisados. Yo iré a ver al rey al atardecer. Vosotros volved a casa.

Tréville entonces se dirigió al palacio del señor de La Trémouille, un pariente de Bernajoux, donde había sido transportado el herido. Los dos hombres no eran amigos pero se respetaban. El capitán de los mosqueteros preguntó cómo se encontraba Bernajoux.

—Muy mal. Una estocada le ha atravesado el pulmón.

—Pues vamos a verle, y pidámosle en nombre de Dios que nos diga la verdad sobre los hechos.

Tal como había previsto Tréville, al sentirse entre la vida y la muerte, Bernajoux explicó los hechos tal y como habían tenido lugar. Satisfecho, Tréville volvió a casa e hizo avisar a los cuatro amigos para que fueran a comer con él. A las seis, les dijo que se dirigieran al Louvre. Media hora después, todas las puertas se abrían y se anunció la llegada de Su Majestad. El rey Luis XIII hizo su aparición, aún con el traje de cacería puesto. Los mosqueteros dieron un paso al frente, pero el rey pasó por su lado sin mirarlos y entró en sus habitaciones.

—Esperadme durante diez minutos —dijo Tréville—. Si para entonces no he salido, volved a mi casa.

Los amigos esperaron más de veinte minutos, y al final se fueron, con una cierta preocupación. El señor de Tréville había encontrado al rey de muy mal humor.

—Señor de Tréville, ¿acaso os nombré capitán de mis mosqueteros para que estos asesinen a un hombre y alboroten un barrio entero? Claro que tal vez venís a anunciarme que habéis hecho justicia y que los perturbadores del orden ya han sido encarcelados...

—Al contrario, vengo a pedirlos a vos que hagáis justicia contra los calumniadores.

—La acusación proviene del duque de La Trémouille. ¿Qué decís a esto?

—Que lo hagáis venir, y que lo interroguéis cara a cara, sin testigos, y después vos y yo nos volveremos a ver.

—Sea. Hasta mañana, pues. Venid temprano, a las siete. ¡Y pobres de vuestros mosqueteros si resultan ser culpables!

A la mañana siguiente, Tréville hizo que los cuatro amigos le esperasen fuera. Si el rey aún estaba irritado, podrían así desaparecer sin ser vistos. El capitán entró en la antecámara y La Chesnaye, el ayuda de cámara del rey, le explicó que el duque de La Trémouille y el rey estaban reunidos. Diez minutos después, la puerta se abrió y salió el duque, el cual le dijo que había declarado al rey que la culpa de la pelea había sido de sus propios hombres. El rey, satisfecho, pidió a Tréville que fuera a buscar a los mosqueteros y a D'Artagnan, y se despidió del duque, que saludó y salió en el mismo momento en que los mosqueteros y el gascón subían por la escalera. Su Majestad se sorprendió al ver a D'Artagnan.

—¿Un joven, me habíais dicho, Tréville? ¡Si es un niño! ¿Y es él quien clavó la estocada a Jussac? La Chesnaye, id a buscar cuarenta pistolas.

El rey tomó el puñado de monedas que le alargaba La Chesnaye y las puso en las manos de D'Artagnan.

—Tréville —dijo el rey a media voz mientras los otros se iban—, haced entrar de momento a este joven en la compañía de los guardias del señor Des Essarts, vuestro cuñado. ¡Ah, ya puedo imaginar qué cara pondrá el cardenal! ¡Estará furioso! —añadió con una sonrisa.

Cuando D'Artagnan preguntó a sus amigos cómo podía gastar su parte de las cuarenta pistolas —las había repartido con ellos—, Athos le aconsejó que encargase un banquete; Porthos, que contratase a un criado; y Aramis, que tomase una amante. Celebraron el banquete el mismo día y el criado, un picardo llamado Planchet, lo sirvió.

Athos vivía en la calle Férou, cerca del Luxemburgo, en un apartamento de dos habitaciones bien amuebladas. Las paredes exhibían objetos que hablaban de lujos pasados. Se decía que una horrible traición le había envenenado la existencia, pero nadie sabía nada en concreto. Tenía un criado llamado Grimaud. El mosquetero era muy callado y había acostumbrado al sirviente a obedecerlo con un simple gesto.

Porthos tenía un carácter opuesto al de Athos. Era vanidoso y hablaba mucho y alto, a menudo de mujeres. Vivía en un apartamento muy grande y de apariencia suntuosa, en la calle del Viejo Palomar. Pero nunca invitaba a

nadie a entrar, y nadie podía saber cómo era de lujoso por dentro. Su criado, Mosquetón, era normando. Porthos no le pagaba, pero gozaba de alojamiento y de buena comida.

En cuanto a Aramis, vivía en un apartamento pequeño que daba a un jardincillo sombrío. Su criado se llamaba Bazin. Como su amo tenía la esperanza de entrar un día en el mundo eclesiástico, le hacía ir vestido siempre de negro.

Los cuatro se habían convertido en inseparables. Cuando el caballero Des Essarts tomó a D'Artagnan como cadete en su compañía, el gascón aceptó con un suspiro. Hubiera dado diez años de su vida por una casaca de mosquetero. Pero Tréville le había prometido la casaca al cabo de dos años, dos años que podían abreviarse si hacía suficientes méritos.

Cuando las cuarenta pistolas no fueron sino un recuerdo, los mosqueteros empezaron a tener problemas económicos. Un día, mientras D'Artagnan pensaba en qué podrían hacer para mejorar su fortuna, llamaron a la puerta, y Planchet fue a abrir. Era un burgués de aspecto sencillo.

—Mi mujer trabaja como modista para la reina —le dijo—. Es la ahijada del señor de La Porte, criado de confianza de Su Majestad. Ayer por la mañana la secuestraron.

—¿Y por qué motivo?

—Lo ignoro, pero sospecho de un hombre que hace tiempo que la seguía. Ahora bien, me parece que en este asunto hay mezclada más política que amor. Bueno, sí que hay amor, pero el de alguien muy importante.

—¿No os referiréis a la...?

—Sí, señor —dijo el burgués bajando la voz.

—¿Y con quién...?

—Solamente puede ser con el duque de Buckingham. Mi esposa me vino a ver hace cuatro días, me visita dos veces a la semana, y me confió sus temores. Cree que han escrito al duque en nombre de la reina para atraerlo a París y hacer que caiga en una trampa.

—¡Diablos! ¿Y qué tiene que ver en esto vuestra esposa?

—Conocen su devoción por la reina y quieren alejarla de ella, o intimidarla para conocer sus secretos.

—¿Y el hombre de quien me hablabais?

—No sé su nombre, pero es el servidor más fiel del cardenal. Tiene cabellos negros y una cicatriz en la sien.

—¡Es mi hombre! —exclamó D'Artagnan—. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—No lo sé. Pero os haré una confidencia, porque ahora ya no puedo echarme atrás... ¡o no me llamo Bonacieux!

—¿Bonacieux? Este nombre me resulta familiar.

—Soy el casero a quien alquilasteis vuestra estancia. Y ya que hace tres meses que no me pagáis el alquiler, he pensado...

—Podéis confiar en mí. ¿Qué ibais a decirme antes?

El burgués se sacó un papel del bolsillo.

—He recibido una carta esta mañana. Leedla.

—«No busquéis a vuestra esposa. Os la devolveremos cuando ya no la necesitemos. Si intentáis encontrarla, estáis perdido» —leyó D'Artagnan—. Es una amenaza.

—Sí, y estoy asustado. Pero al veros siempre rodeado de mosqueteros valientes y enemigos del cardenal, he pensado que os gustaría ayudarme. Y ya no volveríamos a hablar del alquiler. Además os podría pagar unas cincuenta pistolas. Soy mercero⁹, tengo unas rentas¹⁰ y... ¿Pero qué estoy viendo?

—¿Dónde?

—En la calle. Un hombre embozado en una capa nos vigila.

—¡Es él! ¡Esta vez no se me escapará! —gritó D'Artagnan, mientras se precipitaba espada en mano fuera del apartamento.

En la escalera se cruzó con Athos y Porthos. D'Artagnan pasó entre ellos como un rayo. Media hora después ya volvía a estar en casa. Su hombre había desaparecido una vez más como por arte de magia. Mientras él iba arriba y abajo, Aramis se había unido al grupo. D'Artagnan les explicó con pelos y señales lo que había pasado y les dijo que estaba seguro de que el secuestrador era el mismo hombre con quien había tenido el conflicto en Meung.

—Interesante —dijo Athos—. Pero se trata de saber si cincuenta pistolas son suficientes para que arriesguemos nuestras cabezas.

—Pensad que hay una mujer secuestrada. Además, me inquieto por la reina, abandonada por el rey, espiada y sin amigos.

—Señores —dijo Aramis—, escuchad lo que os voy a decir. Ayer me encontraba en casa de un doctor en teología que consulto de cuando en cuando. Pues bien, este doctor tiene una sobrina.

Los tres amigos sonrieron, pero Aramis ni se inmutó.

—La muchacha estaba en la casa en el mismo momento que yo, así que me ofrecí para acompañarla a su carroza. De repente, un hombre alto, de cabello oscuro y maneras de gentilhombre se acercó a mí escoltado por cinco o seis hombres que iban detrás de él, y nos dijo: «Señor duque, y vos, señora, ¿haríais el favor de subir a esta carroza sin oponer resistencia?».

—¡Os confundió con Buckingham! —exclamó D'Artagnan.

—¿Y la dama? —preguntó Porthos.

—¡La confundió con la reina! —dijo D'Artagnan.

—Aramis —dijo Porthos—, tenéis algún parecido con Buckingham, pero ibais vestido de mosquetero...

—Llevaba una gran capa —dijo Aramis—, y el sombrero me ocultaba el rostro.

—¡Señores —protestó D'Artagnan—, no perdamos el tiempo! Separémonos y busquemos a la mujer secuestrada. Ella es la clave de esta intriga.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y apareció el pobre Bonacieux.

—¡Salvadme, señores! ¡Cuatro hombres quieren detenerme!

Porthos y Aramis se pusieron en pie y desenvainaron las espadas, pero D'Artagnan los detuvo.

—Ahora no necesitamos coraje, sino prudencia. Solamente os podremos ayudar si somos libres —respondió a Bonacieux con un murmullo—. ¡Venga, señores —dijo en voz alta a los guardias del cardenal que llegaban—, no tengo motivo alguno para defender a este hombre, ya os lo podéis llevar!

Los guardias agradecieron la colaboración de D'Artagnan y se llevaron a su prisionero.

—Pero ¿qué habéis hecho? —exclamó Porthos cuando volvieron a estar solos—. ¡Dejar que se llevasen a ese hombre!

—Porthos —dijo Aramis—, eres un bobo.

—Y ahora —dijo D'Artagnan, sin molestarse en dar ninguna explicación a Porthos—: ¡Todos para uno y uno para todos! Es nuestra consigna, ¿verdad?

Porthos cedió de mala gana, y los cuatro amigos repitieron juntos: «Todos para uno, uno para todos».

—Volved a casa —dijo D'Artagnan—, e id con sumo cuidado. A partir de ahora estamos en guerra con el cardenal.

* * *

El apartamento del señor Bonacieux se convirtió en una ratonera. Todos los que en él entraban eran detenidos e interrogados por los hombres del cardenal. Pero como una escalera particular conducía al primer piso, donde vivía D'Artagnan, los que iban a su domicilio no tuvieron problema alguno. El gascón no se movía de casa. Había convertido su habitación en un observatorio. Por la ventana veía llegar a los que iban a ser detenidos y, como había quitado unas baldosas del suelo, podía oír los interrogatorios que hacían a los detenidos en la habitación de abajo. Los que hacían las preguntas querían averiguar si el señor o la señora Bonacieux les habían hecho alguna confidencia.

—Desean saber —se decía D'Artagnan— si el duque de Buckingham se encuentra en París, y si ha tenido o tendrá un encuentro con la reina.

El atardecer del día siguiente a la detención de Bonacieux, a las nueve en punto, alguien cayó en la ratonera. D'Artagnan se echó al suelo y escuchó. Se oían gritos y lamentos de mujer.

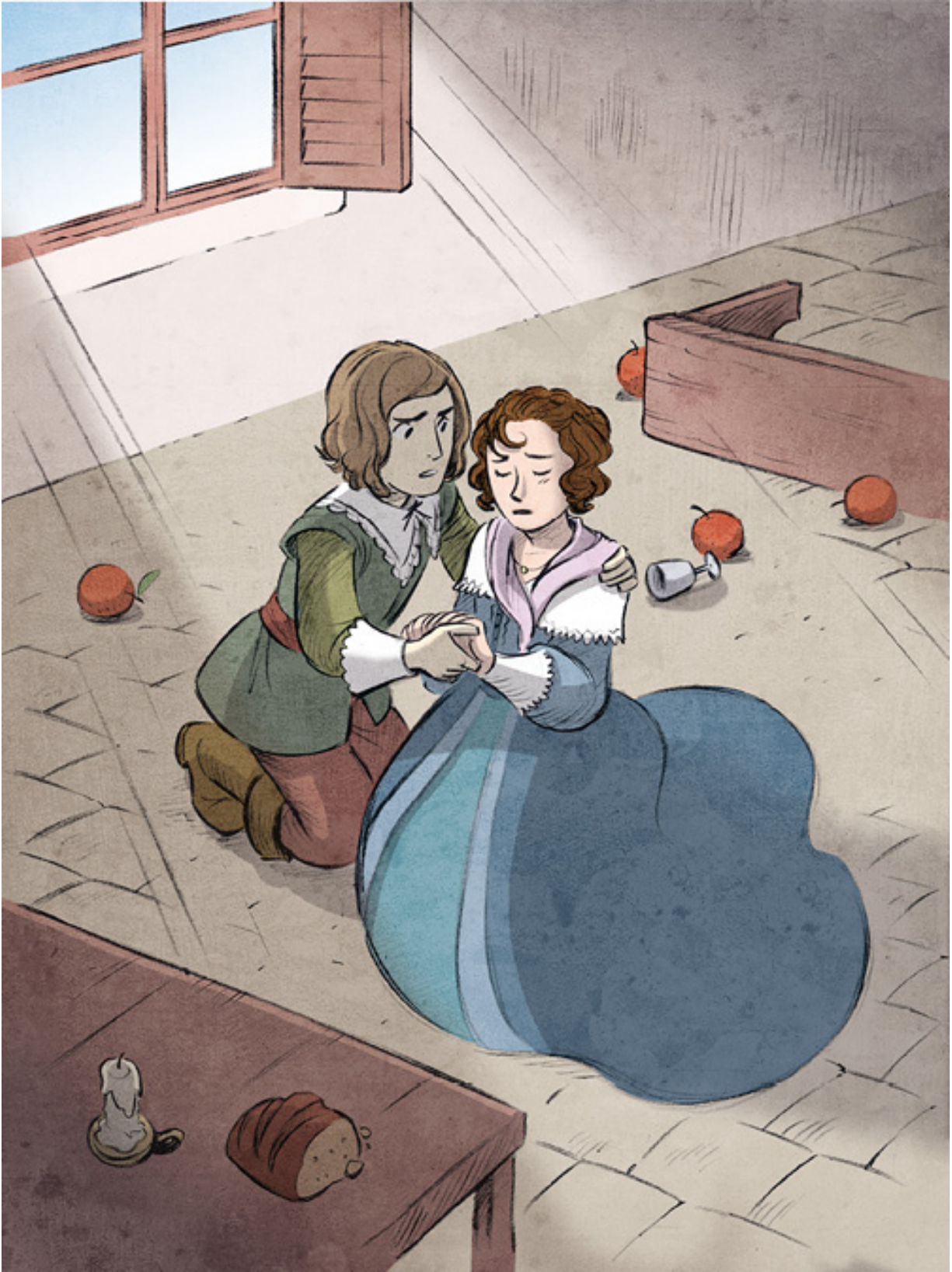
—¡Os digo que soy la dueña de esta casa, señores! ¡Soy la señora Bonacieux! —gritaba.

—Precisamente era a vos a quien estábamos esperando —dijo uno de los interrogadores.

Pronto no se oyeron más que sonidos inarticulados. La estaban amordazando. D'Artagnan comprendió que estaban a punto de llevársela. Cogió su espada y llamó a su criado.

—¡Planchet! ¡Corre a buscar a Athos, Porthos y Aramis, y que vengan armados! Yo bajo por la ventana. ¡Ah, y vuelve a poner las baldosas en su sitio!

D'Artagnan se dejó caer desde el primer piso y llamó a la puerta. Cuando esta se abrió, se lanzó al interior con la espada por delante. Los vecinos oyeron gritos y ruidos. Luego, asomados a las ventanas, vieron a cuatro hombres que salían corriendo como si se los llevara el diablo y se perdían calle abajo. D'Artagnan, amo de la situación, fue hacia la señora Bonacieux, que estaba medio desvanecida. Era una mujer muy bella, de unos veinticinco o veintiséis años, morena y de ojos azules. Mientras la examinaba, vio en el suelo un pequeño pañuelo que le recordó al de Aramis. Se lo metió en el bolsillo y, en aquel momento, la mujer abrió los ojos. Al verse sola con su libertador, le sonrió y le dio las gracias.



—¿Pero qué querían de mí aquellos hombres? ¿Y por qué mi marido no está en casa? —dijo.

—Eran agentes del cardenal, y vuestro marido fue detenido ayer y llevado a la Bastilla¹¹.

—Y vos sabéis...

—Sé que os secuestró un hombre con una cicatriz en la sien. Pero ¿cómo habéis podido huir?

—Me habían dejado sola y salí por la ventana, ayudándome de las sábanas.

—Aquellos hombres volverán con refuerzos. He hecho avisar a mis amigos, pero no sé si los habrán encontrado. Debemos irnos. De momento, alejémonos de aquí y luego ya veremos.

Y así lo hicieron. Al llegar a la plaza Saint-Sulpice, D'Artagnan preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pensaba hacer que mi marido avisase al señor de La Porte en el Louvre, para que este le explicase lo que había pasado durante los últimos tres días, y le dijese si volver allí sería peligroso para mí. Podríais ir vos...

La señora Bonacieux proporcionó a D'Artagnan una contraseña para que pudiera entrar en el Louvre, y el joven escondió a la muchacha en casa de Athos, que había salido, como él suponía. El gascón llegó al Louvre a las diez, media hora después de la refriega, y todo fue según lo previsto. La Porte memorizó la dirección de Athos y se fue corriendo, pero le dijo antes al gascón:

—Joven, podríais tener problemas. Id a ver a algún amigo para que declare que os encontrabais con él a las nueve y media.

D'Artagnan consideró juicioso el consejo y se fue a ver al señor de Tréville. Pidió entrar en su despacho y, mientras esperaba su llegada, atrasó tres cuartos de hora el reloj de péndulo. Charló un rato con el capitán, haciéndole observar la hora, como quien no quiere la cosa. Cuando se iba, al pie de la escalera, dijo que había olvidado el bastón. Volvió al despacho, puso las agujas del reloj en su sitio y, ya, con una sólida coartada, volvió a la calle.

Al volver a casa, D'Artagnan pensaba en la señora Bonacieux. Era bonita, misteriosa... Tocaban las once de la noche. De repente, al pasar cerca de donde vivía Aramis, vio una sombra envuelta en una capa. Pronto se dio cuenta de que se trataba de una mujer. ¿Iría a encontrarse con su amigo? Picado por la curiosidad, se escondió en el rincón más oscuro de la calle. La mujer se acercó a los postigos de Aramis y los golpeó tres veces. La ventana se entreabrió, y el gascón vio que la mujer se sacaba del bolsillo un pañuelo y lo desplegaba. D'Artagnan pensó en el que había encontrado bajo el pie de Aramis. Se acercó discretamente y estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa: el interlocutor no era Aramis, sino una mujer, los rasgos de la cual no podía distinguir. Entonces, la mujer del apartamento sacó otro pañuelo del bolsillo y lo intercambió por el primero. Cuando la mujer de la calle pasó cerca de D'Artagnan, este reconoció a la señora Bonacieux. Decidió seguirla, pero ella se percató de su presencia y huyó. D'Artagnan la persiguió y la atrapó sin dificultad. La pobre estaba muerta de miedo, pero pronto lo reconoció:

—¡Sois vos! ¡Gracias, Dios mío! Pero ¿por qué me seguíais?

—Os he encontrado por azar. Os he visto llamar a la ventana de un amigo común, Aramis.

—¿Aramis? Nunca había oído su nombre.

—Sois una mujer misteriosa, pero tal vez por eso seáis aún más adorable.

—Pues coged mi brazo y acompañadme.

—¿A dónde?

—Ya lo veréis, porque me dejaréis en la puerta.

—Os esperaré para ver con quién salís.

—Si es así, adiós. Necesito un gentilhombre, no un espía.

—De acuerdo: prometo que haré lo que me pidáis si me permitís acompañaros. Palabra de honor.

Al llegar a la parte más alta de la calle del Arpa, la mujer se dirigió hacia una puerta.

—Y ahora, señor, podéis marcharos. Ya es medianoche y me están esperando.

Y D'Artagnan se fue mientras la mujer llamaba tres veces a la puerta. Al llegar a casa, encontró a Planchet muy agitado. Habían detenido a Athos porque, al encontrarlo en casa de D'Artagnan, habían creído que era él.

—¿Y por qué no se ha identificado?

—Me ha dicho en voz baja: «Es tu amo quien ha de estar libre en estos momentos. Si me hago pasar por él durante unos días, ganará tiempo».

—¿Y Porthos? ¿Y Aramis?

—No los he encontrado.

—Si llegan, se lo explicas todo y les dices que ya hablaremos. Ahora voy a ver al señor de Tréville.

Tréville no se encontraba en su residencia. Estaba en el Louvre, de guardia con su compañía. Era necesario, pues, ir allí. Al llegar a la calle Guénégaud, D'Artagnan vio avanzar hacia él a un mosquetero y a una mujer. La mujer, aunque llevaba una capucha, era claramente la señora Bonacieux. Y el hombre, aunque se tapara la cara con un pañuelo, era igualito que Aramis. Cruzaron el puente: era el mismo camino que D'Artagnan tenía que tomar. El gascón se adelantó y se plantó delante de ellos.

—¿Qué deseáis, señor? —dijo el hombre con acento extranjero.

—¡No sois Aramis! —se sorprendió D'Artagnan.

—¡Vos! —dijo la señora Bonacieux con tono de reproche—. Me habíais dado vuestra palabra...

—Tomad mi brazo, señora, y continuemos nuestro camino —dijo el extranjero mientras se sacudía a D'Artagnan de un manotazo. Este dio un salto hacia atrás y desenvainó. Inmediatamente, el desconocido sacó también la espada de la vaina.

—¡Por Dios, milord! —gritó la señora Bonacieux, interponiéndose entre ambos.

—¿Milord? —exclamó D'Artagnan—. ¿No seréis acaso...?

—Milord duque de Buckingham —dijo la mujer a media voz.

—Os pido perdón, milord, pero estaba celoso. Me pongo a vuestro servicio.

—Sois un joven valiente —dijo el duque, alargando la mano a D'Artagnan—. Acepto vuestra oferta. Seguidnos hasta el Louvre, y si

alguien nos espía, matadlo.

Por suerte, D'Artagnan no tuvo ocasión de ofrecer al duque la prueba de su fidelidad, y tanto él como la señora Bonacieux entraron en el Louvre sin dificultad alguna. El duque iba disfrazado de mosquetero (recordemos que los mosqueteros de Tréville estaban de guardia aquella noche) y la mujer era conocida como sirvienta de la reina. Recorrieron escaleras y pasadizos ocultos, hasta llegar a una pequeña sala, donde la mujer hizo entrar al duque. Luego se fue y lo dejó solo.

Georges Villiers, duque de Buckingham, no sintió miedo: era un hombre de carácter aventurero. Tenía treinta y cinco años y era considerado el más apuesto gentilhombre de Francia e Inglaterra. Había sabido que el mensaje que había recibido era una trampa, pero había comunicado a la reina que no dejaría Francia sin haberse encontrado con ella. La reina, temiendo que cometiera alguna locura, había acabado accediendo. Poco después de tomar esta decisión, su modista, que debía guiar al duque hasta el Louvre, había sido secuestrada. Ahora por fin había podido cumplir su misión.

Una puerta oculta se abrió y la reina entró en la sala. El duque, fascinado, cayó de rodillas ante ella.

—Habéis puesto en peligro vuestra vida y mi honor, señor. Todo nos separa. No deberíais alimentar una pasión inútil.

—Solo os he visto cuatro veces. Y la tercera, en los jardines de Amiens...

—Duque —dijo la reina, ruborizándose—, ¡no me habléis de aquel encuentro!

—Daría todo cuanto tengo por vivirlo de nuevo, ¡porque aquella noche me amabais!

—Es posible, pero la reina supo al fin imponerse a la mujer que se dejaba llevar por las emociones. A pesar de ello, he sido calumniada. El rey, manipulado por el cardenal, se ha encolerizado y se ha deshecho de todos mis amigos. Y cuando vos quisisteis volver como embajador, fuisteis rechazado por mi marido.

—Sí, y Francia pagará con una guerra ese rechazo. Estoy seguro de que, si no fueseis reina, me amaríais.

—¡Callad! No sé si os amo o no, pero no seré perjura. Si murieseis en Francia, me sentiría culpable y no me lo perdonaría nunca. Marchad, por favor, y volved más adelante, como embajador, rodeado de sirvientes. Entonces no tendré miedo por vos y estaré contenta de volveros a ver.

—¿Y no me daríais una prenda que me demuestre que todo esto no es un sueño? Algo que hayáis llevado puesto...

Ana de Austria fue a sus habitaciones y volvió con un pequeño cofre de madera incrustado en oro. Buckingham tomó el cofre, pidió la mano a la reina y la besó apasionadamente. Ana de Austria creyó desfallecer. Después, el duque y la señora Bonacieux salieron del Louvre con las mismas precauciones y la misma buena suerte que al entrar.



* * *

El señor Bonacieux había sido llevado a la Bastilla, y fue interrogado por un comisario que lo acusó de alta traición.

—¿Alta traición? —gritó aterrorizado Bonacieux—. Es imposible. No soy más que un pobre mercero que odia a los hugonotes¹².

Preguntado acerca de su mujer, dijo que había sido secuestrada, pero que podría reconocer al culpable. De inmediato se arrepintió de haber hecho tal comentario, porque el comisario dijo:

—Antes de continuar, alguien debe ser informado de que conocéis al secuestrador de vuestra esposa. ¡Guardias, llevaos al prisionero al calabozo! —gritó.

Bonacieux estaba aterrorizado. Creía que su mujer había cometido un crimen, que a él lo consideraban cómplice y que sería ejecutado al día siguiente. Cuando de madrugada se abrió la puerta del calabozo, tembló de la cabeza a los pies, pero se trataba del comisario. Este le dijo que estaba seguro de que había hecho un pacto con D'Artagnan para que ayudase a huir a su esposa, pero que por suerte había sido preso, y que en el acto se establecería un careo entre él y Bonacieux.

—¡Hacedlo entrar! —gritó.

Los guardias hicieron entrar a Athos.

—¡Pero si este no es el señor D'Artagnan! —exclamó el mercero.

—¿Entonces quién demonios es?

—Lo había visto, pero ignoro su nombre. D'Artagnan es un joven de unos veinte años, mientras que este señor debe tener al menos treinta. Además, el señor D'Artagnan es un guardia del señor Des Essarts y no un mosquetero. Miradle el uniforme.

—¡Llevad a los prisioneros a sus calabozos y vigiladlos más que nunca! —gritó el comisario.

Aquella noche, unos guardias fueron a buscar a Bonacieux al calabozo. Lo llevaron hasta el patio de entrada, allí esperaba un coche de caballos rodeado por cuatro guardias. Lo hicieron subir, y el coche emprendió la marcha y fue pasando por varios lugares donde solían tener lugar ejecuciones públicas. Cada vez, Bonacieux tenía un miedo atroz a que el

coche se detuviera, y al final no pudo resistirlo más y se desmayó. El coche llegó a la calle de los Buenos Infantes, y arrastraron a Bonacieux al interior de una casa. Quedó sentado en una antecámara hasta que un oficial le ordenó entrar en la habitación contigua. En el centro había una mesa cuadrada cubierta de libros y papeles. Ante la chimenea se encontraba un hombre de aspecto orgulloso: era Armand-Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, uno de los hombres más extraordinarios que jamás hayan existido, y que se preparaba en aquel momento para expulsar a los ingleses de la isla de Ré y para dar inicio al asedio de La Rochelle¹³.

El oficial cogió unos papeles de encima de la mesa, los entregó al cardenal y se fue. Bonacieux no reconoció al cardenal, pero se dio cuenta de que los papeles eran sus interrogatorios en la Bastilla. El cardenal lo acusó de conspirar, junto con su esposa, con la duquesa de Chevreuse y con el duque de Buckingham. Bonacieux le respondió que su esposa los había nombrado alguna vez, pero que él era inocente.

—Cuando ibais al Louvre a buscar a vuestra esposa, ¿volvíais inmediatamente a casa?

—A menudo mi mujer quería ir a visitar a unos mercaderes de telas. Uno de ellos vivía en el n.º 25 de la calle Vaugirard, y el otro en el n.º 75 de la calle del Arpa.

—¿Entrabais con ella?

—Nunca. Me pedía que esperase en la puerta, y obedecía.

—¡Id a buscar a Rochefort y que venga inmediatamente! —ordenó el cardenal.

—El conde ya está aquí —dijo el oficial— y precisamente quería hablar con Vuestra Eminencia.

—¿Vuestra... Eminencia? —murmuró Bonacieux, comprendiendo por fin con quién se encontraba.

Al entrar Rochefort, gritó:

—¡Es él! ¡Es el hombre que secuestró a mi esposa!

—¡Llevaos a este imbécil! —dijo el cardenal.

Una vez cerrada la puerta, el nuevo personaje se dirigió al cardenal:

—La reina y el duque se han visto en el Louvre. Lo sé por la señora de Lannoy, que es fiel a Vuestra Eminencia y una mujer cercana a la reina. Su

Majestad entregó al duque los herretes¹⁴ de diamantes que el rey le había regalado.

—¡Bien, bien, Rochefort! No todo está perdido, al contrario. ¿Sabéis dónde se escondían el duque de Buckingham y su cómplice, la duquesa de Chevreuse? En la calle Vaugirard, n.º 25, y en la calle del Arpa, n.º 75. Ya se habrán ido, pero haced que registren las casas de todos modos.

Rochefort partió para cumplir la orden y el cardenal volvió a reclamar la presencia de Bonacieux.

—Muy bien, amigo mío: vuestra esposa no iba a ver a ningún mercader de telas, sino a la duquesa de Chevreuse y al duque de Buckingham, pero estoy convencido de que vos no sabíais nada de todo este asunto. Tomad esta bolsa de cien pistolas y perdonadme.

—¿Que os perdone yo a vos? Teníais todo el derecho del mundo a encarcelarme... o a hacerme ahorcar. No tengo nada que perdonaros.

—Pues adiós, o hasta pronto, porque tengo la impresión de que nos volveremos a ver.

Bonacieux salió dando brincos y gritando: «¡Viva Su Eminencia!».

—¿Y bien? —preguntó el cardenal a la vuelta de Rochefort.

—La mujer partió anoche y el hombre esta mañana.

—Que la reina ignore que conocemos su secreto.

—¿Qué habéis hecho de aquel tal Bonacieux?

—Lo he convertido en espía de su propia esposa. Haced que venga Vitray, y decidle que se prepare para un viaje.

Poco después, el hombre estaba delante de él.

—Vitray, iréis a Londres y entregaréis esta carta a Milady.

El mensajero se inclinó sin proferir palabra, cogió la misiva y salió. El contenido era el siguiente:

Milady:

Id al primer baile al que tenga previsto ir también el duque de Buckingham. Llevará en el peripunte doce herretes de diamantes. Acercaos a él y cortad dos de ellos. Cuando estén en vuestro poder, avisadme.

El día siguiente a estos acontecimientos, el señor de Tréville averiguó dónde tenían a Athos: en Fort-l'Évêque. El mosquetero, que no había dicho una palabra antes de encontrarse con Bonacieux para hacer ganar tiempo a gascón, declaró a partir de ese momento que se llamaba Athos, que había ido a visitar al señor D'Artagnan, pero que este se encontraba con el señor de Tréville, y que veinte testigos, entre ellos el duque de La Trémouille, podrían confirmarlo.

El comisario odiaba a los mosqueteros. Sin embargo, la firme declaración de Athos hizo que dudase, y lo envió al cardenal. Pero Richelieu se encontraba con el rey en el Louvre. Era el mismo momento en que Tréville, no habiendo encontrado a Athos en Fort-l'Évêque, llegaba también al palacio para ver al monarca.

Al saber que la señora de Chevreuse, que según Richelieu, conspiraba con la reina, había escapado de su exilio forzoso en Tours y había pasado cinco días oculta en París, el rey se enfadó muchísimo. Y cuando el cardenal afirmó que una cómplice, que hacía las veces de mensajera entre ambas mujeres, había sido liberada por un mosquetero cuando acababa de ser detenida, Luis XIII no pudo contenerse más y avanzó indignado hacia la habitación de la reina. Entonces entró Tréville, y el rey se detuvo. El rostro alterado de Su Majestad y la presencia del cardenal hicieron comprender al capitán lo que había pasado.

Tréville se quejó de la detención de Athos, que según él había sido tratado como un malhechor, y afirmó que una hora antes de ser detenido estaba charlando en el salón de su residencia con el duque de La Trémouille, y que por consiguiente no había podido atacar a los hombres del cardenal; y que D'Artagnan había estado en su casa a las nueve y media. A pesar de las protestas del cardenal, Tréville consiguió que el rey firmara la orden de puesta en libertad del mosquetero. Tréville partió hacia Fort-l'Évêque para sacar de allí al prisionero. Pero en cuanto el capitán se hubo ido, Richelieu habló al rey sobre el duque de Buckingham. Le dijo que también había estado cinco días en París y que había partido aquella misma mañana. El rey estaba seguro de que había ido para mantener una entrevista amorosa con la reina.

—De hecho —dijo el cardenal—, ahora que lo pienso, la señora de Lannoy me ha dicho que esta mañana la reina ha estado escribiendo mucho rato.

—Cardenal, ¡necesito esos papeles!

—Podríamos encargarnos del trabajo al canciller Séguier.

—¡Que vayan a buscarlo!

La reina, rodeada de sus damas de compañía y sirvientas, estaba concentrada en sus pensamientos: no gozaba de la confianza de su marido y era odiada por el cardenal, que no le perdonaba haber rechazado sus insinuaciones amorosas. Entonces la puerta se abrió y entró Séguier, un hombre absolutamente fiel al cardenal.

—¿Qué deseáis? —le preguntó la reina.

—En nombre del rey, debo revisar vuestros papeles.

Después de mirar por todos los muebles, Séguier quiso registrar a la misma reina, que reaccionó indignada.

—¿Os atreveríais a ponerme la mano encima?

—El rey me ha encomendado este trabajo y lo llevaré a cabo, aunque deba coger la carta de allí donde la tenéis escondida.

El canciller avanzó hacia la reina, que retrocedió, se sacó un papel del pecho y lo entregó a Séguier. En cuanto el hombre se hubo ido, la reina cayó medio desvanecida en los brazos de sus damas.

Cuando el rey leyó la carta, se dio cuenta de que estaba dirigida al rey de España, y que era un plan de ataque contra Richelieu. La reina pedía en ella a su hermano y al emperador de Austria que declarasen la guerra a Francia y que la condición de la paz fuera la destitución del cardenal. Pero, de amor, ni una palabra. Muy contento, el rey fue a ver al cardenal, que no se enfadó al leer la carta.

—La reina siempre ha pensado que yo era su enemigo, pero se equivoca. Si hubiera traicionado vuestro honor, yo sería el primero en deciros que no tuvieseis piedad de ella, pero ya veis que no es así. Haced alguna cosa que le resulte agradable. Celebrad un baile. A ella le encanta la danza. Y así tendrá ocasión de lucir aquellos herretes de diamantes que le regalasteis hace unos días por su cumpleaños.



Ana de Austria quedó sorprendida al día siguiente al ver que el rey era amable con ella, y más cuando le dijo que deseaba dar una fiesta. Le preguntó en qué día tendría lugar, pero su esposo le respondió que tenía que discutirlo con el cardenal. Pero el cardenal no se decidió hasta que, ocho días después, recibió una carta de Londres que decía:

Los tengo, pero no puedo irme de Londres porque no me queda dinero. Enviadme fondos y cuatro o cinco días después de recibirlos estaré en París.

Aquel mismo día, el cardenal, haciendo cálculos y teniendo en cuenta los vientos contrarios y otros azares, propuso al rey que el baile tuviera lugar trece días después, el tres de octubre.

—A propósito —añadió—, no olvidéis decir a Su Majestad el día antes de la fiesta que deseáis ver cómo le quedan los herretes de diamantes.

El rey no pudo esperar, y comentó a la reina, mucho antes de lo que había propuesto el cardenal, su deseo de que luciera los herretes de diamantes durante el baile. Ella palideció pero no pudo hacer otra cosa que prometer que los llevaría puestos.

—¿La idea de la fiesta fue del cardenal? —preguntó—. ¿Es él quien os ha sugerido que me hicierais esta demanda?

El rey confirmó sus sospechas. «¡Estoy perdida!», se dijo. Entonces pensó en su modista, la señora Bonacieux, y se confió a ella.

—Hay que enviar un emisario al duque y recuperar los herretes —dijo la Bonacieux—. Confiad en mí, señora. Vos escribid una carta al duque, que yo vigilaré que no caiga en manos de vuestros enemigos.

La idea de la señora Bonacieux era utilizar a su dócil marido como emisario. Pero cuando le pidió que fuera a Londres para entregar una misiva, este le respondió que el cardenal le había prevenido contra las intrigas. Al darse cuenta de que su marido se había convertido en un servidor de Richelieu, y que se consideraba amigo de Rochefort, el hombre que la había secuestrado, comprendió que no podía contar con él para aquella misión.

—¡Sabía que erais cobarde, avaro e imbécil —le gritó—, pero no que erais también infame! ¡Os habéis vendido a Richelieu, o sea, al Diablo!

El mercero fue enseguida al Louvre a explicar a Rochefort que la reina buscaba un mensajero para enviarlo a Londres, y la pobre mujer se quedó en casa, desesperada por no poder ayudar a la reina tal como había prometido. De repente, un golpe en el techo le hizo levantar la cabeza, y una voz que procedía del piso de arriba dijo:

—Querida señora Bonacieux, abridme la puerta lateral y hablaremos —dijo D'Artagnan.

—¿Habéis oído nuestra conversación? —le preguntó la mujer cuando ambos estuvieron cara a cara.

—Palabra por palabra, por un procedimiento gracias al cual también escuché la charla tan animada que tuvisteis con los hombres del cardenal. Deseo ponerme a vuestro servicio y al servicio de la reina. Iré a Londres.

La señora Bonacieux se alegró muchísimo y confió su secreto al joven. D'Artagnan le dijo que Tréville hablaría con el señor Des Essarts para que le concediera unos días de permiso, y que partiría en seguida. Entonces, la señora Bonacieux le entregó la carta para Buckingham. También le dio la bolsa con las monedas que el cardenal había regalado a su marido y que este le había mostrado con orgullo un rato antes. En ese momento oyeron voces en la calle, y la mujer se dio cuenta de que su marido estaba de vuelta. D'Artagnan y ella salieron por la puerta lateral, subieron por la escalera y entraron en el apartamento del gascón. Mirando por una rendija de los postigos, D'Artagnan vio que Bonacieux hablaba con un hombre que reconoció al instante. Pero la mujer no permitió que fuese a su encuentro.

—En nombre de la reina, os prohíbo que corráis cualquier peligro ajeno a vuestro viaje.

A regañadientes, D'Artagnan se contuvo. Entonces los dos hombres entraron en casa de Bonacieux. La mujer se lamentó:

—Ahora ya no oiremos nada.

—Al contrario —dijo D'Artagnan, y le enseñó el truco de las baldosas.

Bonacieux repetía a Rochefort que su mujer había querido enviarlo a Londres para servir a los intereses de una persona ilustre.

—Habéis sido un necio —decía Rochefort—. Si hubieseis hecho ver que aceptabais la misión, ahora tendríamos la carta.

—Podría volver al Louvre, decir a mi mujer que he cambiado de opinión y pedirle la misiva.

—¡Pues id, y deprisa! Volveré para ver si habéis tenido éxito.

Rochefort se fue, y entonces se oyó un terrible alarido. El marido de la joven se había dado cuenta de la desaparición de su bolsa y salió corriendo gritando: «¡Ladrones!». D'Artagnan y la señora Bonacieux oyeron su voz alejándose en dirección de la calle del Bac.

—Ahora que se ha ido, marchad vos también —dijo la señora Bonacieux—. ¡Coraje, amigo mío, y sobre todo prudencia!

—Quedad tranquila, bella Constanza. —Este era el nombre de pila de la señora Bonacieux—. Volveré digno de vuestro amor.

La joven no respondió, pero se ruborizó. D'Artagnan fue a ver al señor de Tréville y le quiso confiar todo el asunto. Este, sin embargo, al saber que se trataba de salvar el honor de la reina, no permitió que el joven le revelase su secreto, y le prometió que le conseguiría un permiso de quince días.

—¿Para qué lo queréis? —le preguntó de todos modos.

—Mi misión me obliga a ir a Londres.

—¿Y partís solo? Debéis de ser cuatro para que por lo menos uno llegue a su destino.

—Tenéis razón. Iré con Athos, Porthos y Aramis.

—Pues enviaré a cada uno un permiso de quince días, con la excusa de que la herida de Athos aún le causa problemas y que debe ir a tomar las aguas a Forges¹⁵, y que Porthos y Aramis irán con él.

Athos, Porthos y Aramis se sorprendieron al recibir unos permisos que no habían solicitado, pero aceptaron seguir a D'Artagnan a Londres sin hacer preguntas.

Los cuatro amigos establecieron un plan de campaña. Porthos proponía viajar por separado, pero D'Artagnan le hizo ver que si el portador de la carta sellada moría, los otros no podrían llevar a cabo la misión.

—Si viajamos juntos y me matan —dijo—, uno de vosotros la cogerá de mi bolsillo, y así sucesivamente. Con uno que llegue a destino basta.

Cada uno tomó veinticinco pistolas de la bolsa y fue a hacer los preparativos para partir media hora después. A las dos de la madrugada, los cuatro amigos salían de París, seguidos por sus criados armados hasta los dientes.

A las ocho de la mañana, llegaron a Chantilly y entraron en un hostal. Un gentilhombre les propuso brindar a la salud del cardenal. Porthos aceptó a cambio de que el desconocido bebiera también a la salud del rey, pero este afirmó que no conocía más rey que Su Eminencia, y comenzó un duelo entre los dos. Los otros tres amigos le dijeron que había cometido una estupidez y que se uniera a ellos tan pronto como le fuera posible, y se volvieron a poner en marcha.

A una legua de Beauvais cayeron en una emboscada. Hirieron a Aramis en el hombro y a Mosquetón allí donde la espalda pierde su nombre. Cuando pudieron deshacerse de sus atacantes, dejaron a Aramis en un hostal de Crèvecoeur con Bazin. Ya solamente quedaban Athos, D'Artagnan, Grimaud y Planchet. Llegaron a Amiens a medianoche y se alojaron en el albergue del Lis de Oro. Cuando Athos fue con su criado a pagar la estancia, el posadero gritó que las monedas que le daba eran falsas. Cuatro hombres armados entraron súbitamente por las puertas laterales y se lanzaron contra ellos. Athos gritó: «¡Me han cogido! ¡Escapad!», para que le oyesen D'Artagnan y Planchet, y comenzó a disparar. El gascón y su criado obedecieron, mientras Athos, que había tumbado a dos hombres a tiros, luchaba con los otros espada en mano.

Cerca de Calais, el caballo de D'Artagnan se desplomó a causa de la fatiga, y el de Planchet se detuvo y se negó a seguir avanzando. Los dos hombres llegaron a pie a la ciudad y corrieron hasta el puerto, donde se les hizo saber que nadie podía embarcarse hacia Inglaterra sin un permiso expreso del cardenal. Por suerte, encontraron a un gentilhombre que poseía aquel permiso y lo acompañaron a hacérselo sellar por el gobernador del puerto, haciéndole creer que ellos también tenían uno. Durante el camino, D'Artagnan le rogó que le cediese el documento. El gentilhombre se negó, y acabaron luchando, mientras Planchet se enfrentaba a su criado. El hombre pronto recibió tres estocadas y perdió el conocimiento. D'Artagnan lo registró y encontró el permiso. Estaba a nombre del conde de Wardes.

Planchet había vencido también al criado del conde. Lo amordazaron, lo ataron a un árbol, y fueron en seguida a casa del gobernador, que les selló el documento.

Ya en Londres, D'Artagnan buscó a Buckingham, y pronto el duque se volvió a hallar en presencia del joven que le había buscado las cosquillas en París. D'Artagnan le entregó la carta. Al leerla, el duque lanzó un grito y corrió a buscar el cofre de madera. Al abrirlo palideció: faltaban dos herretes de diamantes.

—La única vez que los he llevado puestos fue en el baile del rey, hace ocho días, en Windsor. La condesa de Winter se me acercó... Es una agente del cardenal. ¿Cuándo tendrá lugar el baile?

—El lunes que viene.

El duque ordenó que ningún barco zarpara de los puertos de Gran Bretaña, y mandó a su orfebre que realizase dos herretes de diamantes idénticos a los otros. Dos días después, los herretes estaban listos. El duque los confió todos a D'Artagnan, puso a su disposición un barco y movió los hilos para que sus hombres en Francia consiguieran que llegase sano y salvo a París, sin toparse con espías del cardenal.

Al día siguiente de la vuelta de D'Artagnan a París, todo el mundo hablaba del baile que se iba a celebrar en honor de Sus Majestades, los cuales bailarían el famoso *ballet* de la Merlaison¹⁶. Se estaba preparando con todo lujo la sala del Hôtel de Ville¹⁷ donde tendría lugar el acontecimiento.

A las seis de la tarde empezaron a entrar los invitados, y a medianoche, entre aclamaciones, el rey, con aspecto triste y preocupado, avanzaba hacia el Hôtel de Ville. Al llegar, ordenó que lo avisaran en cuanto el cardenal hiciera su aparición. Media hora después, la reina entraba en la sala. Una cortina se apartó por un instante: el cardenal espiaba a la reina, y una sonrisa diabólica se dibujó en su rostro al comprobar que no llevaba los herretes.

Pronto apareció el rey, acompañado por el cardenal, y se dirigió a la reina:

—Señora, ¿por qué no lleváis los herretes de diamantes?

—Temía perder alguno entre esta multitud.

—Si os hice este regalo fue para que lo lucierais. Ordenad que los vayan a buscar al Louvre, y daos prisa, que el ballet comenzará dentro de una hora.

Cuando la reina se hubo ido, el cardenal dio al rey una cajita. Contenía dos herretes de diamantes.

—Si la reina lleva los herretes, cosa que dudo, contadlos. Y si solamente lleva diez, preguntadle quién puede haberle cogido estos dos.

Un rato después, se oyó un clamor de admiración. La reina había reaparecido, bellísima, y llevaba puestos los herretes de diamantes. El rey se estremeció de alegría y Richelieu de rabia. Cuando acabó el *ballet*, el rey ofreció a la reina los dos herretes que le había dado el cardenal.

—¡Oh! ¿Me dais dos más? —exclamó la reina fingiendo sorpresa—. Ahora tendré catorce.

El rey contó los herretes y, efectivamente, eran doce. Entonces preguntó al cardenal qué significaba aquello.

—Deseaba regalar estos dos herretes a la reina —respondió—, y, como no osaba ofrecérselos yo mismo, he adoptado esta estratagema.

—Y os lo agradezco —dijo, sonriendo, la reina—. Seguro que os habrán costado muy caros.

D'Artagnan, que se había mezclado con los invitados, estaba a punto de retirarse cuando una joven le tocó el hombro y le invitó a seguirla. Aunque llevaba puesta una máscara de terciopelo negro, reconoció a Constanza. La mujer lo hizo entrar en una habitación oscura y se fue. D'Artagnan oyó voces que provenían de la habitación de al lado. Una de ellas era la de la reina. De repente, la puerta se entreabrió y aparecieron una mano y un brazo adorables. D'Artagnan cayó de rodillas y se llevó aquella mano a los labios. La mano se retiró después de dejar en la suya un anillo. Poco después reaparecía la señora Bonacieux.

—Marchad por donde habéis venido —le dijo.

—¿Pero cuándo os volveré a ver?

—Una nota que encontraréis al volver a casa os lo dirá.

D'Artagnan volvió a casa corriendo. Planchet le entregó enseguida la carta que esperaba. En ella, la señora Bonacieux le sugería un encuentro la

noche siguiente a las diez en Saint-Cloud, delante de un pabellón que se alzaba al lado de la casa del señor D'Estrées.

A las siete de la mañana salió de casa y fue a ver a Tréville, que estaba convencido de que el joven tenía alguna cosa que ver con el buen humor del rey y de la reina y con la humillación del cardenal. El capitán le dijo que fuera con cuidado, porque Richelieu no olvidaba nunca una ofensa. Le explicó que tanto podía ser arrestado, como Athos, como ser provocado para que luchara, como sufrir un «accidente», y que desconfiase de todo y de todos. Después le preguntó qué había sido de sus tres compañeros. El joven explicó que los había ido perdiendo por el camino y que no tenía noticias de ellos. También le narró su combate con el conde de Wardes.

—¡Otro hombre del cardenal! —exclamó Tréville—. Yo de vos me iría de París e intentaría averiguar qué ha pasado con vuestros amigos.

A las nueve de la noche, D'Artagnan se encontró con Planchet, que llevaba una pistola y un mosquetón. D'Artagnan llevaba su espada. Subieron a sus monturas —sus caballos habían vuelto solos al establo de los guardias—, salieron de París y pronto estuvieron en el bosque de Boulogne¹⁸.

Cerca de su destino, el gascón entregó media pistola a Planchet y le dijo que fuera a comer y a beber en alguna taberna de las afueras, y que se encontrarían de nuevo a las seis de la mañana. D'Artagnan continuó hasta Saint-Cloud y pronto se encontró ante el pabellón especificado en la carta. Eran las diez en punto, y esperó, pero a las once continuaba solo. Se encaramó a un árbol para poder mirar al interior del pabellón. Lo que vio a través de los cristales transparentes fue un escenario de lucha: una puerta destrozada, una mesa volcada y los restos de una cena esparcidos por el suelo.

D'Artagnan, con el corazón latiendo violentamente, bajó del árbol y encontró huellas de pies humanos y de pezuñas de caballos, además de las marcas de las ruedas de una carroza. Un viejo que vivía allí cerca le explicó lo que había pasado:

—Señor, hacia las nueve he visto a tres hombres a poca distancia de aquí, junto a una carroza. Al darse cuenta de mi presencia, me han pedido que les dejase una escalera, me han dado un escudo y me han dicho que

volviera a casa. Pero me he escondido y he visto que otro hombre bajaba de la carroza, subía por la escalera, miraba al interior de la habitación, y al bajar decía a los otros: «Es ella». Entonces, uno de los hombres ha abierto la puerta del pabellón con una llave que llevaba consigo, y pronto he oído gritos y ruidos. Una mujer se ha asomado a la ventana como si quisiera saltar, pero la han cogido entre dos, la han hecho bajar y la han metido en la carroza.

—¿Me podéis describir al hombre que dirigía esta expedición? —preguntó D'Artagnan, blanco de rabia.

—Era alto, de cabello negro, tenía aspecto de gentilhombre.

—¡Él otra vez!

Buscó a Planchet sin éxito por varias tabernas, y al final se quedó dormido en una de ellas. Se despertó a las seis, y al salir encontró por fin a su criado, que lo esperaba con los dos caballos en la puerta de una pequeña taberna que D'Artagnan había pasado por alto unas horas antes.

El gascón fue a ver inmediatamente a Tréville y se lo explicó todo con detalle. Pensaba que, como el capitán veía cada día a la reina, tal vez podría obtener alguna información sobre el paradero de la pobre Constanza, y este le dijo que aquel asunto olía a cardenal y que haría lo que pudiera, pero que se fuera ya de París.

D'Artagnan volvió a casa para preparar sus cosas, y se encontró al llegar con el señor Bonacieux. Miró las medias del mercero y vio que estaban tan sucias de barro como sus botas. El hombre que había dicho «Es ella» se encontraba delante de él. Sintió deseos de estrangularlo, pero se supo dominar.

Un cuarto de hora después, D'Artagnan y Planchet partían para buscar a Athos, Porthos, Aramis, Grimaud, Mosquetón y Bazin, con dos caballos más por si encontraban a sus amigos con vida. Al llegar a Chantilly, se detuvieron en el mismo establecimiento que en su viaje anterior, y el posadero les dijo que Porthos había sido herido por su oponente, pero que no quería que se supiera. Que había perdido todo su dinero y el caballo a las cartas, y que se ponía furioso cuando le reclamaban lo que debía.

—Por cierto —prosiguió el posadero—, el señor Porthos nos dio una carta para su amante, una gran dama de la corte, diciéndonos que vendría a

traerle dinero, e hice que uno de mis hombres, que iba a París, se la entregase en mano. ¿Sabéis quién es la gran dama? Una mujer madura, esposa de un viejo procurador de los tribunales llamado Coquenard. Cuando leyó la carta, exclamó que seguro que era a causa de una mujer que Porthos había recibido la estocada, y que no le daría ni una pistola.

D'Artagnan encontró a su amigo en la cama, jugando a las cartas con Mosquetón. Al verlo, lanzó una exclamación de alegría. Sin saber que el gascón conocía la verdad, le explicó que había herido a su adversario, pero que había resbalado y se había lastimado la rodilla. El joven, ya tranquilo por Porthos, se preparó para continuar su viaje, y le dijo que siete u ocho días más tarde volvería a pasar por allí y lo recogería. Su amigo le respondió que su rodilla lo retendría en la habitación durante unos días aún, y que además esperaba un dinero que había pedido a su duquesa. D'Artagnan se despidió, pagó al posadero lo que Porthos le debía, y continuó su viaje con Planchet, dejando uno de los caballos para Porthos.

Al llegar a Crèvecoeur, D'Artagnan fue directamente al hostel donde habían dejado a Aramis herido de bala. Lo encontró preparándose para ser ordenado como sacerdote, según le explicó Bazin, que estaba muy contento porque su sueño había sido siempre servir a un hombre de Iglesia, y la herida en el hombro y la desaparición de su amante habían logrado que por fin este se decidiera a colgar la casaca de mosquetero. Aramis, al ver a D'Artagnan, pareció contento, pero sin entusiasmo, como si ya estuviera desligado de las cosas mundanas.

D'Artagnan se mostró muy sorprendido ante la decisión de Aramis, pero este le explicó cómo había dejado el seminario a punto de cumplir los veinte años. Se ve que una noche en que se hallaba en una casa de mala nota, un oficial le amenazó con pegarle una paliza si se lo volvía a encontrar en aquel establecimiento. Aramis aplazó un año su ordenación, tomó clases de esgrima, fue a buscarlo y lo mató de la primera estocada.

—Se me prohibió ser ordenado, al menos durante un tiempo. Ya conocía a Athos y a Porthos, y me convencieron para que me hiciera mosquetero temporalmente. Ahora, por fin, ha llegado para mí el momento de volver a la Iglesia.

—Bien, pues si vuestra decisión es irrevocable, quememos esta carta que llegó ayer a vuestra casa.

—¿Qué? ¡Dádmela ahora mismo!

Aramis leyó la carta y su rostro se transfiguró de alegría.

—¡Se ha visto obligada a volver a Tours! ¡Me ama! ¡No me es infiel! ¡Deja que te abrace, amigo mío!

Bazin entró en ese momento trayendo unas espinacas y una tortilla (era viernes, día de ayuno), pero Aramis le dijo que fuera a buscar una liebre, un capón y una botella de borgoña. A Bazin le cayeron el alma a los pies y las espinacas al suelo.

Al día siguiente, Aramis y D'Artagnan salieron en busca de Athos. Pero, al montar a caballo, el dolor se hizo tan insoportable para Aramis que su amigo lo volvió a llevar a su habitación. A las once y media, D'Artagnan y Planchet llegaban a la puerta del hostel de Amiens donde habían dejado al mosquetero en medio de un combate desigual. El gascón se enfrentó enfurecido al posadero, preguntándole sin preámbulos qué había sido de Athos.

—¡No me habléis de ello, señor, que cara he pagado mi falta! —respondió el hombre—. Las autoridades me habían avisado de que un traficante de moneda falsa llegaría con otros compañeros a mi hostel disfrazado de mosquetero, y pedí refuerzos. Vuestro amigo se defendió como un león, puso a dos hombres fuera de combate a tiros, mantuvo a raya a los otros con la espada e hirió a uno de ellos.

—¿Y qué pasó con él?

—Encontró la escalera que lleva a la bodega, cogió la llave y se encerró dentro con su criado. Como no podía salir de allí, lo dejaron estar.

—No querían matarlo, solamente impedir que continuase su viaje —se dijo D'Artagnan.

—Fui a ver al gobernador para que me dijese qué tenía que hacer, y me respondió que él no había dado ninguna orden, y que si lo mezclaba en aquella historia me haría ahorcar. Parece ser que me había equivocado y que buscaban a otro.

—¿Y Athos?

—Continúa en la bodega. Estoy desesperado, porque allí están todas nuestras provisiones, y vuestro amigo amenaza con volarnos los sesos si intentamos entrar.

D'Artagnan bajó a la bodega. Al oír su voz, el mosquetero Athos le abrió la puerta, y los dos se abrazaron.

—¿Estáis herido? —preguntó el gascón.

—Borracho y nada más. Me debo de haber bebido yo solo unas ciento cincuenta botellas.

—¡Santo Dios! —exclamó el posadero, y su mujer y él entraron en la bodega. Les esperaba un espectáculo terrible, todo estaba devastado: los barriles de aceite reventados, cientos de botellas rotas llenaban todos los rincones, de cincuenta embutidos colgados del techo solamente quedaban cinco.

Al final, D'Artagnan se compadeció y les dijo que se quedaran con el caballo de Athos, ya que él traía otro para su amigo.

Una vez solos, D'Artagnan explicó a Athos lo desgraciado que se sentía por la pérdida de su amada. Este lo escuchó y le quiso explicar una historia.

—Un amigo mío, un conde de la provincia del Berry, se enamoró de una muchacha de dieciséis años, bellísima. Había llegado no se sabe de dónde con su hermano sacerdote. Mi amigo, loco de amor, se casó con ella. Un día, su esposa se cayó del caballo y perdió el conocimiento. Mi amigo corrió a socorrerla y, para que pudiera respirar mejor, le desgarró el vestido y le descubrió el hombro. ¿Y sabéis qué vio? ¡Una flor de lis! ¡Estaba marcada por la justicia! El conde le ató las manos a la espalda y la colgó de un árbol.

—¡Dios mío! —gritó D'Artagnan, estremeciéndose—. ¿Y su hermano, el cura?

—Lo busqué —dijo Athos, que en su borrachera había olvidado a su supuesto amigo y hablaba en primera persona—, pero había huido. Era el primer amante y el cómplice de la joven. ¡Pero bebed y comed un poco de jamón!

A la mañana siguiente, Athos estaba tan sobrio como impenetrable.

—Esta mañana —dijo a D'Artagnan— me he jugado a los dados con un inglés el caballo que me trajisteis, y lo he perdido.

D'Artagnan se enfadó, pero Athos aún no había acabado.

—También me he jugado el vuestro, y también lo he perdido. Pero nos quedan los arreos.

—¿Y qué haremos con los arreos si no tenemos caballos?

—El inglés y un amigo suyo aún están aquí. Jugad los arreos contra vuestro caballo o contra cien pistolas.

D'Artagnan aceptó la idea, y tuvo suerte. Recuperó el caballo, pero Athos le sugirió que cogiese las cien pistolas y que volviesen utilizando los caballos de sus criados, que irían a pie. D'Artagnan estuvo de acuerdo y cogió el dinero. Así llegaron a Crévecoeur, donde recogieron a Aramis... que acababa de vender su caballo. Todos juntos, aprovechando los caballos de los criados y un furgón que volvía de vacío a París, fueron a buscar a Porthos. Lo encontraron sentado a la mesa y los invitó a comer con él. Un poco después les dijo:

—¿Sabéis qué estáis comiendo? Mi caballo. Es decir, lo que he podido comprar después de venderlo. Bueno..., me he guardado los arreos. Mi duquesa no habrá recibido todavía mi carta.

D'Artagnan, Athos y Aramis se pusieron a reír al darse cuenta de que todos habían perdido los caballos. Porthos no entendía nada, pero pronto lo pusieron al corriente.



—Al menos tenemos dinero —dijo D'Artagnan.

—Yo no —dijo Athos—. He comprado unas sesenta botellas de vino que he hecho cargar en el furgón.

—Yo tampoco —dijo Aramis—. He tenido que pagar unas misas que había encargado.

—Y yo —añadió Porthos— he pagado las visitas del médico para mí y para Mosquetón, que tenía una bala incrustada en un sitio poco discreto.

Al llegar a París, D'Artagnan encontró una carta de Tréville donde este le decía que, a petición suya, el rey había aceptado hacerlo entrar pronto en el cuerpo de mosqueteros. Sus compañeros lo felicitaron, pero tuvieron que pasar a hablar de asuntos graves. Su Majestad quería comenzar la campaña militar el primero de mayo y ellos debían tener preparados sus equipos¹⁹ (armas, cascos, casacas, caballos...), que les costarían mucho más dinero del que poseían.

D'Artagnan estaba preocupado por su equipo y por la señora Bonacieux. Tréville había hablado de la joven a la reina, pero ella ignoraba dónde podría estar. Athos pensaba que, si llegado el momento no disponía de equipo, buscaría una buena lucha con varios guardias del cardenal y se haría matar dignamente. Porthos paseaba e iba diciendo: «Yo tengo una idea». Aramis no decía nada.

Un día, D'Artagnan vio de lejos a Porthos, que se dirigía hacia la iglesia de Saint-Leu, y lo siguió a escondidas. En la iglesia, Porthos fue a sentarse al lado de una mujer madura, comenzó a observar nada discretamente a una más joven y bella, y empezó a hacerle gestos y sonrisas. La dama que estaba junto a él observaba el juego y parecía sufrir unos celos horribles.

La dama joven causó un gran efecto también en D'Artagnan, porque se dio cuenta de que se trataba de Milady.

Al salir de la iglesia, la dama madura fue hacia Porthos con rabia contenida. Este hizo ver que se sorprendía de verla.

—¡Querida! ¿Sois vos? ¿Cómo se encuentra vuestro marido, el señor Coquenard? ¿Estabais en misa?

—A dos pasos de vos, pero estabais demasiado ocupado para verme, haciendo gestos y miraditas a otra mujer.

—Ah, sí. Se trata de una duquesa con quien me encuentro a escondidas de su marido.

—Señor Porthos, ¿podría hablar con vos un momento?

El plan del mosquetero funcionaba a la perfección. D'Artagnan, que también había salido del templo, se dio cuenta de ello, y comprendió que Porthos sería el primero en conseguir el equipo. Efectivamente, la señora Coquenard suplicó a Porthos que no la abandonase, y este le reprochó que no lo hubiera ayudado en momentos de necesidad. La dama le dijo que pasara al día siguiente por su casa haciéndose pasar por el hijo de su tía de provincias, y que conseguiría que su marido le prestase la cantidad que necesitaba,

—¿Nos hemos reconciliado? —dijo.

—Para siempre —respondió Porthos.

—¡Adiós, ángel mío!

—¡Adiós, mujer de mi vida!

D'Artagnan había seguido a Milady discretamente. Había visto cómo subía en su carroza, y había oído que daba al cochero la indicación de llevarla a Saint-Germain. En la calle del Sena, encontró a Planchet y le pidió que ensillase dos caballos en los establos del señor de Tréville, y que se encontrase con él en casa de Athos. Al llegar a Saint-Germain, vieron una figura conocida que paseaba por la terraza de una casa: era el criado del conde de Wardes, el hombre que había luchado contra D'Artagnan en Calais. D'Artagnan mandó a Planchet que fuera a hablar con él, y que si no lo reconocía, se informara sobre si el conde estaba vivo o muerto. Mientras los criados charlaban, el gascón empujó a los caballos hacia un callejón y fue a escuchar la conversación escondido tras una valla. Pero pronto se paró delante de él la carroza de Milady. La mujer bajó de ella y dio unas órdenes a una sirvienta de unos veinte años de edad, que se dirigió a la terraza. Alguien, desde el interior, había llamado al criado del conde, y la chica, al llegar, no vio sino a Planchet, y le entregó una carta «para su amo». Entonces volvió a la carroza, que se puso de nuevo en movimiento. Pronto Planchet entregó a D'Artagnan la nota, que decía:

Una persona que se interesa mucho por vos desearía saber qué día podríais dar un paseo por el bosque. Mañana, en el palacio del Champ du Drap d'Or, un criado esperará vuestra respuesta.

—El conde de Wardes no ha muerto, ¿verdad, Planchet?

—No, pero todavía está débil porque perdió mucha sangre.

—¡Muy bien! ¡Ahora, a caballo y sigamos la carroza!

Pronto la encontraron, detenida a un lado del camino. Un caballero ricamente vestido estaba asomado a una de las portezuelas y hablaba con Milady en inglés. La mujer parecía muy enfadada y acabó dando un golpe al caballero con su abanico. El caballero rio, y D'Artagnan pensó que era el momento de intervenir. Se acercó a la otra portezuela y dijo respetuosamente:

—Señora, ¿me permitís ofreceros mis servicios? Si lo deseáis, castigaré esta falta de cortesía.

—Señor —respondió ella—, os lo agradecería mucho si este caballero no fuese mi cuñado.

—¿Por qué este cabeza de chorlito se mete donde no le llaman? —dijo el cuñado—. ¿Y por qué no sigue su camino?

—Porque me encuentro bien aquí —dijo D'Artagnan, mirando al otro hombre a través de su portezuela.

Milady no quiso interponerse en este conato de querella, y dijo simplemente al cochero que la llevase a su residencia. Al marchar la carroza, los dos hombres quedaron cara a cara. Entonces, D'Artagnan reconoció al inglés que le había ganado el caballo en Amiens, y lo detuvo cuando este hizo ademán de ir tras la carroza.

—¿Olvidáis tal vez que hemos iniciado algo vos y yo?

—No llevo espada.

—Id a buscar una, y venid a enseñármela detrás del jardín del Luxemburgo a las seis de la tarde. Vendréis con amigos, supongo.

—Tengo tres, y me acompañarán

—¡Qué casualidad! Yo también.

—Ahora decidme quién sois.

—Me llamo D'Artagnan. ¿Y vos?

—Soy lord de Winter, barón de Sheffield.

Y el inglés partió al galope en dirección a París. D'Artagnan se dirigió a casa de Athos, que estuvo encantado al saber que se disponía a batirse contra un inglés, y envió a buscar a Porthos y a Aramis. El gascón preparó un plan del cual hablaremos más adelante y, al pensar en él, una sonrisa le iluminaba el rostro.

A la hora acordada, los cuatro, con sus criados, estaban detrás del Luxemburgo, y pronto hicieron su aparición los ingleses. Los mosqueteros dijeron al oído sus auténticos nombres a sus respectivos adversarios, ya que estos se negaban a batirse si no los conocían. Athos dijo a su hombre:

—Habríaís hecho mejor no exigiendo saber mi nombre, porque deseo que me crean muerto, y por lo tanto me veré obligado a mataros. ¡En guardia!

Y empezó el combate. Athos luchaba con calma; Porthos, con más prudencia que en Chantilly; Aramis, con prisa, porque quería acabar un

poema. Athos fue el primero en herir a su adversario y la estocada, tal como había avisado, fue mortal. Porthos dañó al suyo en el muslo, y Aramis asustó tanto a su contrincante, que salió corriendo.

Por lo que respecta a D'Artagnan, se había ido defendiendo hasta cansar a su rival. Entonces le hizo saltar la espada de la mano. El inglés retrocedió, resbaló y cayó al suelo. D'Artagnan le puso la punta de la espada en la garganta.

—Os podría matar, pero os perdono por el amor de vuestra cuñada.

D'Artagnan estaba encantado, porque había llevado a cabo el plan que había tramado. El inglés, agradecido, abrazó al gascón.

—Y ahora, amigo mío —le dijo—, os presentaré a mi cuñada, lady Clarick.

Le dio la dirección de la mujer, que vivía en la plaza Royale, en un barrio de moda, y se citaron a las ocho en casa de Athos. D'Artagnan sabía que Milady estaba al servicio del cardenal, pero sentía una gran atracción por ella. Athos le habló con tono amargo:

—Es una agente del cardenal, y os hará caer en una trampa. ¡Ah, pobre D'Artagnan!

Lord de Winter llegó a la hora convenida para recoger a D'Artagnan, y una carroza elegante los llevó a la plaza Royale. El inglés presentó a D'Artagnan a Milady y explicó a la mujer que el gascón había tenido su vida en las manos y que no había querido abusar de su ventaja. Una mueca extraña apareció en los labios de Milady, pero se esfumó inmediatamente.

—Sed bienvenido, señor —dijo a D'Artagnan con voz dulce—. Os estoy eternamente agradecida.

Cuando lord de Winter se despidió porque unos asuntos urgentes lo reclamaban, D'Artagnan y Milady hablaron animadamente. Ella le explicó que su marido, el hermano de lord de Winter, la había dejado viuda y con un hijo. Al salir de casa de Milady, D'Artagnan era el hombre más feliz del mundo. Por la escalera se topó con la criada, que lo rozó ligeramente y que, ruborizándose, le pidió perdón.

D'Artagnan volvió varios días seguidos a la plaza Royale y fue recibido espléndidamente por Milady. Cada vez se encontró en la escalera con Ketty

(así se llamaba la bonita criada), que lo miraba con gran interés, pero el joven no se dio cuenta de ello.



Porthos, a pesar del duelo, no había olvidado la comida a la cual había sido invitado por la mujer del procurador. Fue movido por el interés, y también por unos platos que él, pobre soldado, no acostumbraba a comer, pero el banquete que le ofreció el señor Coquenard, un viejo amarillento, consistió en una sopa aguada y una gallina, muerta sin duda de vejez y regada con un vino infame. La procuradora dijo a Porthos que podía volver a comer los días siguientes, pero él le confesó que solamente pensaba en su equipo. Ella intentó que se quedara, lanzándole miradas seductoras, pero Porthos alegó sus obligaciones y volvió a casa de mal humor y hambriento.

D'Artagnan, a pesar de los consejos de Athos, cada vez estaba más enamorado de Milady e iba a visitarla constantemente; hasta que un día Ketty lo cogió de la mano y lo hizo entrar en una habitación aislada, la suya, donde le dijo que en realidad Milady lo odiaba. D'Artagnan se negó a creerla, y ella le enseñó una nota dirigida al conde de Wardes:

No habéis contestado a mi primera carta. ¿Os encontráis mal o habéis olvidado cómo me mirabais en el baile de la señora de Guise?

D'Artagnan se sintió profundamente herido. Al darse cuenta de que la joven lo amaba, le pidió que lo ayudase en su venganza. Se quedó con la muchacha hasta medianoche en su habitación, que comunicaba con la de Milady, y entonces esta llamó a Ketty. La conversación se centró en él.

—¡Ese maldito gascón ha estado a punto de hacerme perder la confianza de Su Eminencia! ¡Es un estúpido que podría haber matado a lord de Winter y no lo ha hecho, y me ha hecho perder trescientas mil libras de renta, porque, si él hubiese muerto, la herencia de mi marido iría a parar a mi hijo y a mí! De hecho, ya habría acabado con él si el cardenal no me lo hubiera prohibido.

D'Artagnan se dio cuenta de que aquella mujer era un monstruo. Cuando Ketty volvió a su habitación, no se tenía en pie.

—¡Criatura abominable! —dijo.

—¡Silencio! Salid, que os podría oír.

—Por eso mismo no saldré —respondió, y acercó su cuerpo al de Ketty, que no pudo ofrecer resistencia. Era su venganza contra Milady.

Al día siguiente, D'Artagnan volvió a casa de Milady y la encontró de mal humor. No comprendía el silencio del conde, y había ordenado a Ketty que le llevara una tercera carta la mañana siguiente. D'Artagnan le hizo prometer que se la daría a él. Decía:

Es la tercera vez que os digo que os amo. Si os arrepentís de cómo os habéis comportado conmigo, la joven que os dará esta nota os dirá cómo haceros perdonar.

D'Artagnan cogió una pluma y escribió:

Señora, mis heridas no me permitían responderos. Vendré a solicitar vuestro perdón esta noche a las once.

Conde de Wardes

El gascón dio a Ketty la carta para que la entregase a su señora. La muchacha dudaba y lloraba, pero al final aceptó. D'Artagnan le había prometido que aquella noche la visitaría, y eso fue lo que acabó de decidir a la pobre muchacha.

* * *

Los cuatro amigos apenas se veían desde que tenían el problema de hacerse con sus equipos respectivos. El primer día en que se pudieron encontrar todos, Mosquetón dijo a Porthos que preguntaban por él.

—¿Es por mi equipo? —inquirió el mosquetero.

—Sí y no —respondió el criado, y Porthos salió.

Poco después, Bazin dijo a Aramis que alguien que venía de Tours quería verle, y el salió precipitadamente. Al llegar a su casa, encontró sobre la mesa ciento cincuenta pistolas y una carta que decía:

El destino quiere que estemos separados todavía durante un tiempo. Cumplid con vuestro deber y yo cumpliré con el mío, y pensad en mí. Os amo. Adiós, o más bien, hasta pronto.

Al llegar, D'Artagnan encontró a Aramis exultante de alegría, pero el mosquetero le dijo que las monedas que había encima de la mesa procedían de la venta de un poema. El gascón respondió sonriendo que sin duda era un gran poeta, pero que fuera con cuidado y no perdiera la carta que le sobresalía de la casaca. Aramis se puso colorado como un tomate pero pronto se recuperó y dijo que, ahora que tenía dinero, los invitaba a todos a una buena comida. Por la calle encontraron a Mosquetón, que llevaba dos caballos. Uno de ellos era el caballo amarillo que D'Artagnan había recibido de su padre. El criado de Porthos les explicó que una gran dama les había pedido que aceptasen dos caballos de calidad, pero que su marido los había confiscado y les había dado a cambio aquella bestia ridícula y otra parecida. Porthos ordenó a su criado que devolviera los dos caballos al señor Coquenard, y cuando la señora Coquenard se dio cuenta de lo que había pasado, fue a buscar a su amante y le pidió perdón porque ella no entendía de caballos. Este se hizo el ofendido hasta que la mujer le dijo que aquella noche su marido estaría fuera de casa, y que si iba a verla, podrían hacer cuentas.

Aquella noche, hacia las nueve, D'Artagnan se presentó nuevamente en casa de Milady, y fue acogido mejor que nunca. Pero a las diez la mujer comenzó a parecer inquieta, y cuando D'Artagnan cogió el sombrero, notó que la joven estaba contenta de verlo marchar. El gascón fue a buscar a Ketty a su habitación y la encontró llorando. D'Artagnan le dijo que lo que pretendía era simplemente un acto de venganza, y que sería más fácil llevarlo a cabo porque Milady había ordenado a Ketty que apagase todas las luces del apartamento, a fin de que el señor de Wardes pudiese entrar y salir discretamente.

Cuando D'Artagnan vio que todo estaba oscuro, salió de su escondite y entró en la sala desde la habitación de Ketty.

—Soy yo, Wardes —dijo a media voz.

—¡Oh, conde, estoy tan contenta por el amor que vuestras palabras me han expresado! —dijo Milady—. Yo también os amo y os quiero dar una prueba de mi amor.

Y puso un anillo en el dedo de D'Artagnan. Entonces le dijo que a cambio le tendría que hacer un gran servicio. A la una se separaron y

concertaron una nueva cita para la semana siguiente. Al día siguiente, D'Artagnan corrió a ver a Athos para pedirle consejo.

—Vuestra Milady —le dijo— me parece una criatura infame, pero engañándola así no habéis conseguido sino un enemigo más.

—¿Miráis mi nuevo anillo? —le preguntó D'Artagnan.

—Sí, me recuerda a una joya de mi familia. ¿Os lo ha dado Milady? Enseñádmelo.

Athos lo examinó y se puso muy pálido. Después se lo probó en el anular de la mano izquierda, y le iba perfectamente. Una nube de odio y de venganza atravesó su rostro, casi siempre calmado e impasible.

Al volver a casa, D'Artagnan encontró a Ketty enferma de dolor. Su señora la había enviado para saber cuándo el conde le daría una segunda cita. D'Artagnan, influenciado por Athos, escribió:

No contéis conmigo, señora. Tengo muchas ocupaciones. Cuando llegue vuestro turno ya os avisaré.

D'Artagnan dio la carta a la criada, que se puso loca de alegría. Cuando la misiva llegó a manos de Milady, esta palideció horriblemente y se tambaleó. Ketty corrió a ayudarla, pero la apartó.

—¡Cuando me insultan no me encuentro mal, me vengo!

Durante dos días, D'Artagnan no fue a ver a Milady. Al tercer día, Ketty volvió a ir a su casa y, muy triste, le entregó una carta donde Milady le pedía, en su nombre y en el de su cuñado, que fuera a verla aquella noche. D'Artagnan pensó que era conveniente acudir a la cita. Llegó a la plaza Royale a las nueve, y encontró a Milady pálida y fatigada. Sin embargo, lo recibió muy amablemente, y el joven sintió que en su interior se reavivaba la pasión que creía extinguida.

—¿Qué seríais capaz de hacer para probarme vuestro amor? —le preguntó ella.

—Cualquier cosa que me pidieseis.

—Tengo un enemigo mortal, el conde de Wardes. Quiero que me libréis de él.

—¡Mañana estaréis vengada o habré muerto!

—Mi cuñado llega. Tendríais que marchar. Volved a las once y acabaremos esta conversación. Ketty os hará pasar a mi habitación.

La pobre muchacha estuvo a punto de desvanecerse al oír esto. Milady ofreció una mano a D'Artagnan, y él la besó tiernamente antes de irse. Desconfiaba de ella, pero también la deseaba con locura, al tiempo que sabía que no lo amaba. A las once volvió a la casa y fue a la habitación de Ketty. La joven, temblando, quiso detener a su amante, pero Milady había oído los ruidos y se vio obligada a darle paso a la habitación de su señora.

Milady se comportó como una amante apasionada, pero pronto recuperó el control y preguntó al joven cuáles eran sus planes para el día siguiente. D'Artagnan, que en aquel momento tenía otras cosas en la cabeza, respondió que era demasiado tarde para hablar de duelos. La noche pasó con rapidez para él, y cuando salió el sol se dispuso a partir. Ella le recordó una vez más su promesa. Entonces D'Artagnan le dijo:

—¿Verdad que me amáis?

—Soy toda vuestra.

—Y si por exceso de amor me hubiera convertido en culpable, ¿me perdonaríais?

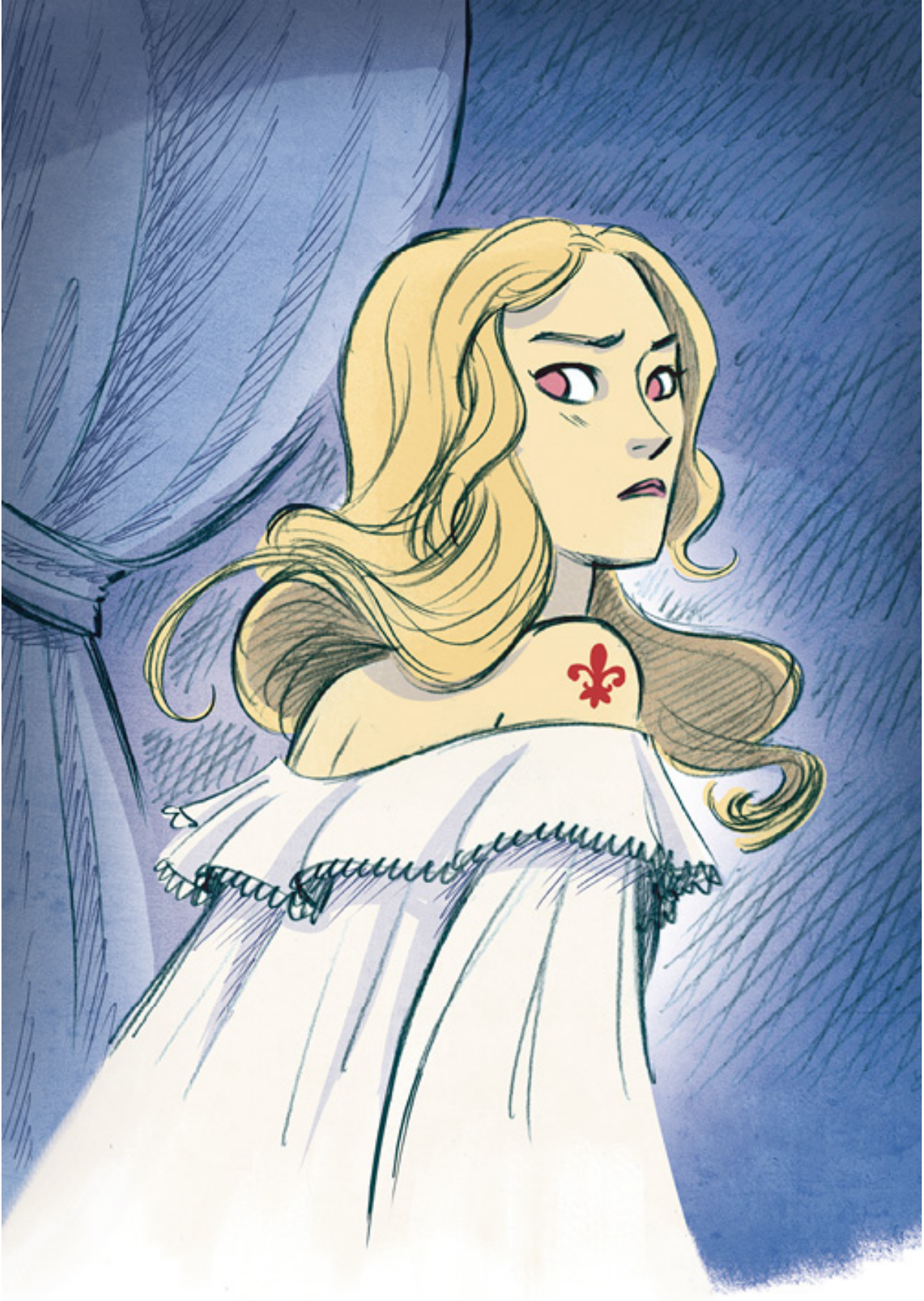
—¿Qué queréis decir?

—Tuvisteis una cita con De Wardes aquí mismo el jueves pasado, ¿no es verdad?

—¡No! ¡De ninguna manera!

—No mintáis, ángel mío. El anillo soy yo quien lo lleva. El conde de Wardes del jueves y yo somos la misma persona.

Milady, loca de rabia, le dio un gran golpe en el pecho e hizo que cayera de la cama. D'Artagnan la cogió por la bata implorando su perdón, pero la ropa se rasgó y los hombros de la mujer quedaron al descubierto. En uno de ellos el gascón vio horrorizado la flor de lis, la marca imborrable del verdugo. La mujer se revolvió como una pantera herida. D'Artagnan conocía su secreto y tenía que morir. Corrió hasta un cofre, sacó de él un puñal y se lanzó contra él, que estaba medio desnudo. El retrocedió, encontró a tientas la espada y la desenvainó.



—¡Calmaos —dijo el gascón— u os dibujo con esto una segunda flor de lis en el otro hombro!

Entonces, Ketty, alertada por el ruido, abrió la puerta. D'Artagnan se encontraba a pocos pasos de ella. Saltó de la habitación de Milady a la de la muchacha y cerró inmediatamente la puerta. Milady se lanzó contra ella y la cosió a puñaladas mientras profería imprecaciones horribles.

—¡De prisa, Ketty! —dijo el gascón— ¡Dame la ropa que encuentres y hazme salir de aquí o soy hombre muerto!

Ketty le dio un vestido de mujer y unas zapatillas, y D'Artagnan corrió hacia la salida. Milady ya había despertado a todos los criados. El portero le permitió salir un segundo antes de que su señora gritase: «¡No abráis!».

El joven recorrió a la carrera medio París, y solamente se detuvo al llegar a casa de Athos. Grimaud le abrió la puerta y el gascón entró como una furia. El criado intentó detenerlo y le dijo:

—¿Qué deseáis, señora?

Pero al ver el bigote del gascón se dio cuenta de que era un hombre.

—¿Vos, señor D'Artagnan? ¿Cómo es posible?

—¿Qué demonios sucede aquí, Grimaud? —dijo Athos, saliendo de su habitación. Al reconocer a su amigo, soltó una carcajada.

—¡No os riáis, que esto no tiene ninguna gracia! Me acaba de ocurrir una cosa terrible.

—Pasad a mi habitación, coged algunas ropas mías y explicádmelo todo.

Cuando D'Artagnan le dijo que Milady tenía una flor de lis marcada en el hombro, Athos reaccionó como si le hubieran disparado una bala al corazón.

—¿Estáis seguro de que la otra está muerta? —preguntó D'Artagnan—. Esta tiene algo más de veinte años y es rubia. La llaman Milady, pero podría ser francesa, porque habla sin ningún acento.

—Por suerte —dijo Athos—, mañana nos vamos de París para ir a La Rochelle, y allí solamente tendremos que preocuparnos de los soldados enemigos. Pero, si es una espía del cardenal, tal vez Su Eminencia la

utilizará para vengarse. Por si acaso, iré a todas partes con vos. Claro que aún nos queda por resolver la cuestión del equipo...

D'Artagnan propuso a Athos vender el anillo que Milady le había dado. Él estuvo de acuerdo, a condición de que se repartieran el dinero, ya que, aunque se trataba de un recuerdo de familia, se había infectado al pasar por las manos de aquella mujer. Entonces acompañó a D'Artagnan a su casa. Bonacieux, en la puerta, les sonrió hipócritamente. El joven gascón era esperado por Ketty en su habitación.

—Cuando os habéis ido, y antes de que Milady se diese cuenta de que yo era vuestra cómplice, he cogido el poco dinero que tenía y he huido.

—¿Qué haré contigo? Me voy pasado mañana.

—¡Hacedme salir de París!

—¡Planchet, ve a buscar a Aramis!

El criado salió a toda prisa.

—Ketty, mi amigo conseguirá que trabajes para alguna dama fuera de París. Y ahora te haré una pregunta: ¿Has oído hablar de una joven que fue secuestrada hace algunas noches? Es la esposa del propietario de esta casa. Seguro que lo has visto al entrar.

—Y espero que no me haya reconocido. Ha ido dos veces a visitar a Milady. Hace quince días y ayer mismo.

—Athos —dijo D'Artagnan—, bajad y mirad si Bonacieux todavía está en la puerta.

El mercero había desaparecido. D'Artagnan pensó que había ido a avisar que todas las palomas estaban en el palomar, y que tenían que salir rápidamente de allí. Por suerte, Aramis acababa de llegar. Una vez al corriente de los hechos, accedió a colocar a Ketty en la casa de una amiga de la señora de Bois-Tracy, y escribió una breve carta que selló con su anillo y que entregó a Ketty, que se marchó jurando amor eterno a D'Artagnan; y pronto los amigos se separaron, quedando para reencontrarse a las cuatro en casa de Athos. Aramis volvió a su casa y Athos y D'Artagnan fueron a vender el anillo y a comprar los caballos y el equipo para la campaña.

A las cuatro, los amigos estaban en casa de Athos, y sus preocupaciones en lo que concernía al equipo habían desaparecido. De repente, Planchet

entró y entregó dos cartas a D'Artagnan. La primera no estaba firmada y le pedía que se paseara aquella tarde entre las seis y las siete por la carretera de Chaillot, y que se fijara en el interior de las carrozas que pasasen por allí.

—Es una trampa —opinó Athos.

—Iremos todos. Vosotros cabalgaréis a una cierta distancia de mí y solamente me ayudaréis si se presentan problemas.

—¿Y la segunda carta? —dijo Athos a D'Artagnan—. Lleva las armas de Su Eminencia.

D'Artagnan la abrió y la leyó en voz alta:

Se ruega al señor D'Artagnan, guardia del rey, que se presente esta tarde a las ocho en el palacio del cardenal.

—Iré a la segunda cita al salir de la primera —dijo D'Artagnan.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Athos— es convocar a unos cuantos mosqueteros, vigilar todas las puertas del palacio y, si vemos salir una carroza sospechosa con las cortinas corridas, la interceptamos. Ya no nos vendrá de una trifulca con los guardias del cardenal.

Poco después de las seis llegaron a la carretera de Chaillot. Un rato después, una carroza llegó al galope. Una cabeza de mujer se asomó por la portezuela, enviando un beso a D'Artagnan. Aquella visión fugaz llenó de alegría al gascón: estaba casi seguro, a pesar de la poca luz del crepúsculo, de que la mujer era Constanza. Pero ¿cuál era el motivo de aquella breve cita?

Ya eran las siete y media y D'Artagnan tenía aún una cita pendiente. Delante del palacio del cardenal, encontraron a los doce mosqueteros que habían convocado y les explicaron su misión. Athos los dividió en tres grupos y fueron a emboscarse delante de las salidas del palacio, mientras D'Artagnan entraba en él por la puerta principal, con coraje pero también con una cierta inquietud.

Un ujier le pidió que lo siguiera y lo hizo entrar en una biblioteca. Un hombre escribía, sentado a una mesa. D'Artagnan se fijó en que escribía versos. «Un poeta», se dijo. Entonces el poeta alzó la mirada: era el

cardenal Richelieu. El cardenal observó a D'Artagnan con ojo escrutador y le dijo:

—Sois D'Artagnan, de Tarbes. Vinisteis hace siete u ocho meses a París, por Meung, donde tuvisteis un incidente, y fuisteis recomendado al señor de Tréville.

—Sí, señor, pero durante los hechos de Meung...

—... perdisteis una carta, ya lo sé. Pero Tréville tiene don de gentes y confió en vos. Durante estos meses os han pasado muchas cosas. Incluso habéis estado en Inglaterra.

—Señor —dijo D'Artagnan, sorprendido—, fui allí porque...

—No importa. Yo lo sé porque mi trabajo es saberlo todo. Veo que conserváis el regalo que os hizo una augusta persona cuando regresasteis.

D'Artagnan tocó instintivamente el diamante que llevaba en el dedo.

—Monseñor, me temo que he irritado a Vuestra Eminencia.

—¿Por qué? ¿Por haber sido leal y eficiente? Merecéis elogios, no un castigo. Yo castigo a los que no obedecen, no a los que obedecen... demasiado bien. Pero sentaos.

El cardenal señaló una silla a D'Artagnan, que se sentó, sorprendido por todo lo que estaba sucediendo.

—Sois valiente. Y sois prudente, que aún es mejor. Pero tenéis enemigos poderosos. ¿Qué diríais si os ofreciese ser teniente de mis guardias y haceros cargo de una compañía así que acabe la campaña?

—Todos mis amigos son mosqueteros y guardias del rey y, por un desgraciado azar, todos mis enemigos están a vuestro servicio. No sería bienvenido aquí y sería mal visto allí, si aceptase vuestra oferta.

—Así pues no queréis servirme —dijo el cardenal con una mezcla de despecho y de estima—. Sea. Conservad a vuestros amigos, pero id con cuidado, porque cuando os retire mi protección vuestra vida valdrá muy poco.

D'Artagnan estuvo a punto de cambiar de opinión, pero pensar que Athos renegaría de él lo contuvo. Salió del palacio y Plachet fue a comunicar a los otros mosqueteros que podían abandonar la vigilancia. Una vez en casa de Athos, D'Artagnan les explicó solamente que el cardenal le había propuesto entrar en sus guardias, y que él se había negado.

—¡Bien hecho! —exclamaron Porthos y Aramis.

—No sé si habéis hecho lo correcto —opinó en cambio Athos.

Al día siguiente, hicieron los preparativos para la marcha, y un día después los amigos se despidieron: los mosqueteros fueron a la residencia de Tréville y D'Artagnan, como los otros guardias del rey, a la del señor Des Essarts. Después, todos se dirigieron al Louvre, donde el rey les pasó revista.

Porthos fue a decir adiós a la señora Coquenard, que se despidió de él llena de emoción. Aramis, mientras tanto, escribía una larga carta, pero nadie sabía a quién. Ketty, que tenía que partir aquella misma tarde hacia Tours, esperaba aquella carta misteriosa. Athos bebía a sorbos la última botella de vino que le quedaba, y D'Artagnan desfilaba con su compañía. Al llegar cerca de la Bastilla, no vio a Milady, que lo señalaba con el dedo a dos hombres de aspecto patibulario. Los tipos siguieron la compañía y pronto montaron en dos caballos que un criado vestido con librea les tenía preparados.

[1](#) Entre 1588 y 1608, cerca de diez mil hombres murieron en duelos provocados por cuestiones de honor. A pesar de varios edictos contrarios, los duelos fueron tolerados en la práctica hasta que el cardenal Richelieu, el año 1626, durante el reinado de Luis XIII, promulgó un decreto que se aplicó severamente y que castigaba a los infractores con la pena de muerte.

[2](#) *Gentilhombre*: de origen noble y, por extensión, aquel que se comporta de manera educada. Se usaba para dirigirse de forma amable a un hombre.

[3](#) *Perpunte*: pieza de vestir de cierto grosor usada antiguamente para cubrir y defender el cuerpo de las armas blancas.

[4](#) *Estribo*: escalón que permite subir con más facilidad a un coche.

[5](#) Actualmente, el Louvre es un famoso museo, pero fue la residencia de los reyes de Francia desde 1535, cuando Francisco I volvió de su cautiverio en España, después de la derrota de Pavía, hasta 1682, cuando Luis XIV se instala en Versalles.

[6](#) *Tahalí*: banda que se llevaba desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo y que servía para aguantar la espada.

7 «Pistola» era el nombre que se daba a diversas monedas europeas en distintas épocas. En este caso se refiere a los luises de oro, acuñados por Luis XIII.

8 Saint-Germain-des-Près, barrio intelectual de París por excelencia tras la Segunda Guerra Mundial, era un pequeño burgo dispuesto alrededor de la iglesia del mismo nombre.

9 *Mercero*: persona que comercia en artículos de poco valor, como alfileres, cintas, botones, etc.

10 *Renta*: dinero que recibe periódicamente alguien que tiene un capital depositado en una entidad bancaria.

11 Famosa prisión de París. Su toma por parte del pueblo marcó el inicio de la Revolución Francesa en 1789.

12 Los protestantes franceses de doctrina calvinista eran llamados hugonotes. Los decretos reales llamaban al protestantismo desdeñosamente «pretendida religión reformada». El más célebre de los hugonotes fue Enrique de Navarra, futuro rey Enrique IV de Francia. Fue obligado a abjurar, para salvar su vida, durante la matanza de protestantes de la noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572).

13 La Rochelle fue el último reducto protestante en Francia y, con el apoyo de los ingleses, amenazaba el poder real, ya que las ideas de los hugonotes podían divulgarse desde allí. Richelieu decidió «cortar la cabeza del dragón» y el asedio de La Rochelle (1627-1628) acabó con la capitulación incondicional de los hugonotes.

14 *Herrete*: pequeño cabo de metal que se pone a cordones, cintas, etc., para que puedan entrar fácilmente por los ojetes. Los había de adorno, labrados artísticamente, e incluso realizados con metales y piedras preciosas.

15 El mismo Luis XIII hizo una cura en Forges, municipio reputado por sus aguas «claras, luminosas y benefactoras».

16 Es posible que el *ballet* de la Merlaison, que tenía como tema la caza del mirlo, fuese compuesto por el mismo Luis XIII, aficionado a este tipo de actividad.

17 *Hôtel de Ville* es un término francés que equivale a «ayuntamiento».

18 El bosque de Boulogne, situado al oeste de París, es actualmente uno de los pulmones de la ciudad.

19 Como en otros cuerpos militares, los miembros de los mosqueteros debían costear de su propio bolsillo indumentaria, armas, animales y el resto de enseres para la lucha.

SEGUNDA PARTE

Traiciones y venganzas

El sitio de La Rochelle —la última ciudad importante en poder de los hugonotes— fue uno de los grandes acontecimientos del reinado de Luis XIII, y una de las grandes empresas militares del cardenal Richelieu. El puerto de La Rochelle era la última puerta abierta a los ingleses en Francia, y cerrándola, el cardenal acababa el trabajo comenzado por Juana de Arco. Ahora bien, para Richelieu, que había estado enamorado de Ana de Austria y fue vencido por el duque de Buckingham, aquella campaña también representaba su venganza contra un rival.

El rey tenía fiebre, pero quiso partir el 28 de junio. Su estado empeoró y se tuvo que detener en Villeroi con sus mosqueteros. D'Artagnan llegó por fin a La Rochelle el 10 de septiembre de 1627. Una vez allí, sus pensamientos lo llevaron, mientras daba un paseo, demasiado lejos del campamento. De repente, el último rayo de sol iluminó un mosquete detrás de unos arbustos. Decidió huir cuando vio el extremo de un segundo mosquete tras una roca, en la otra parte del camino. Se tiró al suelo cuando el primer mosquete disparaba, y una bala pasó silbando por encima de su cabeza. Se alzó de un salto, cuando la bala del segundo mosquete hacía volar las piedras justo donde había estado tumbado un momento antes, salió corriendo y llegó sin resuello y temblando a su tienda.

Durante el día siguiente, D'Artagnan no salió del campamento, y un día después se ofreció voluntario para una misión peligrosa. Se trataba de recuperar un bastión que habían ocupado los hugonotes, y antes era necesario enviar una partida de reconocimiento para comprobar cómo estaba defendido. El gascón se hizo acompañar por cuatro hombres más (dos compañeros suyos de los guardias y dos soldados) y los cinco llegaron

a unos cien pasos del bastión. Al girarse, el gascón vio que los dos soldados habían desaparecido, y pensó que se habían quedado atrás por miedo. Continuó avanzando, pues, con los guardias.

El bastión parecía abandonado, pero de repente las balas silbaron cerca de ellos. Como ya sabían lo que querían saber, se retiraron corriendo. Uno de los guardias cayó, con el pecho atravesado por una un proyectil. D'Artagnan no quiso abandonarlo y fue hacia él, pero, en aquel momento, otra bala impactó en el cráneo del herido, y otra más pasó a dos dedos del suyo. Aquel ataque no procedía del baluarte, y se dio cuenta de que los dos soldados desaparecidos eran sus asesinos de dos días atrás. Se hizo el muerto, y pronto aparecieron los dos individuos, que querían asegurarse de que estaba bien difunto, y que no se habían molestado en recargar sus armas. Cuando estuvieron a unos pasos, D'Artagnan se alzó de un salto, espada en mano. Los asesinos comprendieron que, si volvían al campamento, serían denunciados por su víctima y prefirieron pasarse al enemigo. Uno de ellos corrió hacia el bastión, pero cayó herido en el hombro por una bala. Mientras tanto, D'Artagnan dañó al otro en el muslo y le puso la punta de la espada en la garganta. El hombre suplicó piedad y le confesó que las órdenes les habían sido dadas por una mujer llamada Milady, y que su compañero llevaba en el bolsillo una carta escrita de su puño y letra. D'Artagnan fue a buscarla, y se movió con agilidad, aprovechando los accidentes del terreno. Al llegar, decidió llevarse el cuerpo, utilizándolo como escudo, y registrarlo una vez llegase a la trinchera. Así pues, se lo cargó a la espalda, e hizo bien, porque al momento el hombre lanzó un último gemido al recibir una bala. Ya en la trinchera, encontró la carta:

Ya que aquella mujer se encuentra ahora segura en aquel convento donde nunca hubiera tenido que llegar, intentad al menos no fallar una segunda vez y acabad con el hombre. Si no lo hacéis, pagaréis muy caros los cien luises que os he entregado.

El herido, una vez interrogado, confesó que su compañero y él tenían que interceptar una carroza, y llevar a la mujer que viajaba en ella a una

casa de la plaza Royale, pero que se habían entretenido bebiendo y habían llegado diez minutos tarde. D'Artagnan comprendió que la reina había descubierto dónde estaba prisionera Constanza y que la había hecho llevar a un lugar seguro. Esto explicaba la cita fugaz en la carretera de Chaillot. Contento, ayudó al herido a volver al campamento, y le prometió que no lo haría ahorcar. El guardia que había salido corriendo cuando el otro cayó herido había afirmado que los demás habían muerto. Por lo tanto, todos se sorprendieron al ver llegar a D'Artagnan con el herido y lo recibieron triunfalmente. Con uno de sus perseguidores muerto y el otro eternamente agradecido, el gascón pensó que podía estar tranquilo. Esto prueba que no conocía de verdad a Milady.

D'Artagnan sufría por la falta de noticias de sus amigos. Pero una mañana de noviembre recibió unas botellas de vino de Anjou de su parte, acompañadas de una carta donde le decían que llegarían unos días más tarde. D'Artagnan invitó a dos guardias con los que había hecho amistad para que bebiesen con él, y quedaron para dos días más tarde a mediodía. El día de la solemnidad, el gascón hizo que Planchet empezase a prepararlo todo a las nueve de la mañana, ayudado por Brisemont, el falso soldado que había querido matarlo y que ahora se había convertido en un perro fiel.

Al llegar los invitados, comenzaron a comer, y los criados descorcharon las botellas. Cuando los hombres iban a llevarse las copas a los labios, sonaron dos cañonazos y los guardias, pensando en un ataque inglés, corrieron a por sus espadas. Pero al salir oyeron: «¡Viva el rey! ¡Viva el cardenal!» y se dieron cuenta de que el bullicio era debido a la llegada de los dos grandes personajes. Los mosqueteros los seguían, y D'Artagnan reconoció entre ellos a Tréville y a sus tres amigos. Pronto pudieron abrazarse y el gascón les invitó a unirse a la comida. Pero cuando les agradeció el vino que le habían enviado, le aseguraron que ellos no sabían nada de ningún vino. Con un presentimiento, D'Artagnan corrió hacia la tienda y al entrar en ella vio a Brisemont en el suelo, víctima de unas convulsiones terribles. El pobre hombre murió después de acusar al gascón de haberlo envenenado.



—Me habéis salvado la vida una vez más —dijo a sus amigos—. Esta es una guerra a muerte entre Milady y yo.

—Habría jurado que estaba muerta, la había colgado muy bien —dijo Athos—. Bueno, pues intentaremos evitar que os asesinen.

—Y en cuanto a Constanza, ¿me ayudaréis?

—¿Decís que la reina la ha metido en un convento? —dijo Porthos—. Pues así que acabe el asedio, la iremos a buscar y la sacaremos de allí. Claro que antes tendremos que averiguar de qué convento se trata...

—Yo me encargo de ello —dijo Aramis—. Tengo buenas relaciones con el confesor de la reina.

* * *

Los ingleses lo pasaban muy mal en la isla de Ré¹, contaban con pocos víveres y muchos soldados estaban enfermos. Intentaron un ataque desesperado, pero tuvieron que reembarcar, dejando unos dos mil muertos en el campo de batalla. Así el cardenal pudo continuar tranquilamente con el asedio de La Rochelle. Richelieu se había instalado en una casita del puente de La Piedra, donde recibía y desde donde enviaba correos constantemente. Mientras tanto, los mosqueteros, que tenían poca cosa que hacer en el asedio, llevaban una vida regalada. Además, nuestros amigos solían obtener permisos particulares de Tréville y se quedaban fuera del campamento hasta muy tarde.

Una noche en que D'Artagnan no los pudo acompañar, Athos, Porthos y Aramis volvían de una taberna llamada el Palomar Rojo, cuando se encontraron con dos hombres a caballo que iban hacia ellos. Athos gritó:

—¿Quién va?

Entonces, uno de los caballeros descubrió el rostro que la capa ocultaba.

—¡Señor cardenal! —exclamó estupefacto el mosquetero

—¿Cómo os llamáis? —dijo Su Eminencia.

—Athos.

—Vendréis conmigo. No quiero que se sepa que he salido del campamento, pero también deseo que me acompañéis por mi seguridad. Vuestros compañeros son Porthos y Aramis, ¿no es cierto? Os conozco y sé que no sois amigos míos, pero que sois leales y valientes.

—Tenéis razón haciendo que os acompañemos —dijo Athos—. En este camino hemos encontrado gente poco de fiar, e incluso hemos tenido una pelea con cuatro borrachos en el Palomar Rojo. Esos miserables, al saber que había una mujer en el hostel, han querido forzar su puerta.

—¿Estaba sola?

—Había un caballero con ella, pero debía ser un cobarde, porque no se ha dejado ver.

—No juzguéis a la gente con temeridad, dice el Evangelio. En todo caso, habéis hecho bien defendiendo el honor de una dama. De hecho, yo mismo me dirigía a ese hostal.

El lugar estaba silencioso. El cardenal llamó por tres veces a la puerta, un hombre embozado en una capa salió y los dos mantuvieron una breve conversación. En seguida, el desconocido montó en un caballo que tenía preparado y salió al galope.

—Pasad, señores —dijo el cardenal—. Ese hombre ha confirmado vuestra historia.

El posadero no reconoció a Richelieu. Pensaba que era un oficial que venía a visitar a una dama. El cardenal pidió una habitación en la planta baja, con un buen fuego, donde los mosqueteros pudieran esperarlo, y subió por la escalera hasta el primer piso.

Porthos y Aramis pidieron unos dados y comenzaron a jugar. Athos paseaba reflexionando hasta que se fijó en un tubo de calefacción roto que conectaba con la habitación del piso superior. Cada vez que pasaba por delante, oía un murmullo. Pidió silencio a sus amigos y acercó el oído. La voz que se oía era la del cardenal.

—Escuchad, Milady, el asunto es importante.

—¡Milady! —murmuró Athos

—Os escucho, Vuestra Eminencia —dijo una voz de mujer que sobresaltó al mosquetero.

—Un barco os espera en el puerto de La Pointe. Zarpará mañana a primera hora, por lo tanto, debéis partir para allí inmediatamente. En la puerta encontraréis dos hombres que os darán escolta. Cuando yo me haya ido, esperad media hora y salid. Iréis a Londres y visitaréis a Buckingham.

—El duque sospecha de mí desde el asunto de los herretes.

—Esta vez os presentaréis como negociadora. Le diréis que conozco todos sus planes, pero que, al primer movimiento que haga, provocaré la caída de la reina. Y que puedo cumplir mi amenaza, porque dispongo de pruebas sobre la entrevista que mantuvo con ella durante el baile de máscaras que él bien recuerda. Y que tengo muchas más informaciones que pueden comprometer muy seriamente a Su Majestad.

—¿Y si, a pesar de todo, el duque continúa amenazando a Francia?

—En ese caso, pensad que siempre han existido fanáticos como Ravai²llac. Habría que buscar a una mujer que quiera vengarse del duque y que ponga el puñal en la mano del fanático en cuestión.

—La encontraré, pero quiero una orden que ratifique que todo lo que haga es por el bien de Francia.

—La tendréis

—Y ahora, ¿podría deciros unas palabras sobre mis propios enemigos? Esa pequeña intrigante llamada Bonacieux, que estaba en la prisión de Nantes, pero a la que la reina ha enviado a un convento. Ignoro a cuál.

—Ya lo averiguaré y os lo comunicaré. ¿Algún otro enemigo?

—¡Su amante, ese miserable D'Artagnan!

—Necesitaríamos una prueba de su complicidad con Buckingham.

—Puedo conseguir una decena.

—Pues con ellas lo enviaré a la Bastilla.

—¿Y después?

—En la Bastilla no existe el después. Dadme papel, tinta y una pluma. Athos llevó a sus compañeros al otro extremo de la habitación.

—Vosotros continuad escuchando, si queréis, pero yo tengo que salir.

—¿Y si el cardenal pregunta por ti?

—Le diréis que he ido a explorar el camino.

Athos salió, convenció al hombre del cardenal de la necesidad de su labor, montó a caballo y partió en dirección al campamento.

—¿Dónde está Athos? —preguntó el cardenal al bajar.

—Ha ido a echar un vistazo al camino de vuelta.

—¡Pues vámonos, que se hace tarde!

Mientras tanto, Athos había sacado a su caballo del camino y había esperado a que pasasen el cardenal, su sirviente y los dos mosqueteros. Entonces volvió al galope al hostal y dijo al patrón que su señor había olvidado decir una cosa muy importante a la dama del primer piso. Pronto entró en la habitación de Milady, que tenía la puerta entreabierta, y cerró detrás de sí. La mujer se dio la vuelta y quedó petrificada de pavor al ver a un hombre con el sombrero tapándole media cara.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—Sí que es ella —murmuró Athos, y se quitó la capa y el sombrero—. ¿Me reconocéis, señora?

—¡El conde de La Fère! —murmuró Milady dando un paso atrás.

—Sí, el conde de La Fère, que vuelve del más allá para poderos ver. Pensaba que vos también estabais allí, pero tal vez el infierno os ha resucitado.

Milady, dominada por el terror, no podía decir ni una palabra.

—Sí, el infierno os ha enriquecido y os ha dado otro nombre, pero no ha borrado la suciedad de vuestra alma ni la marca de vuestro hombro. El nombre de Athos escondía el del conde de La Fère como Milady Clarick escondía el vuestro, Ana de Breuil.

—¿Qué queréis de mí? —dijo por fin Milady con voz temblorosa.

—Sé todo lo que habéis hecho desde que entrasteis al servicio del cardenal, y lo que pretendéis hacer. Lo que le pase a Buckingham me importa muy poco, pero si tocáis un solo cabello de mi amigo D'Artagnan os juro que será vuestro último crimen.

Athos sacó una pistola y la armó. Milady quiso gritar, pero era incapaz. El mosquetero apoyó el cañón del arma contra la frente de la mujer y le dijo con calma:

—Ahora mismo me daréis el papel que os ha firmado el cardenal u os vuelo la cabeza.

Milady se sacó un papel del pecho y lo entregó a Athos, que lo desplegó y leyó:

Es siguiendo órdenes mías y por el bien del Estado que el portador de la presente ha hecho lo que ha hecho.

Richelieu



—¡Y ahora que te he arrancado los dientes, víbora, muerde si puedes! —dijo el mosquetero, volviéndose a poner el sombrero. Y salió sin mirar atrás.

Athos partió al galope, campo a través y, cuando se dio cuenta de que había adelantado al cardenal y a su escolta, apareció delante de ellos y les dijo que el camino era seguro. El cardenal le agradeció el buen trabajo y todos volvieron al campamento, ya que Richelieu también dormía allí aquella noche.

Mientras tanto, Milady siguió su viaje hasta el puerto. Cumpliría la misión y después obtendría su venganza. A las siete de la mañana zarpaba en dirección a Inglaterra.

D'Artagnan encontró a sus tres amigos reunidos muy temprano, y les dijo que esperaba que lo que tenían que decirle valiese la pena, porque estaba reventado. Athos propuso que fueran todos al albergue de la Mariposa para no ser espiados por oídos indiscretos. Pero el establecimiento estaba repleto de gentes de armas que solían ir allí después del toque de diana. D'Artagnan explicó, escuchado por muchos otros mosqueteros y guardias, cómo habían tomado un bastión la noche anterior, con la ayuda de un barril de pólvora.

—Pero tal vez lo han vuelto a tomar —dijo un suizo.

—Muy bien —dijo Athos—, haremos una apuesta: mis compañeros y yo iremos allí a comer y nos quedaremos durante una hora.

Y los cuatro amigos pidieron víveres y se dirigieron a la fortificación. Una vez salieron del campamento, D'Artagnan preguntó a Athos qué se proponía.

—Tenemos cosas importantes a discutir y en aquel albergue no podíamos pronunciar ni una palabra con intimidad.

—Pero en el bastión acabaremos con una bala en el cuerpo, y no tenemos con nosotros nuestros mosquetes.

—¡Por favor! —dijo Athos—. Esta noche han muerto allí unos ocho o diez de los nuestros y otros tantos de La Rochelle, ¿no? Les cogeremos las armas y ya está.

Al llegar al baluarte, los mosqueteros, D'Artagnan y sus criados vieron al suizo y a los otros con quienes habían hecho la apuesta, que los

esperaban. Athos puso su sombrero en la punta de la espada y lo agitó. Todos los espectadores le devolvieron el saludo, acompañado de un gran: «¡Hurra!». Entonces, los cuatro, precedidos por Grimaud, desaparecieron dentro del bastión.

Tal como había imaginado Athos, el baluarte solamente estaba ocupado por cadáveres. Cargaron los fusiles y los criados sirvieron la comida. Los mosqueteros almorzaron sentados en el suelo. Mientras comían, Athos les habló de su encuentro con Milady, les enseñó la carta firmada por el cardenal y dijo, en contra de la opinión de D'Artagnan, que quería destruirla, que debían conservarla preciosamente. Entonces, unos soldados los atacaron, y los mosqueteros se defendieron a tiros y, después, luchando cuerpo a cuerpo. Cuando los últimos enemigos huyeron, ya hacía una hora que estaban en el bastión. Habían ganado la apuesta. Así pues, podían regresar al campamento. Pero antes, Athos preguntó a D'Artagnan qué pensaba hacer.

—Volver a Inglaterra y prevenir a Buckingham.

—Ahora es un enemigo. Eso sería alta traición.

—Podríamos avisar a la reina —dijo Aramis.

—Inmediatamente todos los espías del cardenal conocerían nuestra carta —dijo Porthos—, y la reina salvaría a Buckingham, pero no a nosotros.

Entonces, para ganar tiempo, Athos hizo que Grimaud pusiera de pie a los cadáveres, apoyados en la muralla, como si estuvieran vivos, con las armas al brazo, e interrogó a D'Artagnan sobre De Winter, el cuñado de Milady.

—¡Ese es el hombre a quien debemos avisar! —dijo Athos—. Después de todo, se trata de un asunto de familia. ¿Podemos confiar en nuestros criados, verdad?

—¡Ya lo creo! —dijo D'Artagnan.

—Pues llevarán nuestras cartas a Tours y a Londres mientras nosotros estemos ocupados con el asedio.

Y todos volvieron al campamento. Los franceses los recibieron con entusiasmo. El cardenal preguntó el motivo de todo aquel bullicio, y cuando supo que Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan habían comido durante una hora en el bastión sitiado y que habían matado a un buen puñado de

enemigos, decidió que quería que aquellos hombres le sirvieran, fuese como fuese. Y pidió a Tréville que D'Artagnan pasase lo más pronto posible a su compañía, para que no estuvieran separados. Los cuatro amigos se pusieron muy contentos al conocer la noticia. D'Artagnan dijo al señor Des Essarts que le estaba muy agradecido por todo y le ofreció su diamante, por el cual al día siguiente recibió siete mil libras. Por fin había resuelto venderlo, siguiendo el consejo de Aramis, que le había asegurado que, al no provenir de una amante, podía deshacerse de él con la conciencia tranquila.

* * *

D'Artagnan ya vestía su uniforme de mosquetero, y habría sido feliz del todo sin la amenaza de Milady. Aquella noche se reunieron los cuatro para decidir tres cosas: qué había que escribir al cuñado de Milady, qué escribirían a la persona de Tours, y qué criados llevarían las cartas.



Decidieron que Aramis escribiese al inglés en estos términos: «Señor, vuestra cuñada es una mujer perversa que os ha querido ver muerto para disponer de vuestra herencia, y que ya había sido repudiada por su primer marido porque estaba marcada». Aramis escribió una carta a lord de Winter diciendo lo mismo de una manera más refinada, y sugiriendo al destinatario que leyese el pasado de la mujer en su hombro izquierdo. Todos la encontraron admirable, y Aramis escribió una segunda carta a la persona de Tours, en teoría una prima suya. Decía en ella que había soñado que Buckingham había muerto, y que no sabía si había sido a causa de un veneno o de un puñal o espada. Puso como destinataria a la señorita María Michon, modista en Tours, y dijo a sus amigos que solamente su criado Bazin podría llevarla sin que la mujer desconfiase.

D'Artagnan pidió entonces que su criado hiciera el trabajo de Londres, porque ya había estado allí y sabía algunas palabras en inglés. Encargaron, pues, la misión a Planchet, y él dijo que se comería la carta si intentaban arrebátarsela. Al día siguiente, cuando su criado estaba a punto de partir, D'Artagnan le pidió que dijera a lord de Winter que alguien pretendía matar al duque de Buckingham. Planchet se puso en marcha, y un día después Bazin salió hacia Tours. Ocho días después, este último volvía y les daba la respuesta tranquilizadora de la prima de Aramis. Una semana más tarde volvía Planchet habiendo cumplido su misión, y entregaba una nota a D'Artagnan. Solamente decía:

Thank you, be easy. (Gracias. Estad tranquilo).

Mientras tanto, Milady, colérica y soñando en su venganza, navegaba hacia Inglaterra. Cerca de la costa, el oficial de un cúter³ muy bien armado subió al barco, se paró delante de ella y le pidió que lo acompañara a su embarcación. Llegaron al puerto ya de noche. El oficial ayudó a la mujer a subir a una barca que debía llevarlos a tierra. Una carroza los esperaba.

—¿A dónde me lleváis? —gritó Milady al darse cuenta de que no se dirigían a Londres.

El oficial no respondió. Ella intentó seducirlo, siguiendo su costumbre, pero sus intentos resultaron inútiles. Una hora después llegaron a un castillo

aislado, cerca del mar —Milady oía las olas que golpeaban contra las rocas—. El oficial ayudó a Milady a bajar del coche y la condujo a una habitación. Tenía barrotes en las ventanas, y la mujer comprendió que se encontraba cautiva. En aquel momento, la puerta se abrió y entró lord de Winter.

—¿Vos? —dijo ella con estupor—. ¿Y este castillo?

—Es mío.

Entonces De Winter se giró hacia el oficial y le dijo:

—Gracias, señor Felton, ya nos podéis dejar.

Milady consideraba a su cuñado como alguien inferior a ella, y sin embargo la había sorprendido. ¿Cómo había podido saber que llegaba? ¿Por qué la retenía?



—Decidme qué venís a hacer a Inglaterra —dijo lord de Winter.

—Venía a visitaros —respondió la mujer sin saber que así confirmaba las sospechas que había hecho nacer en el espíritu de De Winter la carta de D'Artagnan—. ¿Acaso no soy vuestra pariente más cercana?

—¿Y acaso yo no soy vuestro heredero más inmediato? El único, de hecho...

Milady se sobresaltó. El golpe había sido directo. Lord de Winter sonrió y continuó.

—Habéis venido a Inglaterra para verme. Y yo, para evitaros molestias, os he enviado a alguien a recogeros. ¿Qué tiene esto de extraño?

—Que supierais de mi llegada.

—El capitán del barco ha enviado una barca para que se adelantase a pedir el permiso de entrada en el puerto. Yo soy el comandante del puerto, he sido informado y he enviado mi cúter para recogeros. Por cierto, en Francia se habla mucho del duque de Buckingham, ¿no? Sus proyectos inquietan a vuestro amigo, el cardenal.

—¿Mi amigo? —exclamó Milady, dándose cuenta de que De Winter lo sabía todo.

—¿Queríais verme? Pues quedaréis servida, porque nos veremos cada día. Y si me explicáis cómo era por dentro la casa de vuestro primer marido, os dispondré vuestra habitación del mismo modo.

—¿Mi primer marido? —dijo Milady con los ojos llenos de miedo.

—Sí, vuestro marido francés, que aún está vivo, no mi hermano. Y no intentéis saltarme encima, porque mi espada tiene sed de sangre.

—¿Pondríais la mano sobre una mujer?

—No sería el primero —dijo el barón, y señaló el hombro izquierdo de Milady, que lanzó un grito sordo y retrocedió.

—¡Oh, rugid tanto como queráis! Aquí estáis sola, y si los jueces saben que os metisteis, bígama, en el lecho de mi hermano, pronto tendréis decorado el otro hombro. Dentro de quince o veinte días partiré hacia La Rochelle con el ejército. El día antes de mi marcha, subiréis a un barco que os llevará a nuestras colonias del sur, y os pondré un vigilante que acabará con vos si intentáis volver a Inglaterra o al continente. No intentéis huir de este castillo: es imposible. Ya conocéis al oficial que manda durante mi ausencia y que os ha traído aquí: es una estatua de mármol. Si conseguís seducirlo, os consideraré el Diablo en persona.

Fue hacia la puerta, la abrió y gritó:

—¡Que avisen al señor Felton!

Los dos quedaron en silencio, y pronto hizo su aparición el joven teniente que ya conocemos, esperando órdenes del barón.

—Mirad a esta mujer —dijo De Winter—. Es joven y bella. Y también es un monstruo criminal. Intentará seduciros o mataros. Felton, yo os saqué

de la miseria. Ahora os pido que me guardéis de esta mujer, y que os guardéis de ella vos mismo.

—Señor, haré lo que me ordenáis —dijo Felton, mirando a Milady con odio.

Esta recibió la mirada con aire sumiso y dulce. Una vez sola, cambió su expresión resignada por otra de desafío, se sentó en una butaca y comenzó a pensar.

* * *

El cardenal no tenía noticias de Milady. ¿Qué había sido de aquella mujer? ¿Lo había traicionado? ¿Estaba muerta? Cuando por fin parecía que los habitantes de La Rochelle estaban dispuestos a negociar, se había sabido que Buckingham se preparaba para hacerse a la mar con una gran flota unos días más tarde. El peligro era inminente.

Un día que había salido a pasear con Cahusac y otro de sus guardias, Richelieu llegó a una colina donde nuestros mosqueteros habían estado bebiendo y jugando a los dados y a las cartas, y estaban a punto de escuchar la lectura de una carta por parte de Aramis. El cardenal se ocultó tras unos matorrales. No había podido escuchar sino algunas sílabas aisladas cuando Grimaud descubrió su presencia con un grito destinado a Athos: «¡Oficial!». De un salto, los mosqueteros se pusieron de pie y lo saludaron respetuosamente. El cardenal estaba furioso.

—¿Ahora resulta que los mosqueteros se lo pasan en grande y se consideran oficiales superiores? No me gusta que unos simples soldados actúen como grandes señores. La disciplina es la misma para todos.

—No hemos olvidado la disciplina, Monseñor —replicó Athos—. Simplemente, no estábamos de servicio y pensábamos que podíamos utilizar nuestro tiempo con libertad. Pero si tenéis alguna orden para darnos, os obedeceremos con presteza.

—¿Sabéis qué pareéis, los cuatro? Unos conspiradores. ¿Qué carta estabais a punto de leer, señor Aramis?

—La carta de una mujer, Monseñor.

—¡Oh, ya comprendo! Pero cosas así se pueden enseñar a un confesor, y yo he sido ordenado, ¿sabéis?

—Monseñor —dijo Athos—, la carta no está firmada por la señora D'Aiguillon ni por Marion de Lorme.

El cardenal, pálido como la muerte al oír el nombre de sus amantes, estuvo a punto de dar una orden a Cahusac, pero vio que Athos se acercaba a los mosquetones. Entonces forzó una sonrisa.

—¡Venga, olvidemos esto! Sois unos jóvenes muy valientes, orgullosos y leales. Acabad las botellas y la partida, y leed la carta. Adiós, señores.

Subió al caballo, saludó y se alejó. Athos dijo a Aramis:

—¿Le habríais dado la carta?

—Con una mano, y con la otra lo habría atravesado con la espada.

—Y se lo habría merecido. Venga, leednos la carta de vuestra prima.

—Con mucho gusto —dijo Aramis.

Querido primo:

Pienso que partiré hacia Béthune, donde mi hermana ha hecho entrar a la joven que sabéis en el convento de las carmelitas. Sabe que en ninguna otra parte estaría fuera de peligro, y todo lo que desea es una carta de su amado. Mi hermana os envía recuerdos y su agradecimiento. Dadnos noticias vuestras tan a menudo como os sea posible. Besos.

María Michon

—¡Estoy en deuda con vos! —exclamó D'Artagnan—. Querida Constanza, ya sé dónde estáis. ¿Dónde se encuentra Béthune, Athos?

—Cerca de Flandes. Cuando se levante el asedio iremos a dar una vuelta por allí. Por cierto, hay que hacer desaparecer la carta.

—Grimaud —dijo Athos a su criado—, cométela, y para hacerla bajar podrás beber un buen vaso de vino de Borgoña.

Mientras tanto, Su Eminencia, continuaba su paseo murmurando:

—¡Esos cuatro hombres han de ser míos!

* * *

Por primera vez en la vida, Milady tenía miedo. En dos ocasiones D'Artagnan la había engañado, la había humillado y ahora le arrebatava la libertad. Y la amenazaba de muerte. Aún peor, la había desenmascarado.

Pero para vengarse tenía que ser libre, y solamente disponía de diez o doce días.

—Olvidemos la violencia —se dijo—, soy una mujer. La debilidad es mi fuerza.

Milady se sentó a la mesa y recuperó fuerzas. En la cama, analizó la situación y quedó convencida de que, a pesar de todo, Felton era el más vulnerable de sus carceleros. Era un joven ingenuo, puro. Podía hacérselo suyo. Y se durmió con una sonrisa en los labios.

Durante los días siguientes, cuando Felton entraba en su habitación para traerle la comida, lo observó detenidamente. Su ropa era de una simplicidad exagerada, y cuando le trajo un libro de parte de su cuñado diciendo que se trataba de los rituales de la misa de los católicos, no le quedó ninguna duda: se trataba de un puritano⁴. Entonces rechazó el libro, diciendo con desprecio que aquella no era su misa.

Felton quedó sorprendido y pensativo. Milady, sabiendo que a menudo era espiada a través de un portillo⁵, empezó a rezar en voz alta y a entonar unos cánticos puritanos que había aprendido de un viejo criado de su padre. Lord de Winter se burlaba de su comportamiento teatral, pero Milady intentaba hacerle perder los estribos y obligarlo a proferir amenazas que contrastaban con su dulzura y resignación. Felton no decía nada, pero lo veía y lo oía. Al tercer día de cautiverio, el hombre entró mientras rezaba, y por fin le dirigió la palabra.

—No me gusta molestar a los que oran, señora. Si sufrís por lo que os pueda pasar, lo mejor es dirigiros a Dios.

—¿Qué me importan, la prisión o la muerte? ¿Acaso no sabéis qué designios el señor de Winter tiene para mí? Por favor, ¡dadme un puñal! No lo utilizaré contra vos, el único hombre justo que he encontrado aquí, sino contra mí misma.

—¿Os queréis matar? —exclamó Felton, horrorizado, y salió de habitación muy pálido.

Aquella noche, el lord acompañó a Milady durante la cena.

—Mirad este papel —le dijo—: marcará vuestra vida a partir de ahora. «Orden de llevar a... (aquí podéis escribir el nombre que queráis, mientras esté a mil leguas de Londres) a la llamada Charlotte Backson, rea liberada

después de cumplir su castigo. Permanecerá en su nueva residencia sin poderse alejar de ella más de tres leguas. En caso de intento de evasión, se le aplicará la pena de muerte. Cobrará tres chelines diarios para su alojamiento y manutención».

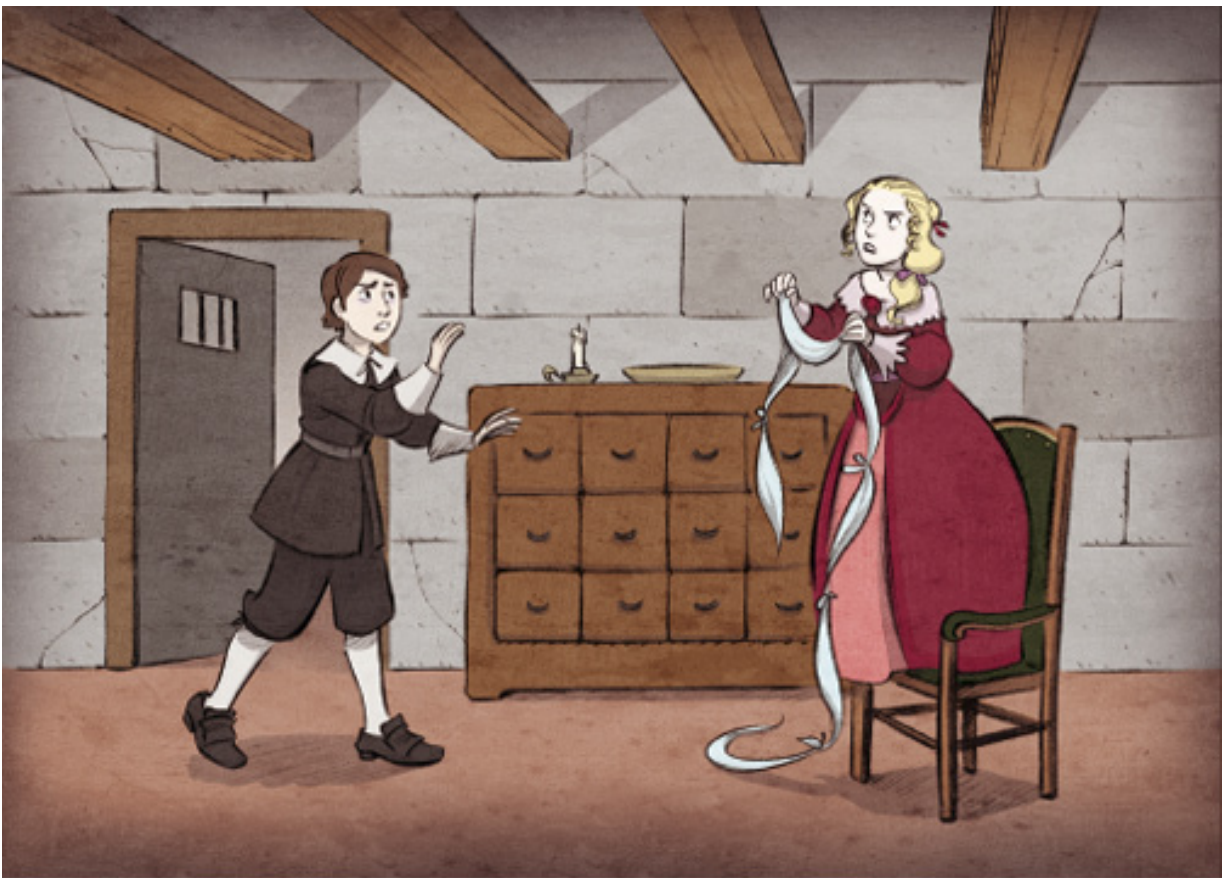
—Este documento no lleva mi nombre.

—¿Tenéis otro?

—El de vuestro hermano.

—¡De ninguna manera! Vuestro primer marido aún vive. Decidme su nombre y lo sustituiré por este. ¿No? Como queráis. Mañana enviaré la orden a lord Buckingham para que la firme.

Al día siguiente, Felton encontró a Milady subida en una butaca, con una cuerda en las manos, hecha con pañuelos atados entre sí. Al entrar el oficial, la joven saltó al suelo e hizo ver que escondía la cuerda improvisada a su espalda. Felton tenía los ojos enrojecidos por el insomnio.



—¿Qué significa esto, señora? —preguntó, cogiendo la cuerda—. Sabéis que Dios prohíbe el suicidio.

—El suicidio es bendecido cuando toma la forma del martirio. Por vuestra culpa perderé el honor, y os haré responsable de ello en el Día del Juicio.

—¿Quién sois? ¿Un ángel? ¿Un demonio?

—Solamente una muchacha, una hermana de religión.

—¡Sí! Todavía dudaba, pero ahora veo con claridad, y creo en vos.

—¡Crees, pero eres el cómplice de ese satánico lord de Winter! ¡Crees, pero me dejas en manos de Buckingham, el enemigo de Inglaterra y de Dios!

—¿Yo entregaros a Buckingham? ¡Jamás! ¡Hablad, quiero saberlo todo! O vos sois un demonio o mi benefactor es un monstruo. A él lo conozco desde hace diez años. A vos desde hace algunos días. Tengo derecho a dudar. Os vendré a ver después de medianoche. Intentad convencerme.

—El silencio de mi cadáver os sabrá convencer mejor que mis palabras.

—¡No habléis así! Prometedme que no atentaréis contra vuestra vida hasta que me volváis a ver. Os traeré un puñal y, si después de nuestra conversación, continuáis con vuestra idea, no os impediré usarlo, pero esperad hasta entonces.

—Esperaré.

A Milady le quedaban solamente dos días, y necesitaba acabar de resquebrajar la coraza de aquel puritano. A medianoche, oyó la voz de Felton, que hablaba con el centinela. Le decía que vigilase sin abandonar su puesto ni por un momento, y que él entraría para vigilar a la prisionera.

—Si te llamo, acude inmediatamente. Y si alguien viene, avísame —le dijo, y entró.

—¿Me habéis traído el puñal que os pedí? —dijo Milady.

—Aquí lo tenéis.

Milady lo dejó sobre la mesa. Entonces, comenzó a explicarle la historia que tenía preparada.

Le explicó que de jovencita había sido drogada, secuestrada, llevada a una especie de jaula de oro, y violada mientras dormía bajo los efectos del narcótico, porque no quería renegar de su religión y, como no podían

manchar su alma, decidieron manchar su cuerpo. El culpable era el hombre que la perseguía desde hacía un año y que había jurado su deshonor. Una vez consumada su acción, le había prometido que le devolvería la libertad y le daría riquezas a cambio de su silencio. Ella lo llamó cobarde y asesino. Él se encolerizó y la amenazó: si hablaba, sería condenada a la infamia eterna.

Felton casi no se tenía en pie a causa del sufrimiento que le causaba escuchar esta historia. Milady, exultante por dentro, continuó:

—Aquella noche, mi perseguidor volvió acompañado de un hombre enmascarado. Me dijo que era una prostituta, y que sufriría el suplicio de las prostitutas. Y dijo al hombre: «¡Verdugo, cumple con tu deber!». A pesar de mi resistencia, el verdugo me aplicó sobre el hombro un hierro candente. Lancé un grito terrible y comprendí que había quedado marcada de por vida. Lo podéis comprobar vos mismo.

Milady se descubrió el hombro izquierdo. Felton ahogó un grito.

—¡Oh, perdón, perdón por haberme unido a vuestros perseguidores! —sollozó.

Milady le ofreció la mano, y él la cubrió de lágrimas y de besos. Ella le reveló entonces que el hombre que la había deshonrado no era otro que el duque de Buckingham. Felton quedó anonadado.

—Pero... ¿cómo es que mi protector, lord de Winter, está involucrado en este asunto?

—Yo tenía un prometido que me amaba, un gran señor. Se lo expliqué todo y no dudó de mí. Tomó su espada y fue al palacio de Buckingham, pero, la noche anterior, el duque había partido hacia España como embajador. Mi prometido me aseguró que llegaría el momento de la venganza, que mientras tanto nos casáramos, y que más temprano que tarde lord de Winter defendería el honor de su esposa.

—¿Lord de Winter? ¡Dios mío!

—¿Lo entendéis ahora? Buckingham se ausentó durante un año. Ocho días antes de su regreso, lord de Winter murió de repente sin haber explicado nada de todo aquello a su hermano, porque deseaba que el secreto estallase en el momento adecuado. Me di cuenta de que no podía esperar ayuda de un hombre que había visto frustradas sus esperanzas de herencia

cuando su hermano se casó conmigo. Me fui a Francia, dispuesta a quedarme allí, pero como todo lo que poseía estaba en Inglaterra y las comunicaciones habían quedado cortadas a causa de la guerra, me vi obligada a volver. Buckingham lo supo, habló con lord de Winter y le dijo que su cuñada era una mujer marcada. Se lo creyó, y sus intereses le aconsejaban que lo hiciese. Me interceptó, y ya conocéis el resto. ¡La muerte es mi única salida!

—¡Vivirás, y serás vengada!

—¡Abandóname! ¡Déjame morir!

Entonces se oyeron ruidos, y alguien llamó varias veces a la puerta.

—Es el centinela, que me avisa —dijo Felton.

Abrió y se encontró cara a cara con lord de Winter. El centinela había oído gritos y, sin saber de qué se trataba, había ido a avisar a De Winter, por si su superior corría peligro. Felton no sabía qué decir. Milady se hizo cargo de la situación. Fue hacia la mesa, cogió el puñal y gritó a Felton:

—¿Con qué derecho queréis impedir mi muerte?

—¡No lo hagáis!

—Tranquilo, Felton —dijo De Winter, riendo—, la sangre no llegará al río.

Milady solamente podía hacer una cosa si deseaba convencer del todo a Felton, y se apuñaló, pero cuidando de tocar una de las varillas de hierro que las mujeres de aquel tiempo llevaban en el corpiño. El puñal se deslizó sobre ella al desgarrar la ropa y penetró al sesgo entre la carne y las costillas. Eso sí: el vestido de Milady quedó inmediatamente cubierto de sangre. Felton se inclinó sobre ella, arrancó el puñal y miró con rencor a De Winter.



—Estad tranquilo —dijo el barón—, los demonios no mueren fácilmente. Id a esperarme a mis aposentos.

Felton obedeció, pero se escondió el puñal en el pecho. De Winter, por si acaso, hizo llamar a un médico. Tal como imaginaba, confirmó que la herida era superficial. Por la mañana, Milady se extrañó al ver que Felton no aparecía. A la hora de comer, vio con horror que los uniformes de los guardias eran diferentes. Preguntó por Felton y le dijeron que había partido a caballo una hora antes. Milady se sintió perdida. Además, el barón había hecho cerrar el portillo para que no pudiese contactar con nadie.

Aquella noche estalló una tormenta. De repente, Milady oyó un ruido en un cristal y vio el rostro de un hombre en la ventana. La abrió: era Felton, que había escalado el muro con crampones⁶ y que había atado una escala de cuerda a unos barrotes.

—¡Silencio! —le dijo—. Necesito tiempo para aserrar un par de barrotes. Ya os avisaré cuando termine.

Después de una hora que le pareció eterna, Milady oyó los golpes de Felton. Dos de los barrotes habían desaparecido y la abertura permitía el paso de un hombre.

—¿Preparada?

—¿Tengo que llevar algo conmigo?

—Oro, si tenéis.

—Sí, una bolsa.

—Mejor, he gastado el mío en fletar una embarcación.

Milady se subió a una butaca y pasó el cuerpo a través de la ventana. Vio a Felton, suspendido sobre el abismo, aferrado a la escala, y el terror la hizo retroceder, pero Felton le ató juntas las muñecas, pasó los brazos de la joven alrededor de su cuello y empezó a bajar lentamente, con ella colgando de su espalda. La fuerza del viento los hacía balancearse horriblemente de un lado a otro. Al llegar abajo, Milady se había desmayado. Felton la cogió en brazos y apretó la cuerda de la bolsa con los dientes. Ya cerca del mar, lanzó un silbido y una barca se aproximó a ellos tanto como era posible. Felton se metió en el agua hasta la cintura, llevando su preciosa carga, y avanzó hacia la embarcación. La tormenta amainaba, pero el mar seguía picado y la barca parecía una cáscara de nuez bailando sobre las olas.

Milady se despertó, vio el mar y las estrellas y comprendió que estaba a salvo. Dio las gracias a Felton, que la abrazó con pasión. La barca se acercaba a una embarcación mayor.

—¿A dónde me llevará este barco?

—A Francia, pero antes me dejaréis en Portsmouth. Debo cumplir las órdenes de lord de Winter. Como no se fiaba de mí, me ha enviado a ver a Buckingham para hacerle firmar vuestra orden de exilio. No tengo tiempo que perder. Buckingham partirá mañana hacia La Rochelle con la flota.

—¡No debe partir! —gritó Milady, recordando su misión.

—Quedad tranquila, no partirá —aseguró Felton.

Poco después, subían a bordo.

El barco realizó las maniobras necesarias, y hacia las siete de la mañana Felton desembarcaba. Milady debía esperarlo hasta las diez y, si no había vuelto para entonces, partiría hacia Francia, adonde él iría a buscarla al convento de las carmelitas de Béthune.

Felton corrió hasta Portsmouth, adonde llegó hacia las ocho. Se presentó en el palacio del almirantazgo sudoroso y cubierto de polvo, y presentó la carta que traía en nombre de lord de Winter, que era amigo íntimo de Buckingham. Fue autorizado a pasar de inmediato, y entró rápidamente en el palacio. En aquel mismo momento, entraba otro hombre sin aliento, pero Patrick, el criado personal del duque, dio preferencia a Felton, que fue llevado hasta un despacho donde Buckingham se estaba acabando de vestir.

—¿Por qué el barón no ha venido él mismo? —preguntó.

—Tenía que hacer una guardia en el castillo.

—¡Ah, ya sé: su prisionera!

—Precisamente quiero hablaros de ella, y en privado.

—¡Dejadnos, Patrick! —dijo Buckingham.

—Milord, el barón os escribió para que firmaseis una orden de embarque relativa a una joven llamada Charlotte Backson. Aquí la tenéis.

Buckingham cogió una pluma y se disponía a firmar cuando Felton le dijo:

—¿Sabíais que este no es su verdadero nombre?

—Sí, pero me extraña que lo sepáis vos. Esa mujer es una criminal, y todavía le hacemos un favor exiliándola.

—¡No firmaréis esta orden, Milord! Y rendiréis justicia a Milady.

—¿Os habéis vuelto loco para hablarme así? Salid de aquí y consideraos bajo arresto.

—¡No, me escucharéis! ¡Sedujisteis a esa mujer, la ultrajasteis! ¡Reparad vuestras culpas, dejadla en libertad! Milord, Inglaterra está harta de vos, os odian tanto los hombres como Dios. Él os castigará más adelante, pero yo lo haré hoy. ¡Firmad la libertad de Milady!

—¡A mí! —gritó el duque y corrió hacia su espada. Felton sacó el puñal que llevaba oculto y se precipitó contra él. En ese momento entró Patrick gritando:

—¡Milord, una carta de Francia!

—¿De Francia? —exclamó el duque, olvidando lo demás.

Felton aprovechó aquel momento para clavarle en un costado el puñal hasta la empuñadura.

—¡Traidor! —bramó Buckingham.

—¡Auxilio! ¡Al asesino! —gritó Patrick.

Felton quiso huir. Al bajar la escalera, se encontró con lord de Winter, que al verlo lívido y manchado de sangre le saltó al cuello gritando:

—¡Lo sabía! ¡Lo he imaginado en cuanto he visto que aquella víbora había escapado!

Felton no se resistió, y lord de Winter lo entregó a los guardias. Entonces, el barón se precipitó dentro del despacho de Buckingham. Allí estaba el duque, yaciendo en un sofá, apretando su herida con una mano crispada, y también el hombre que había llegado en el mismo momento que Felton y que había sido alertado por los gritos de Patrick.

—¡La Porte! —dijo el duque con voz débil—. ¿Vienes de parte de ella?

—Sí, señor —respondió el fiel servidor de Ana de Austria—, pero me temo que llego demasiado tarde.

Los diputados, los oficiales... todos habían irrumpido en la habitación. Por todas partes se oían gritos de desesperación. La noticia pronto se esparció por la ciudad. Pero el duque aún no había muerto. Abrió los ojos, quiso quedarse a solas con Patrick y La Porte, y pidió conocer el contenido de la carta de la reina. La Porte la leyó en voz alta:

Milord:

Siempre he sufrido por vos y por causa vuestra. Por eso os pido que interrumpáis vuestros proyectos y que detengáis una guerra de la cual, en voz alta, la gente dice que ha sido causada por la religión y, en voz baja, que yo soy la causante. Proteged vuestra vida, que está amenazada, y que me será preciosa desde el momento en que no tenga que ver en vos a un enemigo.

Ana

—¿No tenéis nada más que decirme, La Porte?

—Sí, la reina me había encargado que os dijese que todavía os ama.

—¡Ah, alabado sea Dios!

Fueron sus últimas palabras. De Winter fue a buscar a Felton, que estaba siendo custodiado por los soldados.

—Miserable, ¿qué has hecho? ¡Has sido el instrumento de aquella mujer maldita, pero te juro que este será su último crimen!

Desde la terraza donde se encontraba, Felton miró hacia el mar. Sus ojos de marinero reconocieron la vela del barco que se dirigía a Francia, y comprendió que había sido traicionado.

—¿Qué hora es, Milord?

—Faltan diez minutos para las diez —dijo de Winter consultando su reloj.

Milady había prometido que lo esperaría hasta las diez, pero la embarcación ya estaba a mucha distancia de la costa. Una hora y media antes, en cuanto había oído el cañonazo que anunciaba el fatal suceso, había ordenado la marcha. De Winter siguió la mirada de Felton y lo comprendió todo.

—Te castigaremos primero a ti solo, miserable. Pero te juro por la memoria de mi hermano que tu cómplice no se salvará.

Felton inclinó la cabeza en silencio. De Winter bajó las escaleras y se dirigió rápidamente hacia el puerto.



* * *

El rey de Inglaterra, Carlos I, intentó ocultar la muerte de Buckingham a los sitiados de La Rochelle, prohibiendo que ningún barco saliese de su reino hasta que la flota no estuviese preparada para partir, pero no lo consiguió: dos barcos habían salido antes de que diese la orden. En uno de ellos viajaba Milady.

Mientras tanto, Luis XIII se aburría, y decidió ir a Saint-Germain de incógnito para pasar las fiestas de San Luis, acompañado por una escolta de solamente veinte mosqueteros. Como Tréville sabía que D'Artagnan y sus amigos estaban impacientes por volver a París, hizo que formasen parte de la escolta real.

Aramis había escrito inmediatamente a María Michon, pidiéndole que consiguiera de la reina la autorización para que la señora Bonacieux saliese del convento. Unos ocho días después, llegó la respuesta de María, acompañada de una autorización firmada por la reina:

La superiora del convento de Béthune entregará la novicia que entró en él por recomendación suya a la persona que le muestre esta nota.

Ana

Esta autorización no les servía de nada en La Rochelle. Por lo tanto, los cuatro amigos se pusieron muy contentos al conocer la noticia de la escolta. El rey se fue parando por el camino para cazar garzas, y no llegaron a París hasta el 23 (los criados se habían adelantado con el equipaje). Entonces, recibieron permisos de Tréville y partieron hacia Béthune.

El 25 por la tarde, al entrar en Arras, y en el momento en que se detenían en un hostel para beber un vaso de vino, un caballero salió del patio de la posta, donde había cogido un caballo de refresco, y partió al galope en dirección a París. El viento entreabrió su capa y le alzó el sombrero, que el viajero retuvo con una mano antes de que saliera volando. D'Artagnan palideció y volvió a subir a su caballo.

—¡Es él, el hombre de Meung! Lo he reconocido.

—Querido amigo —dijo Aramis—, pensad que monta un caballo fresco, que los nuestros están fatigados, y que va en la dirección opuesta a la nuestra. Olvidémonos del hombre y salvemos a la mujer.

—¡Eh, señor! —gritaba un mozo de establo, corriendo tras el desconocido—. ¡Os ha caído un papel del sombrero!

—Amigo mío —le dijo D'Artagnan—, os doy media pistola por ese papel.

—Con mucho gusto, señor. Aquí lo tenéis.

—¿Y bien? —preguntaron los tres amigos a D'Artagnan.

—Solamente un nombre, un pueblo seguramente: «Armentières²».

* * *

Milady llegó a Boulogne el día 25. Desde allí, envió una carta al cardenal, asegurándole que el duque de Buckingham no iría a Francia, y diciéndole que ella se dirigía al convento de las carmelitas de Béthune, donde esperaba sus órdenes. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, llegó al convento y enseñó la carta del cardenal a la superiora, quien le ofreció comida y alojamiento. Milady quiso ser amable con la religiosa y la sedujo con una conversación llena de detalles a menudo escandalosos sobre la corte. La superiora, que era hija de nobles y que conocía perfectamente todos los nombres a los que se refería Milady, la escuchaba con interés. La

joven le habló también del cardenal, pero no sabía si la superiora era cardenalista o realista, y fue más prudente. Por fin, se arriesgó a explicar algunos detalles sobre los amores de Richelieu. La superiora le dijo:

—De hecho, tenemos entre nosotras a una muchacha que ha sufrido la venganza y la persecución de Su Eminencia.

—¡Pobre, cómo la compadezco!

—Yo pensaba que erais amiga del cardenal, ya que él os envía.

—No soy su amiga, sino su víctima. Me ordena que me quede aquí como en una prisión.

—Bien, id ahora a descansar, y ya os despertaremos a la hora de comer.

Milady obedeció y pronto se durmió. Al despertar, vio a una joven bella y delicada al pie de la cama. Milady no la conocía, o al menos creía no haberla visto nunca. La recién llegada dijo:

—¡Qué lástima! Llevo seis meses en este convento y, ahora que podría disfrutar de vuestra compañía, de un momento a otro tendré que dejarlo.

—¿Sois una víctima del cardenal?

—Como vos, o al menos eso me ha dicho la superiora. Ayudé a una mujer por quien hubiera dado la vida, y ahora ella me ha devuelto el favor. Pero no desesperéis: tengo amigos poderosos que podrían ayudaros después de socorrerme a mí.

—Yo también tengo amigos, pero en París. Conozco al señor de Tréville...

—¿El capitán de los mosqueteros del rey? ¿Y conocéis a alguno de sus hombres? ¿Conocéis a Athos?

Milady palideció al oír ese nombre, pero se dominó y dijo que, efectivamente, lo conocía. También, dijo, conocía a Porthos, Aramis y D'Artagnan.

—¡Conocéis a D'Artagnan! —exclamó la novicia.

—Y yo ahora os reconozco a vos: sois la señora Bonacieux.

—¿Sois también su amante? ¿Somos rivales?

—¡Oh, no! D'Artagnan es amigo mío. Me ha convertido en su confidente y me lo ha explicado todo de vos y de su amor. Querida Constanza, ¡por fin nos conocemos! ¡Abrazadme!

—¡Oh, perdonadme! —dijo Constanza rodeándola con sus brazos—. Es que lo quiero tanto... Pero esta noche o mañana por fin lo volveré a ver.

—¡Imposible! Está en el asedio de La Rochelle, con el cardenal.

Pero la pobre joven enseñó a Milady una carta, escrita por la señora de Chevreuse, donde le avisaba de que su gascón iría a buscarla muy pronto. En aquel momento se oyó un caballo al galope. La señora Bonacieux se asomó esperanzada a la ventana, mientras Milady quedaba petrificada de terror. Pero no era D'Artagnan quien se acercaba. Poco después, la puerta se abrió y entró la superiora, que se dirigió a Milady:

—¿Sois vos quien viene de Boulogne?

—Sí, ¿quién pregunta por mí?

—Un hombre de parte del cardenal.

—Hacedlo entrar.

—Os dejo con ese extranjero —dijo la señora Bonacieux—, y os vendré a ver en cuanto se haya ido. Espero que no traiga malas noticias.

La superiora y Constanza salieron. Milady se quedó sola. Entonces se abrió la puerta y ella lanzó un grito de alegría. El hombre era Rochefort.

—¿De dónde venís? —preguntó Milady.

—De La Rochelle. ¿Y vos?

—De Inglaterra.

—¿Y Buckingham?

—Muerto o malherido. He informado a Su Eminencia desde Boulogne.

—Precisamente el cardenal me ha enviado a buscaros.

—¿Sabéis a quién he encontrado aquí? A la señora Bonacieux.

—¿La amante de D'Artagnan? El cardenal ignoraba donde estaba.

—¡Pues ahora soy su mejor amiga! Pero D'Artagnan y los suyos la pasarán a buscar hoy o mañana con una orden de la reina.

—¡Si están en La Rochelle!

—También lo creía yo. ¡Es en la Bastilla donde tendrían que estar!

—El cardenal siente por ellos una debilidad que no comprendo.

—Pues decidle que escucharon nuestra conversación en el Palomar Rojo. Decidle que uno de ellos me robó el salvoconducto que me había firmado. Decidle que D'Artagnan ha estado a punto de hacer fracasar mi

misión una vez más. Y ahora, contadme que ha manifestado el cardenal sobre lo que a mí respecta.

—Que pronto os enviará sus órdenes a la posta, y que os quedéis aquí o por los alrededores hasta entonces.

—No me puedo quedar aquí. Mis enemigos pueden llegar de un momento a otro.

—Es verdad. Y esa joven escapará de Su Eminencia.

—Olvidáis que soy su mejor amiga. Decidle que puede estar tranquilo. Y ahora marchad.

—Un eje de mi coche se rompió al llegar a Lillers y lo estaban reparando.

—¡Perfecto! Me enviaréis el coche y vos volveréis a caballo. Enseñad vuestro documento firmado por el cardenal a la superiora, e informadle de que alguien me pasará a buscar entre hoy y mañana. Decidle también que tengo permiso para pasearme por los bosquecillos que hay cerca del jardín del convento. Tal vez tenga que huir por la puerta de atrás...

—Muy bien, y ahora necesito saber dónde podré encontraros. ¿Queréis un mapa?

—No hace falta. Me crie en esta región. Os espero en Armentières, un pueblecito al lado del Lys. Solamente hay que atravesar el río y estamos en suelo extranjero. Me dejaréis a vuestro criado y él os irá a buscar.

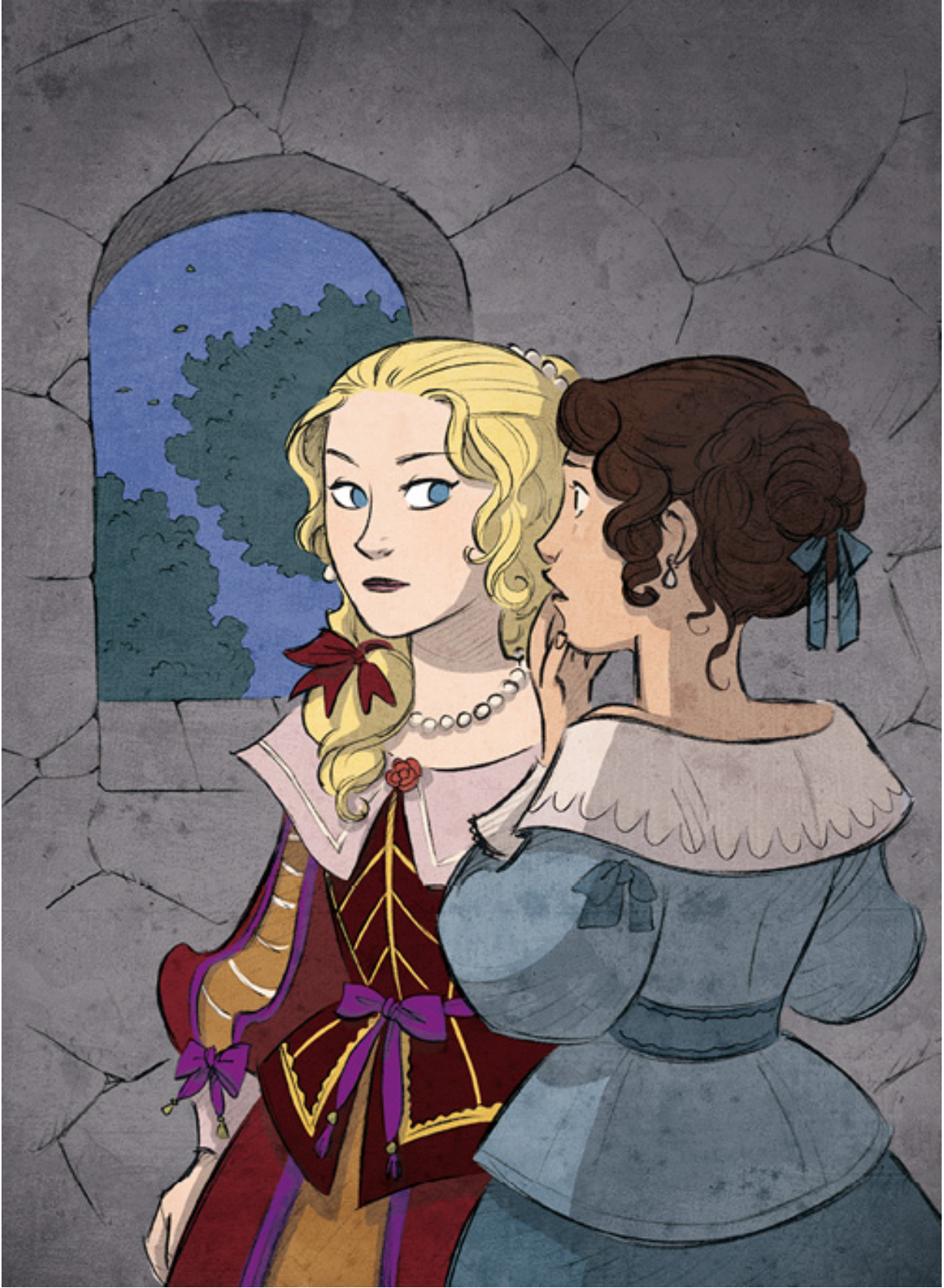
—De acuerdo, pero escribidme el nombre del pueblo en un papel, no sea que se me olvide.

Milady escribió el nombre y Rochefort dobló la hoja y se la puso en la cinta del sombrero. Cinco horas después pasaba por Arras, era reconocido por D'Artagnan, y perdía el papel con el nombre de Armentières.

Cuando la señora Bonacieux volvió, Milady le dijo:

—El hombre que habéis visto se ha presentado a la superiora como un servidor del cardenal, pero es mi hermano.

—¡Dios mío!



—Venía a ayudarme cuando se ha tropezado con el auténtico emisario en un camino solitario. Lo ha matado y le ha cogido los papeles que llevaba. Dentro de una hora o dos, una carroza me pasará a recoger de parte de Su Eminencia.

—¡Pero será vuestro hermano quien os la envíe!

—Otra cosa: la carta de la señora de Chevreuse que habéis recibido es falsa. Es una trampa para que no os resistáis cuando os vengán a buscar.

—¿De verdad?

—Mi hermano se ha cruzado con unos emisarios del cardenal disfrazados de mosqueteros. Habríais creído que eran amigos, os habrían secuestrado y llevado a París.

—¡Qué horror! ¿Qué haríais vos en mi lugar?

—Esperar escondida por los alrededores y espiar a quien os venga a buscar. Yo misma debo esconderme a algunas leguas de aquí mientras espero a que mi hermano venga a por mí. ¡Escondámonos juntas!

—Pero no me dejarán irme.

—El coche estará a la puerta. Subiréis al estribo para darme un último abrazo de despedida, y el cochero partirá al galope.

—¿Y si llega D'Artagnan?

—Haremos venir al criado de mi hermano y vigilará el convento. Conoce a D'Artagnan porque lo ha visto en mi casa. Iremos cerca de la frontera, a unas siete leguas de aquí y, si hay motivo de alarma, dejaremos Francia. Nos encontraremos dentro de una hora y ya no nos separaremos.

Milady bajó al jardín para pensar en sus planes. Se trataba de esconder a la señora Bonacieux en un lugar seguro y, si era necesario, utilizarla como rehén. Una hora después, las dos mujeres se encontraron para cenar, cuando oyeron el ruido de una carroza. Milady exclamó:

—¡Es el coche que mi hermano nos envía! Id a preparar vuestras cosas.

La joven obedeció, y Milady subió a su habitación. Allí encontró al criado de Rochefort y le dio instrucciones. Después, fue a buscar a Constanza y le propuso comer algo antes de partir. Sirvió a la joven un vaso de vino blanco y un poco de pollo, y se disponía a comer también cuando oyó un galope que se acercaba. Miró por la ventana y ahogó un grito. Vio a

ocho caballeros, y uno de ellos era D'Artagnan. Constanza estaba angustiada.

—¡Dios mío! ¿Quién es?

—¡Son los guardias del cardenal! —mintió Milady—. ¡Huyamos!

Pero la señora Bonacieux cayó de rodillas aterrorizada.

—No tengo fuerzas —dijo a Milady—. ¡Salvaos vos!

—¿Huir sin vos? ¡Nunca!

De repente, corrió hasta la mesa, abrió el compartimento secreto de uno de sus anillos y vertió el contenido en el vaso de Constanza.

—¡Bebed! —dijo—. Este vino os dará fuerzas.

La joven obedeció maquinalmente.

—No es así como quería vengarme —dijo Milady con una sonrisa infernal—, pero hay que saber adaptarse a las circunstancias.

Entonces salió precipitadamente mientras su víctima la miraba sin poder moverse. Unos minutos después se oyeron unos tiros, y algo más tarde la joven lanzó un grito de alegría: había reconocido la voz de D'Artagnan. Lo llamó.

—Constanza, ¿dónde estáis? —gritó D'Artagnan, y en seguida abrió la puerta de la celda. Él y sus compañeros irrumpieron en su interior con las pistolas aún humeantes en la mano; hallaron a la señora Bonacieux reclinada en una butaca, casi inmóvil.

—¡Oh, D'Artagnan, amor mío! Ella me decía que no vendríais, pero no he querido huir. ¡Qué feliz soy!

—¿Ella? ¿A quién os referís?

—A mi amiga, que os ha tomado por los guardias del cardenal. La que tenía la carroza delante de la puerta. Vos la conocéis...

—¡Su nombre! ¡Su nombre!

—Tal vez sí que lo pronunciaron delante de mí..., pero... ¡Dios mío! ¡No puedo ver!

—¡Amigos, a mí! —gritó D'Artagnan—. Se encuentra mal.

Constanza volvió en sí mientras D'Artagnan la cubría de besos. Athos le preguntó:

—Señora, ¿de quién es este vaso vacío?

—Mío, señor —dijo la joven con voz desfalleciente.

—¿Y quién os ha servido el vino que en él había?

—Ella. Ahora me acuerdo... la condesa de Winter.

Los cuatro amigos lanzaron un grito al oír aquello, pero el de Athos fue el más desgarrador. En aquel momento, el rostro de Constanza se volvió lívido y la joven cayó en los brazos de Porthos y de Aramis. Temblaba convulsivamente, empapada de sudor.

—¡Id a buscar ayuda! —gritó D'Artagnan.

—Es inútil —dijo Athos—, no existe antídoto para este veneno.

Con un esfuerzo supremo, Constanza se incorporó, cogió la cabeza de D'Artagnan entre sus manos y apretó sus labios contra los suyos. Después cayó hacia atrás, muerta.

—¡Constanza! —gritó D'Artagnan, pero ya solamente abrazaba un cadáver. El joven cayó de rodillas, al lado de su amada. Porthos lloraba. Aramis hizo la señal de la cruz. Athos mostró el puño al cielo.

En aquel momento, un extraño que les resultó familiar entró en la habitación.

—Aquí está el señor D'Artagnan —dijo—, y los otros deben ser Athos, Porthos y Aramis. Me parece que todos buscamos a la misma mujer. Y ha pasado por aquí, porque veo un cadáver. Señores, ya que no reconocéis a un hombre que probablemente os debe dos veces la vida, me presentaré. Soy lord de Winter.

Todos lanzaron una exclamación de sorpresa, y Porthos le dio la bienvenida alargándole la mano. De Winter les explicó que había llegado a Francia siguiendo el rastro de Milady (era suyo el segundo barco que había salido de Inglaterra), pero que le había perdido la pista en Lillers.

—Os he visto pasar al galope —añadió—, y he reconocido al señor D'Artagnan, pero no me habéis oído cuando os he llamado. A pesar de la prisa que llevabais, veo que habéis llegado tarde.

D'Artagnan se alzó y se dejó caer llorando sobre el cuerpo de Constanza. Athos lo obligó a levantarse y lo abrazó como un padre.

—¡Amigo, compórtate como un hombre! Las mujeres lloran a los muertos, los hombres los vengan.

Confiaron el cuerpo de Constanza a la superiora para que lo enterrase como si se tratara de una de sus monjas. Entonces se dirigieron al pueblo de

Béthune, seguidos de sus criados, y se detuvieron frente a un hostel.

—¿Cómo? —dijo D'Artagnan—. ¿No perseguimos a aquella mujer?

—Más tarde —dijo Athos—. Debo tomar ciertas medidas. No se nos escapará.

—Si alguien ha de tomar medidas —dijo De Winter— soy yo: es mi cuñada.

—¡Y es mi esposa! —dijo Athos.

Todos se estremecieron, y D'Artagnan comprendió que si Athos revelaba su terrible secreto era porque estaba muy seguro de conseguir su venganza.

—Id a descansar —dijo Athos—. Una última cosa: D'Artagnan, ¿podríais darme el papel que cayó del sombrero del caballero? El papel con el nombre de aquel pueblo...

Athos leyó el nombre y pidió al posadero un mapa de la zona. Vio que cuatro caminos diferentes iban de Béthune a Armentières y dio órdenes a los criados. Tenían que partir a punta de día e ir todos a Armentières, cada uno por un camino diferente. Planchet seguiría el camino por donde había ido la carroza contra la que habían disparado al llegar al convento, y que estaba escoltada por el criado de Rochefort. Los cuatro se encontrarían a las once en un lugar indicado. Si alguno de ellos había encontrado el refugio de Milady, tres se quedarían vigiándolo y el cuarto volvería para avisar a Athos.

Cuando los criados se pusieron en marcha, Athos salió del hostel. Era ya tarde y las calles estaban desiertas, pero por fin encontró a un paseante. Al oír lo que Athos le preguntaba, retrocedió aterrorizado, pero respondió con una indicación. Athos caminó durante un rato y llegó a una casa aislada. Llamó tres veces y al final apareció un hombre alto, de barba y cabellos negros. Le explicó qué quería de él y se sacó del bolsillo un papel con dos líneas escritas, seguidas de una firma y de un sello. En seguida, el hombre se inclinó y se mostró dispuesto a obedecer.

A primera hora del día siguiente, la superiora les hizo saber que el entierro tendría lugar a mediodía, y que la envenenadora debía haber escapado por el jardín, porque habían encontrado allí sus pisadas. A la hora indicada, los cuatro amigos y lord de Winter fueron al convento. Durante la

ceremonia, D'Artagnan se sentía desfallecer, pero Athos no estaba a su lado para confortarlo: había ido al jardín, salió por la puerta que Milady había utilizado y se adentró en el bosque. El camino por el cual el coche había desaparecido bordeaba los árboles. Encontró unas manchas de sangre, procedentes de una herida hecha al hombre que acompañaba a caballo el coche. Un poco después, vio una mancha más grande y las mismas pisadas que en el jardín. El coche se había detenido allí. Y allí mismo Milady había salido del bosque y había subido a él. Satisfecho, Athos volvió al hostel y encontró a Planchet, que lo esperaba. En una taberna de Festubert, había sabido que la noche anterior un hombre herido, que acompañaba a una dama que viajaba en una carroza, se había detenido allí, y que la mujer había continuado su camino. Planchet buscó al cochero de la carroza, que había vuelto a Festubert después de cumplir con su tarea, y lo interrogó: había llevado a la dama hasta Fromelles y, desde allí, había partido en dirección a Armentières.

Tomando atajos, a las siete de la mañana Planchet estaba en este último pueblo. Solamente había un hostel, y el criado se enteró de que una mujer sola había llegado el día antes hacia las cuatro de la tarde. Planchet fue a encontrarse con los otros tres, los dejó de centinelas en todas las salidas, y fue a buscar a Athos. A las ocho, todos ensillaron los caballos y los seis hombres, bien armados, se prepararon para partir, pero Athos dijo:

—Todavía falta alguien.

Se fue, y un cuarto de hora después volvió acompañado de un hombre enmascarado y envuelto en una capa de color rojo. Lord de Winter y los tres amigos ignoraban quién era aquel hombre, pero confiaban en Athos.

A las nueve, la comitiva se puso en marcha en silencio, guiada por Planchet. Era una noche oscura y borrascosa. Se oían cada vez más truenos y los relámpagos se sucedían con rapidez. Los jinetes pusieron los caballos al trote, pero aun así tuvieron que recorrer las últimas tres leguas bajo una lluvia torrencial. Al dejar atrás Goskal, un hombre salió de debajo de un árbol y avanzó hasta el centro del camino. Era Grimaud.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó D'Artagnan—. ¿Se ha ido de Armentières?

—¿Dónde está? —preguntó Athos a su criado, cuando este respondió al gascón con un movimiento afirmativo de cabeza.

Por gestos —su amo lo había acostumbrado a no hablar—, Grimaud le hizo saber que la mujer se hallaba a media legua de allí, en dirección al río Lys, y que estaba sola. Pronto encontraron una casa al lado del río, con una ventana iluminada. Un hombre apareció: era Mosquetón. Les señaló la ventana con el dedo.

—Está allí —dijo—. Mientras yo vigilaba la ventana, Bazin no quitaba los ojos de la puerta.

Athos bajó del caballo y se acercó a la ventana, después de indicar al resto del grupo que fueran hacia la puerta. Miró al interior de la casa y vio a una mujer sentada junto al fuego. En aquel momento, Milady alzó la cabeza y, al ver el rostro de Athos en la ventana, lanzó un grito. Athos rompió los cristales, forzó la ventana y entro en la habitación. Milady corrió hacia la puerta y la abrió. D'Artagnan se alzaba en el umbral y le cerraba el paso. El gascón sacó una pistola del cinturón, pero Athos lo detuvo.

—¡Baja el arma! Esta mujer ha de ser juzgada. Entrad, señores.

D'Artagnan obedeció, y detrás de él entraron Porthos, Aramis, lord de Winter y el hombre de la capa roja. Los criados vigilaban en el exterior. Milady lanzó un grito terrible al ver a su cuñado.

—¿Qué queréis de mí? —exclamó.

—Juzgaros por vuestros crímenes —dijo Athos.

—Acuso a esta mujer —dijo D'Artagnan— de haber envenenado a Constanza Bonacieux, de haberme intentado envenenar también a mí, y de matar en mi lugar a un hombre llamado Brisemont. Ahora os toca a vos, Milord —dijo D'Artagnan al inglés.

—Acuso a esta mujer —dijo de Winter— de haber hecho asesinar al duque de Buckingham.

—¿El duque de Buckingham asesinado? —exclamaron los presentes.

—Sí. Corrompió a un leal servidor que ya debe haber pagado con su cabeza el crimen de esta furia. Y esto no es todo: mi hermano, que la había hecho su heredera, murió en solamente tres horas de una extraña enfermedad. Señora: ¿cómo murió mi hermano? Pido justicia contra vos —dijo de Winter, y dio un paso atrás. Athos ocupó su lugar.

—Me casé con esta mujer, le di mis bienes y mi nombre, y después descubrí que llevaba marcada una flor de lis en el hombro izquierdo.

—¡Os desafío —dijo Milady— a que encontréis el tribunal que dictó esta sentencia y al hombre que la ejecutó!

—Yo puedo responder a esto —dijo el hombre de la capa roja, dando un paso al frente.

El desconocido se quitó la máscara. Milady le miró el rostro con una expresión de terror absoluto.

—¡El verdugo de Lille! —gritó.

—Sí, soy el verdugo de Lille —dijo el hombre—. Esta joven era religiosa en el convento de las Benedictinas de Templemar. Sedujo a un joven sacerdote que iba allí a decir misa, y le hizo robar objetos sagrados para venderlos y partir a otra parte de Francia donde no los conocieran. Pero los arrestaron. Ocho días después, ella había engatusado al hijo del carcelero y había huido. El joven fue condenado a diez años de prisión y a ser marcado. Yo era el verdugo de la ciudad de Lille, y me vi obligado a aplicarle el hierro candente. Señores, aquel sacerdote era mi hermano. Juré vengarme. Seguí la pista de la mujer, la encontré y le infligí la misma marca que a mi hermano. El día después de mi vuelta a Lille, mi hermano huyó. Me acusaron de complicidad y me condenaron a prisión hasta que él no se entregase. Mi hermano ignoraba lo que había pasado, había ido a buscar a aquella mujer. Se instalaron en el Berry, y él se hizo pasar por su hermano. El señor de aquellas tierras se enamoró de ella y se casaron. La mujer se convirtió en la condesa de La Fère.

Todas las miradas convergieron en Athos, que asintió.

—Entonces —continuó el verdugo—, mi hermano, desesperado, volvió a Lille, y al saber lo que me había sucedido se entregó y aquella misma noche se ahorcó en su calabozo. Este es el crimen del cual acuso a esta mujer.

—Señor D'Artagnan —dijo Athos—, ¿qué pena reclamáis para la acusada?

—La pena de muerte.

—¿Milord de Winter?

—La pena de muerte.

—¿Señores Porthos y Aramis?

—La pena de muerte —dijeron a la vez.

Milady lanzó un horrible alarido y se arrastró de rodillas hacia sus jueces. Athos alargó la mano hacia ella.

—Ana de Breuil, condesa de La Fère, Milady de Winter, os condenamos a muerte por vuestros crímenes.



Milady intentó hablar, pero no pudo. La hicieron salir de la casa. Era casi medianoche. La tormenta se alejaba y el grupo avanzaba en silencio. Mosquetón y Grimaud arrastraban a Milady. Detrás de ellos caminaba el verdugo, seguido por los mosqueteros y por De Winter. Planchet y Bazin cerraban la comitiva. Al llegar cerca del río, el verdugo ató los pies y las manos de la condenada.

—¡No quiero morir! —gritó.

—La mujer que envenenasteis tampoco quería morir —dijo Athos.

El verdugo la cogió en brazos y quiso llevarla a la barca. Sus gritos eran tan desgarradores que D'Artagnan sintió que el coraje le fallaba.

—¡No puedo ver esto! —gritó.

—¡D'Artagnan! —dijo ella, esperanzada al oír estas palabras—. ¡Recuerda que te amo!

D'Artagnan dio un paso hacia ella, pero Athos se interpuso con la espada en la mano. D'Artagnan inclinó la cabeza.

—Estoy perdida —murmuró Milady—. ¿Dónde moriré?

—En la otra orilla —respondió el verdugo.

La hizo subir en la barca. Athos dio al hombre una bolsa: el precio de la ejecución. El verdugo la aceptó y dijo:

—Y ahora que esta mujer sepa que no hago mi oficio sino que cumplo con mi deber.

Y lanzó la bolsa al río. La barca se alejó y llegó a la otra orilla. Milady, que había conseguido aflojar la cuerda que le ataba los tobillos, intentó huir, pero cayó de rodillas. El verdugo alzó los brazos y un rayo de luna hizo brillar la espada. Un momento después, el cuerpo decapitado de Milady se desplomaba. El verdugo llevó la cabeza y el cuerpo a la barca, y al llegar al medio del Lys lo tiró todo por la borda.

Tres días después, los mosqueteros volvían a París y fueron a ver al señor de Tréville.

—¿Qué, señores, os habéis divertido durante vuestro permiso? —les preguntó.

—Prodigiosamente, señor —respondió Athos, apretando los dientes.

* * *

El día 6 del mes siguiente, el rey volvía a La Rochelle, aún aturdido por la noticia de la muerte de Buckingham. La reina al principio no quiso creerla, pero pronto tuvo que aceptar la realidad. Nuestros amigos escoltaron nuevamente al rey. Durante una pausa en el camino, los cuatro se encontraban en una taberna cuando un hombre entró en ella. Era Rochefort. D'Artagnan lanzó un grito al reconocerlo. Desenvainó y fue hacia la puerta.

—¡Esta vez no os escaparéis!

—No pienso hacerlo. De hecho, os buscaba. Quedáis detenido. Dadme vuestra espada y no opongáis resistencia.

—¿Quién sois?

—Soy el caballero de Rochefort, y tengo órdenes de llevaros ante Su Eminencia.

—Vamos precisamente al lugar donde se encuentra el cardenal —dijo Athos—. ¿Aceptaréis nuestra palabra si os decimos que nosotros lo llevaremos allí?

Rochefort se disponía a protestar, pero vio que Aramis y Porthos se habían colocado entre él y la puerta, y decidió aceptar la palabra de Athos, siempre y cuando D'Artagnan le entregase la espada y le diera también su palabra de presentarse ante el cardenal.

Al día siguiente, hacia la caída de la tarde, Richelieu, prevenido por Rochefort, fue con este a su casa del puente de La Piedra, delante del cual lo esperaban D'Artagnan y los otros tres mosqueteros. Hizo un signo al gascón para que lo siguiese. Una vez en la casa, el cardenal dijo a D'Artagnan que había sido detenido por orden suya.

—Decidme de qué se me acusa —exclamó el gascón.

—De relacionaros con los enemigos de Francia, de hacer abortar los planes de vuestro general...

—Estas acusaciones solamente pueden proceder de una mujer marcada por la justicia, una mujer bígama y criminal que intentó envenenarme.

—¿De qué mujer habláis?

—De Milady de Winter, los crímenes de la cual ignorabais, ya que confiabais en ella. Pero ya ha sido castigada. Ha muerto.

—¿Muerto?

D'Artagnan explicó los hechos al cardenal, que se estremeció, él que no se estremecía fácilmente. El gascón, después de un silencio, dijo:

—Aceptaré el castigo que me impongáis. Otro podría decir que tiene en el bolsillo un documento que lo salvaría. Yo solamente puedo decir que se haga vuestra voluntad.

—¿Un documento? ¿Firmado por el rey?

—No, por Vuestra Eminencia.

—¿Por mí? ¿Habéis perdido el juicio?

—Monseñor reconocerá sin duda su escritura —dijo D'Artagnan, y le entregó el papel que Athos había arrebatado a Milady. Su Eminencia lo cogió y leyó:

Es siguiendo órdenes mías y por el bien del Estado que el portador de la presente ha hecho lo que ha hecho.

Richelieu

Richelieu se quedó pensativo durante unos momentos. Aquel joven era valiente y tenía un gran futuro. Además, Milady era una mujer infernal y una cómplice peligrosa. Con un gesto decidido, redujo a pedazos el papel. «Estoy perdido», pensó D'Artagnan. El cardenal se sentó y escribió unas líneas. D'Artagnan estaba convencido que era su sentencia de muerte. Richelieu le entregó la hoja y le dijo:

—Os he cogido un documento, os doy otro. Escribid vos mismo el nombre que falta.

D'Artagnan cogió el papel y dejó escapar una exclamación de sorpresa. Era un nombramiento de teniente de mosqueteros. Entonces el cardenal gritó:

—¡Rochefort!

El caballero entró en seguida.

—Rochefort, a partir de ahora el señor D'Artagnan es amigo mío. Por lo tanto, abrázalo y compórtate como es debido si no quieres perder la cabeza.

Los dos hombres se abrazaron sin demasiada convicción. Al salir, Rochefort dijo:

—Nos volveremos a encontrar, ¿no es así?

—Cuando lo deseáis —respondió D’Artagnan.

Aquella noche, D’Artagnan narró el encuentro con el cardenal a sus compañeros, y quiso que Athos aceptase el nombramiento, pero su amigo rehusó, diciendo que era mucho para un mosquetero y demasiado poco para el conde de La Fère. Porthos tampoco lo aceptó: el marido de la procuradora había muerto y él estaba a punto de casarse con la viuda. En cuanto a Aramis, había decidido definitivamente convertirse en un hombre de la Iglesia.

—Al fin y al cabo —dijo Athos—, nadie es más digno que vos de este cargo. Cogió una pluma, escribió en el papel el nombre de D’Artagnan y se lo entregó.

—Ya no me quedan amigos —se lamentó el joven—, solamente recuerdos amargos. Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Sois joven —dijo Athos—, y los recuerdos amargos pueden acabar convirtiéndose en dulces recuerdos.

[1](#) Mientras Richelieu asediaba La Rochelle, desde Portsmouth partió una flota inglesa en ayuda de los hugonotes, que desembarcó en julio de 1627 en la cercana isla de Ré, defendida por el marqués de Toiras al frente de 1.200 soldados.

[2](#) François Ravallac asesinó al rey Enrique IV el 14 de mayo de 1610. Fue ejecutado trece días después, tras sufrir horribles torturas.

[3](#) *Cúter*: velero de un solo mástil.

[4](#) Los puritanos ingleses de los siglos XVI y XVII eran unos protestantes que consideraban que la reforma religiosa de Inglaterra no se había alejado lo suficiente de los rituales católicos y no era lo bastante rigorista.

[5](#) *Portillo*: una obertura practicada en una puerta.

[6](#) *Crampón*: pieza metálica con pinchos que se fija al calzado para ayudar en la escalada.

[7](#) Armentières es una localidad del norte de Francia, situada cerca de Lille.

Epílogo

La Rochelle se rindió tras un año de asedio, el 28 de octubre de 1628. El rey volvió triunfante a París, como si hubiese luchado contra un enemigo extranjero y no contra sus compatriotas.

D'Artagnan tomó posesión de su cargo de teniente.

Porthos se casó con la señora Coquenard y consiguió ochocientas mil libras de su difunto marido. Mosquetón cumplió su sueño de ir vestido con librea detrás de una carroza dorada.

Aramis desapareció de repente. La señora de Chevreuse dijo más tarde a sus amigos que llevaba una vida de religioso en Nancy, y que Bazin se había hecho monje,

Athos continuó como mosquetero hasta el año 1633, cuando dejó el servicio al recibir una pequeña herencia en el Rosellón. Grimaud siguió a su amo.

D'Artagnan se batió tres veces con Rochefort y tres veces lo hirió. Al final los dos hombres se hicieron amigos. Planchet obtuvo de Rochefort el cargo de sargento de los guardias.

El señor Bonacieux vivía tranquilo, ignorando qué había sido de su esposa. Un día, recordó que el cardenal le había dicho que se pusiera en contacto con él si necesitaba alguna cosa. El cardenal le respondió que procuraría que a partir de entonces no le faltase de nada. Al día siguiente, el mercero salió a las siete de la tarde para ir al Louvre. Nunca volvió a su casa. Dicen que vive en algún castillo, alimentado y alojado a expensas de su generosa Eminencia.



Vida y obra de Alejandro Dumas

Alejandro Dumas nació en Villers-Cotterêts, «a dos leguas de La Ferté-Milon, donde nació Racine, y a siete leguas de Château-Thierry, donde nació La Fontaine», dice en sus *Memorias*, el 24 de julio de 1802. Era nieto de una esclava negra y de un marqués criollo (los criollos eran los blancos nacidos en las colonias). Su padre, que había sido general durante la Revolución, muere, pobre y caído en desgracia, cuando Alejandro tiene cuatro años de edad. La familia no dispone de dinero para pagarle los estudios, pero la calidad de su caligrafía le permite prepararse para ser notario, y empieza a ejercer como pasante en 1816. Entre 1823 y 1825, mientras trabaja para el duque de Orleans, publica sus primeras obras teatrales en colaboración con Adolphe de Leuven. En 1824 nace su hijo Alejandro (el futuro autor de *La dama de las camelias*), fruto de su relación con su vecina de rellano Laure Labay. Dumas no reconoce al niño hasta 1831, cuando nace su hija Marie-Alexandrine, la madre es la actriz Belle Kresaimer.

El 1830 participa en la Revolución de Julio y, a pesar de su éxito como autor dramático, decide dedicarse casi exclusivamente a la novela, con la colaboración de Auguste Maquet, que será su principal «negro». Durante una década, ambos producen la mayor parte de las obras más famosas que aparecerán firmadas por Alejandro Dumas: *Los tres mosqueteros* (1844), *Veinte años después* (1845), *El conde de Montecristo* (1846), *El vizconde de Braguelonne* (1850)... El mucho dinero que gana le permite comprarse un terreno en Port-Marly, donde, tal vez en un acceso de megalomanía, hace construir el castillo de Montecristo.

El 1846 funda su Teatro Histórico en París, y el 1848 se presenta, sin éxito, a las elecciones legislativas. Arruinado —su teatro debe cerrar las puertas en 1850— y cargado de deudas, en 1851 se exilia a Bélgica huyendo de sus acreedores. A pesar de todo, su producción literaria no disminuye: buen gastrónomo, publica un *Gran diccionario de la cocina*, y también sus *Memorias*, que empieza a redactar en 1847 y que aparecen en la prensa entre 1852 y 1854. También crea el diario literario y cultural *Le Mousquetaire* (1853-1857), que quiere ser divertido sin ser vulgar, y cultivado sin ser elitista, y que trata temas de actualidad sin ser una publicación propiamente política. A lo largo de su vida, Dumas pone en circulación muchos otros diarios y revistas, con más o menos fortuna.

En 1870, un accidente vascular mengua su salud. Marcha a Dieppe, a casa de su hijo, para descansar e intentar reponerse, pero muere allí el 5 de diciembre del mismo año. El 30 de noviembre de 2002, los restos de Alejandro Dumas son trasladados al Panteón de París. El entonces presidente Jacques Chirac justifica tal honor porque «Dumas es, aún hoy en día, el escritor francés más leído en todo el mundo».

Las referencias históricas

Alejandro Dumas, con la colaboración de aquellos que eran conocidos como sus «negros», escribió una gran cantidad de novelas de aventuras, donde hallamos hechos situados a veces, a la manera romántica, al límite de lo que podríamos considerar como creíble. Pero acostumbraba a situar sus historias en un contexto histórico que les concedía una verosimilitud susceptible de disimular sus excesos narrativos, propios del mundo folletinesco, y las excesivamente frecuentes casualidades cogidas por los pelos que encontramos en muchas de sus páginas. También hacía que los personajes de ficción se relacionasen con naturalidad con personajes históricos bien conocidos. Así, *La reina Margot* (1845) parte de la matanza de protestantes que tuvo lugar durante la noche de San Bartolomé de 1572, y pone en escena a Catalina de Médicis, a Marguerite de Valois, a su amante el conde de la Mole y a su esposo, el futuro rey Enrique IV, pero Dumas interpreta los hechos históricos de una manera muy libre. La famosísima *El conde de Montecristo*, historia de traición, venganza, justicia y perdón, se basa en un hecho real: el zapatero de Nîmes François Picaud, acusado en 1807, por cuatro amigos envidiosos, de ser un espía a sueldo de Inglaterra, fue encarcelado. Otro prisionero le dejó una fortuna en herencia, y Picaud la utilizó, al ser liberado en 1814, para vengarse de los que le habían traicionado. Dumas convierte a Picaud en el marinero Edmundo Dantés, y su liberación pasa a ser en la novela una fuga extraordinaria. El trasfondo napoleónico y de guerra entre Francia e Inglaterra, sin embargo, permanece inalterable, y es este contexto histórico lo que sirve de motor a la novela.

Por lo que respecta a *Los tres mosqueteros*, la novela pone en escena a personajes históricos como Luis XIII, el cardenal Richelieu, Ana de Austria, el duque de Buckingham... Incluso D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis existieron en realidad: el primero, por ejemplo, se llamaba Charles de Batz-Castelmore y murió dirigiendo su compañía de mosqueteros, el 25 de junio de 1673, durante el asedio de Maastricht. Pero Dumas no tiene demasiado interés en ser fiel a los hechos históricos. Parte de la historia, sí, pero la utiliza a su manera y la manipula hábilmente para crear una ficción atractiva y para dotar de consistencia a unos personajes que han acabado siendo míticos.

Las adaptaciones

De hecho, los personajes de *Los tres mosqueteros* han acabado siendo tan míticos que más de un lector se sorprende al saber que Richelieu existió de verdad, y que fue uno de los hombres políticos más influyentes y decisivos en la Francia del siglo XVII. No sabemos si el cardenal se habría indignado o lo hubiera encontrado divertido, si alguien le hubiera dicho que con el tiempo sería sobre todo recordado como el (relativamente) «malo» de una novela de aventuras.

D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis se han convertido en iconos de la cultura popular a lo largo del siglo XX y, como tales, han dado lugar a una larga serie de adaptaciones más o menos fieles a la obra original, y también han sido utilizados por otros escritores, que los han incorporado como «artistas invitados» a sus propias tramas: un autor como Edmond Rostand, por ejemplo, lanza un guiño a Dumas haciendo que Cyrano de Bergerac, después de vencer a su adversario en el famoso duelo durante el cual improvisa una balada en verso, sea calurosamente felicitado por D'Artagnan, con el cual habría podido coincidir, teóricamente, más tarde, durante el asedio de Arras.

En el campo del cine y de la televisión, *Los tres mosqueteros* han sido adaptados muchísimas veces, con fortunas diversas. Podríamos destacar, con el título *Los tres mosqueteros*:

- La película muda de 1921, con Douglas Fairbanks en el papel de D'Artagnan.
- La película de 1948, dirigida por George Sidney, un auténtico musical, sin bailes ni canciones, pero con un gran sentido del ritmo y de la coreografía, protagonizada por el gran bailarín Gene Kelly (D'Artagnan), y con actores tan conocidos como Lana Turner (Milady), Van Heflin (Athos), Vincent Price (Richelieu) y Angela Lansbury (Ana de Austria).
- El telefilme francés de 1959, dirigido por Claude Barma y protagonizado por Jean-Paul Belmondo.
- La película de 1973 (primera parte de un tríptico completado por *La venganza de Milady*, 1974, y *El retorno de los mosqueteros*, 1989), que adopta un tono humorístico, pero no llega a ser abiertamente una parodia. La dirigió Richard Lester, y algunos de los actores son Michael York (D'Artagnan), Oliver Reed (Athos), Richard Chamberlain (Aramis), Faye Dunaway (Milady), Raquel Welch (Constanza Bonacieux), Charlton Heston (Richelieu), Geraldine Chaplin (Ana de Austria), Christopher Lee (Rochefort), etc.
- La versión de 1993, pensada para un público juvenil poco o nada familiarizado con el texto original de Dumas, con Chris O'Donnell (D'Artagnan), Kiefer Sutherland (Athos), Charlie Sheen (Aramis), Rebecca de Mornay (Milady), etc.

Los tres mosqueteros también cuenta con versiones paródicas, como la realizada por el cómico mexicano Mario Moreno Cantinflas en 1942, y con versiones animadas: un cortometraje, realizado en 1936, de la serie *Silly symphonies* de Walt Disney, titulado *Three blind mousqueteers* (Tres mosqueteros ciegos); la serie de televisión japonesa que se dio a conocer en España con el título *D'Artacán y los tres mosqueperros* (1981); una versión danesa con marionetas de 2005... ¡Incluso existe un largometraje del 2009 titulado *Barbie y los tres mosqueteros*!

Edición en formato digital: 2016

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Los tres mosqueteros*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Miquel Pujadó, 2016

© De la ilustración: Maripaz Villar, 2016

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-698-1029-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.anayainfantilyjuvenil.com/ebook

OceanofPDF.com